

Viento sur

www.vientosur.info



Cultura y capitalismo tardío. Presentación. *Brais Fernández y Alberto Santamaría.* **Cultura fósil y keynesianismo: una crítica.** *Jaime Vindel.* **Feminismo Nac & Pop: claves para una transformación de la matriz cultural.** *Luciana Cadahia y Paula Biglieri.* **Días de pandemia, trabajos en remoto.** *María Ruido.* **La trampa del realismo cínico. Hegemonía y estrategia político-cultural.** *Germán Cano.* **Economía afectiva de los objetos indeterminados y estética de la baratija.** *Víctor del Río.* ● **África. Las independencias neocoloniales, sesenta años después.** *Jean Nanga.* ● **Egipto. Entrevista a Alain Gresh: Orígenes y callejones sin salida de una revolución abortada.** *Aya Khalil.* ● **EE UU. Biden y el rompecabezas de las relaciones con China.** *Michael T. Klare.* ● **Entrevista a Andreas Malm: Lucha de clases y transición ecosocial.** *Jaime Vindel y Alejandro Pedregal.*

Consejo Asesor

Santiago Alba Rico
Daniel Albarracín
Nacho Álvarez-Peralta
Josep María Antentas
Iñaki Bárcena
Judith Carreras
Martí Caussa
Andreu Coll
Antonio Crespo Massieu
Sandra Ezquerro
Sonia Farré
Joseba Fernández
Manuel Garí
Lorena Garrón
Pepe Gutiérrez-Álvarez
Pedro Ibarra
Luisa Martín Rojo
Bibiana Medialdea
Justa Montero
Roberto Montoya
Rebeca Moreno
Carmen Ochoa Bravo
Xaquín Pastoriza
Daniel Pereyra
Ángeles Ramírez
Alberto Santamaría
Sara Serrano
Carlos Sevilla
Miguel Urbán Crespo
Esther Vivas

Redacción

Editor fundador
Miguel Romero
(1945-2014)

Redacción

Jaime Pastor (editor)

■ Revista impresa

Secretariado de la Redacción

Marc Casanovas
Laia Facet
Brais Fernández
Antonio García
Alberto García-Teresa
(Voces y Subrayados)
Mariña Testas (Miradas)
Begoña Zabala

■ Web

Tino Brugos
Julia Cámara
Mikel de la Fuente
Josu Egireun
María Gómez
Manuel Girón
Petxo Idoyaga
Irene Landa
Gloria Marín
Júlia Martí
Beatriz Ortiz
Sergio Pawlowsky

Diseño original

Jérôme Oudin-Libermann

Imagen de cubierta

Mural del artista Blu en el Campo de la Cebada (Madrid, 2012).
Foto: Arte-en-la-calle (CC-by-sa)

Redacción

Plaza de los Comunes
Plaza Peñuelas, 3
28005 Madrid
Tel. y fax: 917 049 369

Distribución

para el Estado español
UDL.
UNIDAD PARA
LA DISTRIBUCIÓN
DE LIBROS; SL
info@udllibros.com
www.udllibros.com

Administración y suscripciones

Josu Egireun
Tel.: 630 546 782
suscripciones@vientosur.info

Maquetación y producción

Qar Comunicación, SA
C/ Álamo, 6
28918 Leganés (Madrid)
DL: B-7852-92
ISSN: 1133-5637

SOME RIGHTS RESERVED



Esta obra se puede copiar, distribuir, comunicar públicamente o hacer obras derivadas de la misma, bajo las siguientes condiciones:



Debe reconocer y citar al autor original



No puede utilizar esta obra para fines comerciales



Si altera o transforma esta obra, se hará bajo una licencia idéntica a ésta

SUMARIO

AL VUELO

Jaime Pastor 3

1. EL DESORDEN GLOBAL

África. Las independencias neocoloniales, sesenta años después
Jean Nanga 5

Egipto. Entrevista a Alain Gresh: Orígenes y callejones sin salida de una revolución abortada
Aya Khalil 23

EE UU. Biden y el rompecabezas de las relaciones con China
Michael T. Klare 38

2. MIRADAS VOCES

Líneas de expresión arquitectónica
Jaime Andrade
Mariña Testas 47

3. PLURAL

Cultura y capitalismo tardío
Presentación
Brais Fernández
y *Alberto Santamaría* 53

Cultura fósil y keynesianismo: una crítica
Jaime Vindel 57

Feminismo Nac & Pop: claves para una transformación de la matriz cultural
Luciana Cadahia
y *Paula Biglieri* 66

Días de pandemia, trabajos en remoto
María Ruido 72

La trampa del realismo cínico. Hegemonía y estrategia político-cultural
Germán Cano 81

Economía afectiva de los objetos indeterminados y estética de la baratija
Víctor del Río 100

4. PLURAL 2

Entrevista a Andreas Malm: Lucha de clases y transición ecosocial
Jaime Vindel
y *Alejandro Pedregal* 109

5. VOCES MIRADAS

Actos impuros
Angelo Nestore
Alberto García-Teresa 117

6. SUBRAYADOS

Putas insolentes. La lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales
Juno Mac y Molly Smith
Begoña Zabala 123

ETA y la conspiración de la heroína
Pablo García Varela
Antonio García Vila 124

El refugio más breve. Contracultura y cultura de masas en España (1962-1982)
Antonio Orihuela
Alberto García-Teresa 125

Izquierda y revolución. Una historia política del Japón de posguerra (1945-1972)
Ferran de Vargas
Brais Fernández 126

Ángel Pestaña, falangista. Anatomía de una mentira histórica
Sergio Giménez
José Luis Carretero Miramar 127

Grandes granjas, grandes gripes
Rob Wallace
Germán P. Montañés 128

7. PROPUESTA GRÁFICA

Toni García



HORIZONTES DE VISIBILIDAD

APORTES LATINOAMERICANOS MARXISTAS

OBRAS ESCOGIDAS DE

René Zavaleta
Mercado

 Sylone **VENTO SUR**
traficantes de sueños

■ En estos tiempos de ofensiva reaccionaria global, la derrota de Donald Trump en las elecciones presidenciales del pasado noviembre ha sido sin duda una buena noticia. Con todo, tras el asalto al Capitolio y la complicidad de las fuerzas policiales con la extrema derecha, pronto hemos podido comprobar que el trumpismo está lejos de sentirse derrotado políticamente. Este movimiento continúa vivo y va a seguir demostrando su fuerza en las calles y en las instituciones de un imperio que ha entrado en una decadencia difícilmente reversible. Tampoco, desde luego, cabe esperar que las políticas que va a desarrollar Biden, representante de un neoliberalismo *progresista* ya fracasado, sean garantía de que se puedan ir erradicando las causas que explican el crecimiento del apoyo a Trump entre amplias capas de la clase media y trabajadora blanca. En nuestro sitio web hemos ido publicando diferentes análisis de ese fenómeno y del nuevo ciclo que se está abriendo en EE UU, pero nos ha parecido también de interés abordar en este número cuál puede ser la política del nuevo presidente en relación con el “rompecabezas de las relaciones con China”, tal como lo define **Michael T. Klare** en su artículo. Según este veterano investigador, Biden va a tratar de desmarcarse de la herencia tóxica de Trump, pero no por ello va a renunciar a luchar por recuperar el liderazgo mundial, en competencia abierta con esa gran potencia en ascenso que además sale ahora reforzada tras la crisis pandémica.

También en la misma sección, **El desorden global**, incluimos el balance que nos ofrece **Jean Nanga** sobre la trayectoria de los nuevos Estados independientes en África sesenta años después. Su diagnóstico es muy claro: fue “una independencia neocolonial sostenida por acuerdos de dependencia”; desde entonces, la norma ha sido la neocolonialidad mediante el alineamiento de los nuevos Estados con el capital transnacional, patente en su relación con la CEE-UE, y con la consiguiente y prolongada crisis de la deuda a la que se han visto y se ven sometidos esos pueblos. Un “supremacismo de lo privado” que ahora se ve agravado por la pandemia y, con ella, por el “egoísmo de los países ricos”, que ha vuelto a salir a la luz de forma tan inmoral con la desigual e injusta distribución de las vacunas, al servicio de las grandes farmacéuticas.

Cierra esta sección una entrevista que hace **Aya Khalil** a **Alain Gresh** sobre la situación en Egipto diez años después de la Primavera Árabe. En ella se remonta a la historia del país desde la época de Nasser y luego de Sadat para a continuación denunciar la progresiva conformación de un capitalismo cada vez más neoliberal, pero en el que el Ejército sigue jugando un papel central. Con esos antecedentes, Gresh resalta la originalidad de la revolución de 2011 a 2013, con el protagonismo de la juventud y también de un potente movimiento obrero que consiguieron la caída de Mubarak, pero sin haber logrado construir una alternativa de poder; vacío que sería ocupado por los Hermanos Musulmanes, pronto víctimas de un golpe militar que ha instaurado una verdadera dictadura.

El **Plural** de este número está dedicado a “Cultura y capitalismo tardío”. Como explican en la presentación **Brais Fernández** y **Alberto Santamaría**, se nos propone reflexionar sobre su relación, más allá de las posiciones extremas del neo-economicismo mecanicista y del *gramscianismo* vulgar, con el fin de ofrecer algunos apuntes sobre cómo habría que buscar la articulación de la cultura dentro de un horizonte de cambio. **Jaime Vindel** analiza críticamente la alianza que tras la Segunda Guerra Mundial se dio en el Norte entre democracia, crecimiento y fosilismo y sus consecuencias en el ámbito cultural. **Luciana Cadahia** y **Paula Biglieri** se centran en la necesaria confluencia entre el campo del feminismo y el campo de lo popular, con especial mención al papel que ha jugado el movimiento *NiUnaMenos* en Argentina y a escala internacional. **María Ruido**, trabajadora cultural, denuncia la alianza entre élites neoliberales, polos de desarrollo tecnológicos y formas de Estado débiles en su captura del capital cognitivo. **Germán Cano** parte de la crítica de Mark Fisher al *realismo capitalista* para volver la vista atrás y reinterpretar algunos debates, entre ellos el que mantuvo Manuel Sacristán a propósito del eurocomunismo. Finalmente, **Víctor del Río** nos ofrece unas consideraciones también críticas sobre el papel de los objetos, las baratijas y el fetichismo de la mercancía que ya denunciara Marx.

En **Plural 2**, **Jaime Vindel** y **Alejandro Pedregal** entrevistan a **Andreas Malm**, autor de obras que se están convirtiendo en referencias necesarias para comprender mejor las raíces del calentamiento global y, también, para reflexionar sobre los desafíos estratégicos del movimiento ecologista. La relación entre la lucha de clases y la transición ecosocial que habría que poner en marcha es el hilo conductor de esta conversación, en la que este pensador y activista ecomarxista insiste en que esa transición “presupone, en primer lugar, un cambio en las relaciones de propiedad, una derrota del capital fósil”. Un horizonte necesario pero que choca, sin embargo, como él mismo reconoce, con la “tragedia histórica” de que en respuesta a la crisis pandémica no se haya generado todavía una nueva ola de movilizaciones ambientalistas.

En **Miradas**, **Jaime Andrade**, arquitecto, nos ofrece, como nos cuenta Mariña Testas, “figuras urbanas de diferentes estilos arquitectónicos y tendencias” que sirvan de inspiración para trabajos como el suyo. En **Voces**, los poemas de **Angelo Nestore** nos muestran un vitalismo que, con palabras de Alberto García-Teresa, “solo puede entenderse con un horizonte utópico que nos ayuda a caminar a pesar del dolor y el desasosiego”. Completamos este número con **Subrayados**, en donde podéis encontrar comentarios de libros sobre diferentes materias. **J.P.**

África. Las independencias neocoloniales, sesenta años después

Jean Nanga

■ En 1960, 17 territorios coloniales de África central (Camerún –bajo tutela de la ONU, administrado por Francia–, Centroáfrica –República Centroafricana–), Congo, Congo belga, Gabón, Chad; occidental (Costa de Marfil, Dhomey/Benín, Alto-Volta/Burkina Faso, Mauritania, Níger, Nigeria, Sudán francés/Mali, Senegal, Togo –bajo tutela de la ONU, administrado por Francia–); austral (Madagascar) y oriental (Somalia) fueron proclamados Estados independientes. Así pues, en 2020 se ha celebrado su sesenta aniversario. Pero el coronavirus y la pandemia han dificultado, en casi todas partes, esta celebración, que sin duda se preveía fastuosa. Ahora bien, la pandemia también puede ser considerada como una oportunidad que han aprovechado muchos de estos Estados –cuya mala salud económica (endeudamiento público crítico, por ejemplo), y por tanto social, no había esperado a este virus– para no proceder a ningún balance final de la llamada independencia. Porque en el umbral de su tercera edad todavía está lejos de desprenderse de la colonización, de ser una descolonización concluida. Por las modalidades reales de acceso a la independencia –no los relatos oficiales y paraoficiales sobre el anticolonialismo–, se trató más bien de una metamorfosis del colonialismo en neocolonialismo, como se le puede llamar todavía. Desde hace cuatro décadas, este proceso, que se dio en un contexto internacional dominado por el keynesianismo tras la Segunda Guerra Mundial, se ha adaptado a la forma neoliberal de la dominación del capital impuesta a estos Estados, entre otros, y cuya dinámica alimentó la ola colonialista del siglo XIX.

La descolonización

Para valorar la descolonización o la independencia adquirida por estos Estados africanos (que se sumaron entonces a otros diez, entre ellos Sudáfrica) hay que recordar lo que es la colonización: apropiación de un territorio, por la fuerza de las armas o por algún tratado fraudulento, atribuyéndose subsiguientemente la soberanía sobre los pueblos autóctonos por medio de la imposición de nuevas instituciones y/o por la readecuación subordinada de las instituciones autóctonas. Y, sobre todo, transformando los territorios conquistados en espacios de actividad económica en beneficio principalmente de la potencia conquistadora (europea, en este caso), y de sus súbditos instalados, sobre todo en los casos de colonias de asentamiento. Así, del siglo XIX a inicios del XX se trató de someter los territorios africanos conquistados a la lógica del capital (lo

1. EL DESORDEN GLOBAL

que no significa hacerlos parecer a las metrópolis coloniales), en función de sus recursos (como lo indican algunas denominaciones, heredadas de la época mercantilista, como Costa de Marfil). De este modo, se convertían en extensiones de la economía metropolitana. También fueron colonizados territorios desprovistos de riquezas naturales, por ser interesantes geoestratégicamente. Esta dominación, mezclando *cristianismo constantiniano* (West, 2004) e ideología de la Ilustración, hacía gala de una misión civilizadora, una carga para las potencias coloniales, supuestamente consagradas, a pesar de todo, al progreso de los colonizados y a la humanidad en general.

Así, descolonizar significaría, lógicamente, no solo acceder a la soberanía estatal internacional, sino también, para los excolonizados, emprender la ruptura con el principio, económico más que racial (está demostrado con bastante pertinencia que el racismo moderno se construyó para/durante la esclavitud de los negros en las Américas –de la

Los gestores de estos nuevos Estados independientes conciben la descolonización de ese modo, con olvido de la dimensión económica

negación cristiana del alma a los negros a mediados del siglo XVI a las divagaciones *científicas* del siglo XIX– y luego para la colonización, sin que esto implique una identificación mecánica entre anticapitalismo y antirracismo), que motivó, animó, estructuró las relaciones sociales coloniales

jerárquicas (subordinando a los autóctonos en general y a las capas sociales populares en particular; integrando a una minoría de autóctonos/indígenas que participaba en los engranajes de la dominación y de la explotación coloniales, según el modo directo o indirecto de gobierno colonial) y los mecanismos de su reproducción, de la dominación económico-política o global.

Éste no es el sentido que se suele conferir a la descolonización, como una expresión semántica de la colonialidad. Se pone el acento esencialmente en la supuesta soberanía política sobre territorios configurados por las potencias coloniales. Acompañada de cierta dimensión cultural, muy marcada por la etnología colonial y llamada a ser instrumentalizada por las nuevas minorías dirigentes –tras haberlo sido por los cacicazgos tradicionales e intelectuales durante el colonialismo directo– más que a contribuir a una verdadera descolonización. Los gestores de estos nuevos Estados independientes conciben la descolonización de ese modo, con olvido, o más bien con una cierta asunción, de la dimensión económica que es la dimensión capital heredada del colonialismo y la que lo motivó. Lo que no resulta sorprendente, dadas las modalidades de acceso de estos territorios a la independencia.

Las independencias del año 1960

Es bastante notorio que en los territorios franceses de África ecuatorial/central (AEF), de África occidental (AOF) y de Madagascar, los futuros *padres de la independencia* y sus organizaciones políticas, con la excepción del guineano Sékou Touré y la sección local de la Unión Democrática Africana (Rassemblement démocratique africain, RDA) en 1958, no pensaban salir de la dinámica iniciada con la Unión Francesa (1946), que llevó a algunos al Parlamento francés y más tarde incluso al gobierno francés, seguida de la Ley-marco de 1956, llamada Ley Defferre, que instauró los consejos de gobierno territoriales y, luego, la Comunidad (1958), instituyendo Estados/repúblicas autónomas vinculadas a Francia. Los futuros *padres de la independencia* prefirieron, en general, esta asimilación con Francia, una especie de colonialismo participativo votado en referéndum en 1958 –por lo general por más del 90%–, a cualquier perspectiva de independencia. Incluso la Federación de Mali, puesta en marcha en enero de 1959 por Senegal y el Sudán francés (abandonados en el último momento por Dahomey –actual Benin– y Alto-Volta –actual Burkina Faso– atraídos por el costamarfileño Félix Houphouët-Boigny a su Consejo de la Entente), no quiso cortar el cordón umbilical económico, militar y político con Francia, pretendió mantenerse en la Comunidad (Léopold Sédar Senghor, presidente de la Asamblea Federal de Mali hasta el estallido de la Federación en agosto de 1960, después presidente de Senegal desde setiembre de 1960, siguió siendo –como también el presidente costamarfileño Félix Houphouët-Boigny y el malgache Philipert Tsiranana– consejero de la República Francesa hasta mayo de 1961, bajo el primer ministro Michel Debré) **1/**. Así, al margen de la profunda voluntad de sus dirigentes (Houphouët-Boigny, 1986), por una conjunción entre la presión de algunas capas sociales (estudiantes y funcionarios sindicados), muy influidas por las independencias ghanesa (1957) y guineana (1958), y un tardío realismo *descolonizador* metropolitano, estos Estados se volvieron *independientes*, y sus dirigentes padres cofundadores de esos Estados neocoloniales **2/**. Una independencia neocolonial sostenida por acuerdos de dependencia, denominados acuerdos de cooperación (económica, monetaria, militar, etc.). El presidente ghanés Kwame Nkrumah, analista del neocolonialismo, hablaba en este sentido de “Estados semi-independientes” o “aparentemente independientes” (Nkrumah, 1964).

Del lado anglófono, ese mismo año se proclamó la independencia de Nigeria aunque, como en el caso de Ghana (1957-1960), el nuevo Estado,

1/ Antes de que ellos mismos cambiasen de opinión, algunos de estos dirigentes asimilacionistas llegaron a plantear incluso que el Estado colonial francés sancionara a quienes se habían vuelto súbitamente independentistas (ver Decraene, Dia, 1960).

2/ Aunque proclamados independientes,

República Centroafricana, Congo, Gabón, Madagascar, Senegal y Chad abordaron, junto a Francia, la transformación de la Comunidad en Comunidad contractual o renovada, que no funcionó, aunque la Comunidad solo llegó a ser derogada en Francia por medio del artículo 14 de la Ley Constitucional n° 95-880, del 4 de agosto de 1995.

1. EL DESORDEN GLOBAL

miembro de la Commonwealth, conservó, de 1960 a 1963, como jefa a la reina de Inglaterra (¡Isabel II, que sigue en el trono!). La Constitución del nuevo Estado independiente fue sometida a su validación —o algo peor— por la Colonial Office. Así, ni en el caso de Nnamdi Azikiwe (antiguo mentor del panafricanismo de Nkrumah y virulento anticolonialista durante mucho tiempo, muy próximo al fabianismo), gobernador general y comandante en jefe de la Federación de Nigeria (1960-1963) —representando así a la reina, antes de convertirse en presidente en 1963—, ni tampoco en el del primer ministro del nuevo Estado independiente, Abubakar Tafawa Balewa, había ningún proyecto de ruptura con una economía capitalista en la que ya estaba confortablemente instalada una parte de la élite colonizada nigeriana. La Colonial Office supo también contribuir a este posicionamiento, en aquel tiempo de la llamada guerra fría.

En el Congo belga, nada indicaba que el presidente Joseph Kasavubu, por ejemplo en su discurso del día de la independencia (30 de junio), proyectase una ruptura con la economía capitalista construida localmente por la colonización. Ciertamente, su competidor, el primer ministro Patrice Émery Lumumba y el Movimiento Nacional Congoleño, habían expresado la voluntad de revisar el monopolio territorial detentado por los colonos belgas y las sucursales de las compañías belgas. En su famoso discurso del 30 de junio, había anunciado que “Juntos, hermanos y hermanas (...). Juntos vamos a establecer la justicia social y asegurar que cada cual reciba la justa remuneración de su trabajo”. Pero el imperialismo y sus aliados autóctonos, cometiendo el primer asesinato político posterior a esta independencia masiva, no le dejaron tiempo para elaborar, precisar, si había que romper o no con el capitalismo **3/**.

En cuanto al primer presidente de la Somalia independiente, Abdallah Aden Osman Daar, y su gobierno, no consideraban en general incompatibles la independencia proclamada y la dominación de la economía somalí por el capital italiano.

Continuidades

Junto al capitalismo, los nuevos Estados han conservado por lo general las prácticas de las administraciones coloniales durante el, a *posteriori*, denominado período de transición, o de educación en el neocolonialismo, iniciado tras la Segunda Guerra Mundial, salvo en el caso del Congo belga **4/**. Como el fraude electoral, que bajo el imperio francés se le denominó

3/ El hecho de que, junto a Kasavubu, hubiera invitado a la URSS en la crisis del Congo no basta para clasificarlo como comunista. Además, también esperaba de EE UU, cuyo presidente Eisenhower no le recibió, una contribución a la resolución de la crisis.

4/ Solo en 1957 tuvieron lugar, en algunas ciudades, las primeras elecciones de

indígenas (burgomaestres), iniciando así la muy breve transición al neocolonialismo o al muy breve colonialismo participativo belga (1957-1960). O sea, dos años después de la propuesta de *Un plan de treinta años para la emancipación del África belga* hecha por Jef Van Bilsen, periodista y enseñante universitario belga, que había trabajado en el Congo.

“procedimientos argelinos” (Bourdet, 1951), “elecciones a la argelina” (Boumendjel, 1951), haciendo referencia al primer territorio donde la administración colonial francesa lo practicó de manera evidente. En sus memorias, el Premio Nobel de literatura (1986), el nigeriano Wole Soyinka (1997), recordó que “fueron los británicos quienes enseñaron a los nigerianos el arte de trucar las elecciones”. Por otra parte, la evolución del *gobierno indirecto* británico y la reforma del colonialismo francés en colonialismo participativo (Ley-marco de 1956, instaurando los consejos de gobierno territoriales dirigidos por autónomos elegidos y la Comunidad de 1958 que dio paso a Estados/repúblicas autónomas) consistían también en la delegación del poder represivo a los gobernantes autóctonos. Como ejemplo, este consejo de un burócrata colonial a otros administradores coloniales franceses: “En mi opinión, en la próxima etapa la policía estará casi enteramente en manos de los consejos de gobierno (...). Vais a tener que reprimir algunas manifestaciones, por ejemplo: ¿qué va a ocurrir si sois vosotros quienes ordenáis reprimir? Ya sabéis que tendréis dificultades. Si quien toma la responsabilidad de prohibir o reprimir algunas manifestaciones es el consejo de gobierno, y si este lo encarga al personal territorial, es decir, al personal bajo sus órdenes, la operación no tendrá en absoluto el mismo carácter” (Soucadaux, 1957). En cuanto a la corrupción del sistema jurídico, era una de las quejas planteadas respecto a la administración colonial británica por el movimiento de mujeres nigerianas tras la Segunda Guerra Mundial. Con el tiempo estas distintas prácticas –la corrupción no se limita al sistema jurídico– se han vuelto excesivas en la mayor parte de estos países.

Así, la independencia es por lo general neocolonial. El neocolonialismo significa aquí la independencia política; la existencia de Estados reconocidos internacionalmente como soberanos, aunque siguen siendo bastante dependientes de las metrópolis coloniales; en particular, del imperialismo en general –con la posibilidad de cierta diversidad de dominadores, conforme o no a la jerarquía intrainperialista 5/–, a través de mecanismos probados, sobre todo económicos, pero también culturales. Mecanismos que favorecen también a las capas dirigentes autóctonas, en general aliadas objetivas del capital imperialista, aunque con la posibilidad de fricciones internas, como la que llevó al asesinato en 1963 del primer presidente de Togo, Sylvanus Olympio, procapitalista (exdirector local de la

5/ Por ejemplo, el pretendido anticolonialismo de EE UU (que sigue poseyendo, hasta nuestros días, colonias denominadas eufemísticamente *unincorporated territories*, con colonizados que, por un determinado *indigenato*, no participan en las elecciones presidenciales estadounidenses) expresaba la voluntad de poner término a la dominación exclusiva, al monopolio del beneficio, de las potencias coloniales europeas sobre esos territorios.

transnacional británico-holandesa Unilever), al que se achacaba haber querido emanciparse de Francia en beneficio del llamado capital anglosajón, incluyendo el proyecto de salida del antiguo franco de las colonias francesas de África (conservándose la sigla FCFA, a pesar del cambio). Como decía en 1960 el

1. EL DESORDEN GLOBAL

primer ministro francés Michel Debré a su presidente (Charles de Gaulle), Olympio quería “tener las manos libres” (Debré, 1960). Lo que no ocurría con los otros jefes de los Estados llamados independientes.

Sesenta años después

En el año 2020, la situación no ha cambiado en lo fundamental: persiste la neocolonialidad de las llamadas independencias, aunque la situación no sea absolutamente idéntica a la de los años 1960 (Nanga, 2006). Ha habido reajustes y reestructuraciones de la dominación en función de nuevas relaciones de fuerza inducidas por la neoliberalización de la mundialización desde los años 1980, el hundimiento del bloque *comunista* de la guerra fría y la emergencia de nuevas potencias capitalistas en este nuevo siglo.

En materia militar, los ejércitos coloniales, incluido el francés, abandonaron algunos Estados independientes en los años 1960. Sin embargo, Francia conserva bases militares en Costa de Marfil, Gabón y Senegal. Benín, Camerún y Togo forman parte del ámbito de la misión naval

Persiste la neocolonialidad de las llamadas independencias, aunque la situación no sea absolutamente idéntica a la de los años 1960

francesa *Corymbe* en el golfo de Guinea, para la protección de los petroleros. En el marco de la *lucha contra el terrorismo* islamista, desde 2014 se ha desarrollado la operación *Barkhane* en Burkina Faso, Mali, Mauritania, Níger, Chad. Sin olvidar la República Centroafricana, donde puso término bastante pronto (2013) a las ambiciones militares sudafricanas, econó-

micamente motivadas. Además, otras fuerzas militares extranjeras están más presentes que antes en África, incluso en los países independientes de 1960. Así, en 2007-2008, EE UU, imperialista en jefe, creó un mando militar para África (Africom), cuyo cuartel general no pudo ser instalado en África (está en Stuttgart, Alemania) por la oposición bastante firme, en aquellos años, de la Unión Africana (UA). Sin embargo, el ejército estadounidense está actualmente mucho más presente que nunca en África, en una gran mayoría de países, entre ellos los independientes de 1960 (Camerún, Burkina Faso, Gabón, Níger, República Centroafricana, Senegal, Somalia, Chad). Otros ejércitos europeos (Alemania, Bélgica, Italia, Rusia) también están presentes en Mali, Níger, República

Centroafricana **6/**. La Fuerza Africana de Alerta (FAA), contemplada por la UA como fachada para permitir la reducción de la

6/ China, Emiratos Árabes Unidos, India y Japón han adquirido también instalaciones militares en África austral y oriental.

presencia militar extranjera en África, es casi inexistente. En cuanto a la fuerza militar del G5 Sahel (Burkina Faso, Mali, Mauritania, Níger, Chad), puede ser considerada más bien como supletoria del ejército francés (Barkhane). De hecho, detrás de este despliegue militar no africano en nombre de la *lucha contra el terrorismo* islamista (a cuyo desarrollo no pueden ser considerados ajenos algunos de estos *socios* extraafricanos) —que puede ir acompañada de la *ayuda al desarrollo*— está tanto la publicidad de los instrumentos de la muerte, esas mercancías onerosas producidas en esos llamados Estados desarrollados, como el interés por las materias primas estratégicas: del uranio nigeriano o centroafricano —para Francia y consortes, inquietos por el manifiesto interés chino por los recursos de esos países— al petróleo somalí, todavía no explotado, para EE UU (lo que motivó la fallida intervención militar de 1993, *Restore Hope*). Una dependencia securitaria que no engaña, por ejemplo, a los manifestantes nigerianos que exigen la salida de los militares franceses y estadounidenses.

En materia monetaria, los antiguos territorios de la AEF y de la AOF que optaron por la Comunidad en 1958, siguen vinculados al principal superviviente de la zona franco, el franco CFA ^{7/} —la demostración de su naturaleza neocolonialista (que beneficia al capital francés y a su Estado, así como a las clases dirigentes de los Estados africanos implicados) se ha revitalizado mucho en estos últimos años—, y de hecho al euro, moneda de la Unión Europea. Así, por ejemplo, la dinámica de creación de una moneda de la Comunidad Económica de los Estados del África Occidental (CEDEAO), el ECO, fue sustituida (finales de diciembre 2019-mayo 2020), a iniciativa de los jefes de Estado francés, Emmanuel Macron, y costamarfileño, Alassane Ouattara, por el lanzamiento de un ECO en lugar del FCFA de la Unión Económica y Monetaria africana occidental (UEMOA, cuyos Estados son también miembros de la CEDEAO, un reagrupamiento más amplio) ^{8/}. En una zona monetaria CEDEAO influiría sobre todo Nigeria, primera economía no solo de la subregión (70% del PIB de la CEDEAO, y entre cinco y seis veces el PIB de la UEMOA, donde el PIB costamarfileño representa normalmente casi un tercio), sino de toda la región de África. Nigeria —primer proveedor actual de Costa de Marfil, por delante de Francia, imbuido de su supremacía económica, muy celoso de su soberanía monetaria nacional, y poco dispuesto a someterse a la disciplina que implicaría una moneda comunitaria— forma parte de los dos tercios de miembros de la CEDEAO que no reúnen los llamados cri-

^{7/} Otra moneda superviviente de la zona franco es el franco de las Comores (Estado independiente en 1975). Madagascar lanzó el franco malgache en 1963 manteniéndose en la zona franco CFA, de la que salió en 1974. Mali salió en 1962 y volvió después en 1984.

^{8/} Cf. la crítica, un poco sarcástica, del re-

ciente debate parlamentario francés sobre el franco CFA (2020), por parte de Pigeaud, F. y Samba Sylla, N., “Pauvreté du débat parlementaire français sur le franc CFA”, *Mediapart.fr*, 6/10/2020, <https://blogs.mediapart.fr/fanny-pigeaud/blog/041020/pauvrete-du-debat-parlementaire-francais-sur-le-franc-cfa>

1. EL DESORDEN GLOBAL

terios de convergencia (tasas de déficit, de inflación, de deuda pública). De esta manera, el lanzamiento del ECO-CEDEAO fue postergado en setiembre de 2020 *sine die*. En cuanto a los Estados de la otra subzona de la FCFA, la Comunidad Económica y Monetaria del África central, CEMAC 9/ (cuyos dirigentes, tan desprovistos como sus pares de la menor cualidad positiva, parecen estar en competición permanente por llevarse la palma de la prevaricación en África, como se verá más adelante), no se podía esperar ninguna audacia o proyecto inteligente de independencia. La cadena francesa parece preferible a la independencia: la CEMAC estaría dispuesta a seguir los pasos del FCFA-ECO pero, a diferencia de la UEMOA, sin cuestionarse la domiciliación de la cuenta de operaciones (sus reservas de cambio) en el Tesoro Público francés. Ya sea porque les debe ir bien, o por temor —los tecnócratas conocen la cleptomanía de sus empleadores— a que, una vez repatriadas, estas reservas de cambio sean saqueadas.

Alineamiento detrás del capital internacional

El neocolonialismo hoy día supone también el alineamiento detrás del capital internacional neoliberalizado, cuya jerarquía está en reestructuración, consecuencia por ejemplo de la constitución de la Unión Europea (1992). Los vínculos de los Estados independientes de 1960 (en adelante, EI-1960) con la UE (en su origen, Comisión Económica Europea, CEE) datan de la primera Convención de Yaundé (1963), hoy día Acuerdo de Cotonou, extendido al Caribe y al Pacífico (ACP/UE), en vía de expiración (diciembre 2020) y que se supone dará lugar a otro acuerdo, en curso de negociación. Sin que aún se haya alcanzado el Acuerdo de Asociación Económica (APE), en negociación desde 2002 en el marco del citado Acuerdo de Cotonou, confrontado a las reticencias de muchos *socios* no europeos, entre ellos la mayoría de los EI-1960, temiendo resultar más perjudicados. En Madagascar (80% de la producción mundial de vainilla), que tiene a la Unión Europea como principal mercado de exportación de sus productos (más del 40%), el APE se aplica desde 2012. Camerún (exportador de cacao, bananas, etc., hacia la UE) y Costa de Marfil (muy dependiente de la exportación de cacao, del que es primer productor mundial, banana, atún, madera), prisioneros, como muchos otros, de la especialización agrícola colonial y poco preocupados de una solidaridad/integración subregional, han decidido cada cual la activación del citado acuerdo, desolidarizándose así de los otros miembros de la CEMAC y de la CEDEAO, respectivamente.

Estos países han estado dirigidos por los intereses de los exportadores de estos productos, por lo general empresas transnacionales. Con la consecuencia prevista, entre otras, de un descenso de los ingresos aduaneros. En Madagascar se preveía un 10% desde 2015. Para Costa de Marfil, “las pérdidas acumuladas

9/ Guinea Ecuatorial (excolonia de España), que es miembro, no forma parte de los Estados independientes de 1960.

de ingresos aduaneros (derechos de aduana + IVA) sobre las importaciones procedentes de la UE28-RU [Unión Europea de 28 con el Reino Unido] pasarán a 65,1 millones de euros (M€) de T5 **10/** (3 de setiembre de 2021) a 898 M€ en T10 (2026), 2.500 M€ en T15 (2031), 4.400 M€ en T20 (2036) y 11.000 M€ en T35 (2051)” / Berthelot, 2018). Este *absurdo*, beneficioso para una minoría capitalista a costa del Tesoro Público y de los gastos sociales, se aplica también a Camerún, ya que “Camerún nunca habría debido firmar este APE porque varios estudios realizados entre 2005 y 2013, tanto por el Ministerio de Economía como por el de Finanzas, habían indicado que el país iba a salir perdedor en todos los planos en esta asociación (...) [Según] el estudio del Ministerio camerunés de Finanzas llevado a cabo en 2008 (...), las pérdidas de ingresos se situarían en 168,2 miles de millones de Fcfa en 2023, para un acumulado de 1.102 mil millones de Fcfa en el conjunto del período de desmantelamiento. Las ganancias de ingresos en la apertura serán modestas y no podrán compensar las pérdidas. Evalúan estas ganancias en 191,5 mil millones de Fcfa de manera acumulativa en el período. La toma en consideración de estas ganancias ocasionará una pérdida neta acumulada estimada en 911,3 mil millones de Fcfa” (Tchuenkam, 2020). Los dirigentes cameruneses parecen darse cuenta de ello después de “16 mil millones de minusvalías presupuestarias”, entre agosto de 2016 y marzo de 2020, según la aduana camerunesa (Mbodiam y Andzongo, 2020).

Seis décadas antes, algunos futuros *padres de la independencia* habían expresado, tras la creación de la CEE –que instauró un régimen de asociación con los consejos de gobierno de la Ley-marco de Defferre–, la voluntad de construir la Euroáfrica. Hasta la prefirieron, después, al proyecto de una unión africana de Estados, cuyo sucedáneo fue la Organización de la Unidad Africana. Una de las consecuencias de este medio centenario, o sesentenario, de *asociación*, desigual a pesar de todo, con la CEE/UE es la persistencia poscolonial de la especialización africana en el suministro de productos básicos, materias primas, a costa de la agricultura de alimentos, de la transformación local necesaria de algunos productos y de una diversificación efectiva y suficiente de las economías. Así, la gran dependencia alimentaria de estas sociedades potencialmente capaces de alimentarse –si la satisfacción de las necesidades locales fuera tan solo uno de los principios de organización de la economía, la soberanía económica democrática en la que se incluiría la soberanía alimentaria **11/**– cuyos Estados se han especializado en productos de renta (agrícola, minera...) para las economías dominantes. Habida cuenta de las actuales

10/ “Siendo T el principio de la aplicación de la APE, con la APEi comenzó por algunas líneas tarifarias el 3/02/2017 (T1), y será cada vez más importante, de T2 (3/09/2018) a T4 (3/09/2020), donde el porcentaje de los DD de los productos liberalizados pasa al 63,75% en T4”.

11/ La Vía Campesina, por ejemplo, la define, muy brevemente, como “el derecho de las poblaciones, de su país o uniones, a definir su programa agrícola y alimentario sin *dumping* respecto a países terceros”, <https://viacampesina.org/>

1. EL DESORDEN GLOBAL

maniobras de diversión del capital respecto al cambio climático, este va probablemente a hacer fracasar los proyectos en marcha de la supuesta reducción de dicha dependencia. Con las consecuencias, entre otras, de mayor inseguridad alimentaria y el “predominio de la subalimentación” (FAO), ya muy pronunciada en África central y occidental a las que pertenecen la casi totalidad de los EI-1960 **12/**.

Sin embargo, hay voces de la UE que abogan ahora por el establecimiento de una asociación basada en... la igualdad. No porque se hayan visto súbitamente influidas por el humanismo, sino por cálculo capitalista: “Para llegar a un acuerdo mutuamente beneficioso, hay que cambiar el paradigma. Si no, los países africanos intentarán cada vez más orientarse hacia países como China y establecer relaciones comerciales con países emergentes: India o Brasil” (Centro de Información Europe Direct, 2020). En efecto, la reestructuración del capital internacional se caracteriza por la emergencia de estas nuevas potencias capitalistas que instrumentalizan a voluntad la común pertenencia al *Sur* (a la vez que mantienen relaciones económicas más importantes con las potencias capitalistas tradicionales). Por ejemplo, China se ha convertido en la primera proveedora de la República Democrática del Congo (20%, frente a un 6% Bélgica), Madagascar, Somalia. Va muy poco por detrás de Francia en Congo, Togo, etc. Y se ha convertido en el primer acreedor bilateral de muchos de estos EI-1960.

Por lo general, la sumisión de estos Estados al capital internacional **13/**, al imperialismo en reestructuración neoliberal, es manifiesta desde la crisis estructural del neocolonialismo, de los Estados del capitalismo periférico, bajo la forma, entre otras, de la crisis de la deuda pública exterior (desde final de los años 1970-1980). Esta sobrevino después de la reivindicación de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), iniciada en 1973 por Estados no alineados/del tercer mundo, que se consideraban perjudicados por el intercambio desigual, y adoptada por la ONU en 1974, aunque casi inmediatamente paralizada por las potencias imperialistas vinculadas al intercambio desigual. Más tarde, tras una nociva generosidad acreedora (el endeudamiento para el desarrollo promovido por el Banco Mundial, por la abundancia de petrodólares durante esos años 1970, fue uno de los factores de la crisis de la deuda de los Estados del tercer mundo), en lugar de este NOEI, se impuso la integración en un

12/ FAO, Comisión Económica de Naciones Unidas para África y Comisión de la Unión Africana, *Vue d'ensemble régionale de la sécurité alimentaire et la nutrition en Afrique 2019*. Accra/Roma, 2020, <https://doi.org/10.4060/ca7343fr>. Excepto Mauritania, todos los EI-1960 están clasificados como importadores netos de productos alimentarios, con una importante importación en once de ellos.

13/ Dificultades de tesorería forzaron

algunas fricciones entre Estados y transnacionales, como es el caso de Gabón, en 2018, con la francesa Veolia (empresa matriz de la Sociedad de Aguas y Energía de Gabón) o de Nigeria, en 2018, reprochando a las empresas de explotación petrolera no haber ajustado durante años los *royalties* al alza del precio del petróleo, como dispone la ley. Así, se trata de una deuda que debe ser regulada por los Estados federados petroleros.

nuevo orden capitalista internacional, el de la fase neoliberal de la mundialización, a partir de programas de ajuste estructural (Senegal y Costa de Marfil estuvieron entre los pioneros en África), del Banco Mundial y del FMI, instituciones del neocolonialismo colectivo (sus miembros son potencias imperialistas y Estados de la periferia capitalistas, aunque de manera desigual, respetando la jerarquía del capitalismo mundial). Una víctima muy particular de este endeudamiento crítico y de su remedio socialmente nocivo ha sido la Somalia del general Muhammad Syad Barre (proestadounidense, después de haber sido prosoviético, incluso *socialista científico*, como algunas otras imposturas africanas): es uno de los principales factores de la larga crisis de la que todavía intenta salir (Chossudovsky, 1993).

Supremacismo de lo privado

En estos últimos años está en marcha una nueva crisis de la deuda pública en África, con dos EI-1960 entre los diez Estados más endeudados en relación deuda/PIB: Mauritania (el noveno) y Congo (el décimo). Todos estos EI-1960 están también afectados por la nueva ola de ajuste estructural neoliberal, tras denominaciones como programa de *reformas estructurales* con facilidad ampliada de crédito, o *instrumento de coordinación de la política económica*, con nuevos préstamos multinacionales en juego (el FMI no destaca por la anulación de las deudas). La lucha contra la covid-19 ha sido también una oportunidad para que el FMI preste más a Estados ya cautivos. Sigue siendo un empuje para avanzar en la neoliberalización de su capitalismo, aunque no asegure un buen porvenir a las clases populares, a los dejados-de-lado en la anterior fase del capitalismo. Los Estados todavía deben proceder, entre otras cosas, a la privatización de sus empresas; por supuesto, las más rentables, las que habían sobrevivido a la ola precedente. Dicho de otra manera, la organización de más heteronomía, dependencia hacia una fiscalidad cuyas tasas deben al mismo tiempo ser atractivas, bajo la vigilancia del *Doing Business*.

Por ejemplo, la transnacional singapuriana OLAM ha adquirido recientemente la Nueva Sociedad Algodonera de Togo, justo tras hacer lo mismo con la Sociedad Algodonera de Chad. El algodón se ha convertido en el segundo producto de exportación de Chad, pero sigue siendo el primer producto agrícola de exportación e industrial de Togo. Costa de Marfil continúa el proceso de privatización, la cesión de partes de los sectores bancario, minero, etc., desarrollado desde los años 1990. Por ejemplo, uno de sus principales bancos, el Banco de la Vivienda [*Banque de l'Habitat*] de Costa de Marfil está en la lista. El capital francés, tradicionalmente hegemónico (50% de los ingresos fiscales costamarfileños) estará servido porque, después de la ayuda del ejército francés a Alassane Ouattara para instalarse en el palacio presidencial en 2011, las inversiones francesas están creciendo. Camerún va a privatizar, por ejemplo, su compañía

1. EL DESORDEN GLOBAL

aérea (Camair-Co) después de haberla reflatado (incluso en aparatos), cuando “más de tres décadas después de los famosos Programas de Ajuste estructural (PAS) impuestos por las instituciones de Bretton Woods, o del Fondo Monetario Internacional (FMI), la economía camerunesa nunca ha llegado verdaderamente a recuperarse, a pesar de una yuxtaposición de programas económicos” (Mbog Pibasso, 2019). En Nigeria, entre la decena de empresas a privatizar está la Nigerian National Petroleum Corporation, número uno del capital público nigeriano, socio en *joint-ventures* de los gigantes mundiales del sector petrolero que operan en Nigeria, y con una buena decena de filiales. El capital británico pos-Brexit que quiere reforzar su presencia en Nigeria también está interesado en esta oleada de privatizaciones.

Los mejor colocados en este proceso de consolidación del *supremacismo de lo privado* (como lo define Naomi Klein en *La doctrina del shock*) son principalmente las transnacionales extraafricanas. La propensión de las transnacionales a una cuasi soberanía —como se suele decir, *ellas hacen la ley*— sobre sectores en los Estados en que operan, incluso su influencia en el seno de instituciones multilaterales, como en algunas agencias de la ONU, o de la Unión Africana, puede ser considerada como la puesta al día poscolonial neoliberal de cierta tradición de la mundialización (por ejemplo, al comienzo de la Nigeria colonial, a finales del siglo XIX, fue la Royal Niger Company, en la tradición de la East India Company y de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, nacidas en el siglo XVII). También son compradoras las transnacionales africanas, como Maroc Telecom, que adquirió Gabon Telecom, entre otras (Aziki, 2017). Incluso capitalistas autóctonos: por ejemplo, la compañía costamarfileña para el desarrollo del textil ha sido adquirida por un capitalista multimillonario (en FCFA) costamarfileño. En Benín, no solo se ha denunciado la intensa privatización, “bajo expresiones tan diversas como variadas (privatización, concesión, arrendamiento, gestión delegada, etc.)”, de la que se han beneficiado transnacionales originarias de la antigua potencia colonial, sino también que se haya hecho “en provecho del presidente Patrice Talon y de su clan” 14/.

Estas adquisiciones por el sector privado van acompañadas por lo general de despidos, los llamados *planes sociales*, flexibilización de empleos, etc., en vez de crearse nuevos empleos pretendidamente decentes. Dicho

14/ Confédération syndicale des travailleurs du Bénin, “Privatisations des sociétés d’Etat sous la Rupture: La Cstb condamne la politique de ‘tout privé et de l’Etat minimum”, *Cotonou.com*, 15/09/2017, <http://nees.acotonou.com/h/102169.html>. Patrice Talon, campeón del capitalismo beninés, fue elegido presidente en 2016. Es presunto beneficiario, como empresario, de los favores de sus predecesores en la Presidencia.

de otra manera, un deterioro de la situación de las clases sociales y medios sociales populares, del que es consciente el FMI al expresar su aparente preocupación por la preservación de los “gastos sociales” o de las “conquistas sociales” y el “crecimiento inclusivo”. Una preocupación que es más bien un

taparrabos, por la gran diferencia con las consecuencias de las otras *reformas estructurales* que condicionan desde hace cuatro décadas la pretendida ayuda aportada por el FMI a los Estados bajo ajuste estructural neoliberal. En complicidad con su hermano gemelo, el Banco Mundial, que debería, en *neolengua* neoliberal, “actuar por un mundo sin pobreza”, pero a la espera de que se cumpla este gran deseo, coproduce pobreza, contribuyendo al desarrollo de las desigualdades sociales, de género, en el mundo en general y en los Estados independientes de 1960 en este caso. Aunque parece que es la covid-19 la que ha mostrado a Macky Sall (Senegal), Alassane Ouattara (Costa de Marfil), Mahamodou Issoufou (Níger), respectivamente, “la injusticia del sistema económico” mundial, el “egoísmo de los países ricos”, la necesidad de un “debate sobre las desigualdades” y de un nuevo “reparto de las riquezas a escala mundial y en cada país” (Linge, 2020) **15/**. Palabras que no expresan una de las consecuencias sociales de la opción económica (capitalista) dominante mundialmente, sino la hipocresía o la demagogia de individuos que se benefician de ese sistema **16/**.

Impregnados de ideología capitalista, estos dirigentes están más preocupados por la tasa de crecimiento del PIB. Así, refiriéndose al título de un estudio de la institución de Bretton Woods, Alassane Ouattara declaró en plena campaña electoral: “El Banco Mundial ha llegado a decir que Costa de Marfil está al borde del paraíso” **17/**. Criterios que podrían suscitar, hoy día, la misma actitud desaprobadora de Aimé Césaire a mediados de los años 1950: para justificar la colonización, para no considerarla como una *cosificación*, “me arrojan a la cabeza hechos, estadísticas, kilómetros de carreteras, de canales, de ferrocarriles (...). Me dejan con la boca abierta con el tonelaje de algodón, de cacao exportado” (Césaire, 1955). En esta sociedad de los EI-1960 se ha dicho que “la tasa de crecimiento no se come”, como reacción a la exhibición de las tasas de crecimiento del PIB. Aunque acudiendo a otros criterios, el llamado paraíso se aleja, porque basándose en una concepción de la soberanía

15/ ¿Ha comenzado ya el debate o se va a lanzar pronto en Níger? Como buen miembro de la Internacional Socialista, el señor Issoufou se limita a la dimensión de “reparto de las riquezas”, bastante de moda, y no a la propiedad de los medios de producción, que condiciona el citado reparto, así como a la determinación ecológica de la producción de bienes.

16/ Macky Sall ha declarado oficialmente tras su elección cuáles son sus acciones y propiedades inmobiliarias, bienes evaluados en 1.300 millones de FCFA (según *Wikipedia* y periódicos senegaleses); Mahamodou Issoufou fue director técnico de una filial de Areva, antes de lanzarse a la competición política; Alassane Ouattara

fue director adjunto del FMI al tiempo que un hombre de negocios.

17/ Citado por Réaux, A. (2020) “En Côte d’Ivoire, la croissance ne profite pas à tous”, *La Croix*, 31/10/2020, <https://www.la-croix.com/Monde/En-Cote-d-Ivoire-croissance-profite-pas-a-tous-2020-10-31-1201122206>. Se refiere al título de un informe del Banco Mundial, *Aux portes du paradis – Comment la Côte d’Ivoire peut rattraper son retard technologique?* (febrero 2018), haciendo creer que, gracias a la puesta al día tecnológica, el neoliberalismo produce paraísos, sin duda, para la minoría que constituyen las clases explotadoras, dirigentes en todo caso ecocidas.

1. EL DESORDEN GLOBAL

que no se limita tanto a la independencia adquirida en 1960, que apenas se ejerce frente a las potencias capitalistas, cuya soberanía, en realidad dominación, es denominada imperialismo, como la atribuida en los hechos a la deuda en la expresión *deuda soberana*. Una concepción opuesta a la de una soberanía que ejerce una minoría autóctona –ligada por lo general a estas potencias, aun siendo relativamente autónoma– sobre la población, olvidando clásicamente entre dos solicitudes de sufragio universal directo (cuando tienen lugar) la soberanía fundamental. La del pueblo, que está mayoritariamente constituida por las clases sociales/medios sociales populares, y que debería ejercerse para su autoemancipación.

Así, ¿puede considerarse “al borde del paraíso” a esta Costa de Marfil que no ha esperado a la covid-19 para figurar entre los “20 países con sistemas de salud menos efectivos del mundo”? (Coumba y Assane, 2018). Precedida, en la parte baja de la tabla, por Togo, Níger, Madagascar, Camerún, y seguida del Congo, Nigeria, Benín, Chad, República Centroafricana, o sea, más de la mitad de los EI-1960. Como su tasa de alfabetización del 43,10%, entre los diez inferiores al 60% de esos EI-1960 (del 59,60% de Nigeria –campeón económico de África, que tiene al mismo tiempo “el mayor número de niños no escolarizados en el mundo”, 13 millones (Adewale, 2020)– al 19,10% de Níger, pasando por el 57,70% de Senegal y el 52,10% de Mauritania. La parte femenina de estas tasas descende, por ejemplo, en Costa de Marfil, Benín, Níger, Burkina Faso, por debajo del 50%, hasta el 11%. Pero, sin ilusionarse por la forma y el contenido actuales de la alfabetización dominante, es imposible participar efectivamente en el ejercicio de la soberanía siendo analfabeto. Como decía en los años 1950, durante la lucha por la independencia, Cheikh Anta Diop, y sin caer en el elitismo: “En un país nuevo es deber de los ciudadanos dotarse de una cultura general muy sólida de manera que puedan juzgar con competencia sobre todas las cuestiones sobre las que tendrán que dar su opinión. Si no, la edificación podrá ser monstruosa” (1955). Ahora bien, ninguno de estos EI-1960 ha favorecido la formación de la ciudadanía, la emancipación (aún con tasas de alfabetización del 83% en Gabón, 79% en Congo, 75% en Camerún). Muchos de estos EI-1960, al igual que los de la antigua AEF, son *democraduras* (dictaduras de aspecto democrático, según Eduardo Galeano). En cuanto al coeficiente de Gini **18/**, se sitúan entre el 32,6% en Mauritania (puesto 124 de 161 en el mundo, el menos desigualitario de los EI-1960) y el 56,2% de la República Centroafricana (6°, el más desigualitario de los EI-1960), pasando por el 48,9% de Congo (puesto 16), el 43% de Nigeria (puesto 42), el 41,3% de Costa de Marfil (puesto 55), que expresan la pretendida existencia (pre)paradisíaca (un consumismo bobo y ecocida) de una ínfima minoría (cleptócratas y burócratas de confianza, capita-

18/ Medida de las desigualdades de ingresos entre ricos y pobres: la igualdad se sitúa en el 0% y la máxima desigualdad en el 100%. Sudáfrica está clasificada en el n° 1 mundial de las igualdades (63%), seguida de Botswana (60,5%) y Namibia (59,1%).

listas autóctonos). Y globalmente, en materia de índice de desarrollo humano (IDH del PNUD), la gran mayoría de los EI-1960 (trece países) pertenece a la clase de desarrollo humano débil: de Nigeria (puesto 158 de 189) a Níger (189), pasando por Madagascar (162), Costa de Marfil (165), República Democrática del Congo (179), Burkina Faso (182).

Resultados sociales más que mediocres, sistemáticamente en perjuicio de las clases populares, mostrando una herencia de la política social colonial (un “circuito de buenos servicios y de complicidad” entre los colonizadores y las llamadas autoridades tradicionales, “en detrimento de los pueblos”, según Aimé Césaire), una consecuencia del neocolonialismo colectivo neoliberal iniciado en los años 1980-1990, fundamentalmente asumido por las clases dirigentes locales –más allá de estos EI-1960–, mostrando la naturaleza injusta y desigual del sistema económico mundial, donde se sitúa tanto la colonización como la covid-19. Injusticias y desigualdades sistémicas agravadas, en este caso, por la cleptomanía de los gobernantes (como modo de acumulación primitiva de capital).

La lucha contra el bloque neocolonial o neocolonialismo colectivo debe continuar a diferentes escalas

Así, a las eventuales decenas de millones de víctimas sociales de la covid-19, en África se van a añadir los centenares de millones de víctimas del *Pochvid*, anterior a la covid-19. Entre ellas, las y los jóvenes de Nigeria, una buena parte de los cuales han pasado de la denuncia del gansterismo policial (#EndSARS) a la de las desigualdades/injusticias sociales, del

paro, en este Estado campeón del capitalismo africano (PIB, tercero en capitalistas multimillonarios en dólares, etc.) y, también, del porcentaje de pobreza extrema en el mundo (43% de la población). El poder del general (retirado) y falócrata asumido Buhari **19/** no ha impedido, en el sesenta aniversario de la independencia (1 de octubre de 1960), responder a esta movilización con el asesinato de manifestantes pacíficos en el peaje de Lekki (entrada/salida de un barrio de negocios de la capital económica Lagos), la tarde del 20 de octubre de 2020.

19/ En octubre de 2016, el jefe de Estado nigeriano pidió públicamente a su mujer que, aunque era ciudadana, no se expresase públicamente sobre política, porque ese no sería su terreno: como esposa, “pertenece a su cocina, su salón y otra habitación”. Por ironías de la historia, en el movimiento #EndSARS han tenido un papel fundamental las mujeres de la Feminist Coalition –una puesta al día del movimiento de mujeres nigeriano iniciado contra el poder colonial a comienzos del siglo XX.

La independencia adquirida en 1960 por estos Estados fue neocolonial. Lo es todavía y, en buena lógica capitalista, solo puede reproducir las desigualdades/injusticias sociales y ambientales, beneficiosas para el imperialismo, para las clases dirigentes locales y para los intelectuales más o menos a su ser-

1. EL DESORDEN GLOBAL

vicio –esos “ofuscadores” (A. Césaire) de la comprensión de las dinámicas económicas ecocidas, sociales, culturales, políticas–. Así, la lucha contra el bloque neocolonial o neocolonialismo colectivo, contra las diferentes dependencias reproducidas y producidas desde 1960, debe continuar a diferentes escalas (local, subregional, regional), pese a la particular dificultad que tienen los partidarios de la emancipación de hacerse entender en estos tiempos. La salida de esta lucha, llevada a cabo globalmente, de su actual cuasi confidencialidad, su popularización, mediante la autoorganización de las y los dominados/explotados/oprimidos es una condición *sine qua non* para una verdadera independencia, más allá de los EI-1960, de toda África (territorios dependientes, del Atlántico norte al océano Indico, pasando incluso por el Mediterráneo), de una emancipación de los pueblos africanos, fundamentalmente incompatible con el capitalismo, del que son sus avatares el colonialismo y después el neocolonialismo.

Jean Nanga es corresponsal de *Inprecor* en África central

Inprecor, 679/680, noviembre-diciembre 2020, pp. 27-34.

Traducción: Javier Garitazelaia

Referencias

- Adewale, Peluola (2020) “Still crawling at 60: Capitalism has failed Nigeria”, *Democratic Socialist Movement*, 1/10/2020, <http://www.socialistnigeria.org/4749/2020/10/01/still-crawling-at-60-capitalism-has-failed-nigeria>
- Anta Diop, Cheikh (1955) “Alerte sous les Tropiques”, *Présence Africaine*, nueva serie, n° 5, diciembre 1955-enero 1956, pp. 32-33.
- Aziki, Omar (2017) “Maroc: tremplin pour les conquêtes néocoloniales de l’Afrique”, *CADTM*, 19/11/2017, http://cadtm.org/spip.php?page=imprimer&id_article=15476
- Berthelot, Jacques (2018) “L’absurde APE intérimaire de Côte d’Ivoire”, *SOL*, 31/03/2018, <https://www.sol-asso.fr/wp-content/uploads/2017/01/Labsurde-APE-int%C3%A9rimaire-de-C%C3%B4te-dIvoire-SOL-31-mars-2018.pdf>
- Bourdet, Claude (1951) “Les élections outre-mer”, *Les Temps modernes*, n° 70, pp. 355-366.
- Boumendjel, Ahmed (1951) “L’Algérie unanime”, *Esprit*, octubre, pp. 508-527.
- Centro de Información Europe Direct (2020) “Europe-Afrique: un partenariat à consolider”, Maison de l’Europe de París y Voix d’Europe, 22/04/2020, <http://paris-europe.eu/europe-afrique-partenariat-a-consolider/>.

- Chossudovsky, Michel (1993) “Dépendance alimentaire, ‘ingérence humanitaire’ en Somalie”, *Le Monde diplomatique*, julio 1993, pp 16-17.
- Césaire, Aimé (1955) *Discours sur le colonialisme*, París, Présence Africaine, p. 20. [*Discurso sobre el colonialismo*, Madrid: Akal].
- Coumba, Sylla y Diagne, Assane (2018) “La Côte d’Ivoire parmi les 20 pays aux systèmes de santé les moins performants au monde”, *Africa Check* (“organización no partidaria que fomenta la precisión en el debate público y en los medios de comunicación”), 21/02/2018, <https://fr.africacheck.org/reports/cote-divoire-parmi-20-pays-aux-systemes-de-sante-performants-monde/>
- Debré, Michel (1960) Carta al general De Gaulle, 23/04/1960, citado por Migani, Guia (2008) *La France et l’Afrique subsaharienne, 1957-1963. Histoire d’une décolonisation entre idéaux eurafricains et politiques de puissance*. Bruselas: PIE, Peter Lang, p. 138.
- Decraene, Philippe (1960) “L’évolution générale du continent africain entraîne la transformation de la Communauté en groupement d’États indépendants”: <https://www.monde-diplomatique.fr/1960/01/DECRAENE/23413>
- Dia, Mamadou (1960) “Á propos de l’Euroafrique” en <https://www.monde-diplomatique.fr/mav/165/DIA/59929>
- Linge, Idriss (2020) “Quatre présidents africains dénoncent l’inéquité du système économique actuel dans cette période de Covid-19”, *Agence Ecofin*, 20/05/2020, <https://www.agenceecofin.com/politique/1905-76784-quatre-presidents-africains-denoncent-l-inequite-du-systeme-economique-actuel-dans-cette-periode-de-covid19>
- Mbodiam, Brice R., y Andzongo, Sylvain (2020) “APE: en dépit des protestations de l’UE, le Cameroun maintient la suspension du démantèlement tarifaire jusqu’à fin 2020”, *Agence Ecofin*, 12/11/2020, <https://www.agenceecofin.com/economie/1211-82344-ape-en-depit-des-protestations-de-l-ue-le-cameroun-maintient-la-suspension-du-demanterement-tarifaire-jusqu-a-fin-2020>.
- Mbog Pibasso, Achile (2019) “Cameroun: les privatisations et les partenariats publics/privés préoccupent le GICAM [Asociación interpatronal de Camerún]”, *Financial Afrik*, 19/11/2019, <https://www.financialafrik.com/2019/11/19/cameroun-les-privatisations-et-les-partenariats-publics-privés-preoccupent-le-gicam/>
- Nanga, Jean (2006), “FrançAfrique: les ruses de la raison post-coloniale”, *Contretemps*, n° 16, pp. 111-124.
- Nkrumah, Kwame (1964 [1963]) “L’Afrique doit s’unir”, *Présence Africaine*, p. 210.
- (1965, 1973), *Le néocolonialisme, dernier stade de l’impérialisme*. París: Présence Africaine.
- Réaux, Amandine (2020) Citado en “En Côte d’Ivoire, la croissance ne profite pas à tous”, *La Croix*, 31/10/2020, <https://www.la-croix.com/Monde/En-Cote-sIvoire-croissance-profite-pas-tous-2020-10-31-1201122206>

1. EL DESORDEN GLOBAL

- Soucadaux, André (1957) “Conferencia de altos comisarios y jefes de territorio” del Ministerio francés de Ultramar, 24/04/1957, citado por Bancel, N. (2002) “La voie étroite: la sélection des dirigeants africains lors de la transition vers la décolonisation”, *Mouvements*, 2002/3, n° 21-22, pp. 28-40, p. 38; <https://www.cairn.info/revue-mouvements-2002-3-page-28.htm>
- Soyinka, Wole (1997) *Ibadan, les années pagaille. Mémoires: 1946-1965*. Paris: Actes Sud, p. 438.
- Tchuenkam, Boniface (2020) “Le Cameroun redoute déjà l'impact de l'APE sur ses recettes”, *Le Financier d'Afrique*, 3/09/2020, <https://www.bilaterals.org/./?le-cameroun-redoute-deja-l-impact>.

Egipto

Entrevista a Alain Gresh: Orígenes y callejones sin salida de una revolución abortada

Aya Khalil

■ Si hubiera que asociar una imagen con la Primavera Árabe, la de la Plaza Tahrir se impone sin duda alguna. Durante dieciocho días, del 25 de enero al 11 de febrero de 2011, el mundo se apasionó al ritmo burbujeante de esta plaza del centro de El Cairo. Ben Ali había devuelto las llaves a los tunecinos unos días antes –¡esto (esta especie de liberación milagrosa) era posible!– y veíamos al clan Mubarak hundirse como un castillo de naipes.

Las portadas de los medios (y las académicas) abordaron las revueltas árabes, y Tahrir en particular, como acontecimientos. Que la cosa tuviera un carácter de acontecimiento, es decir, un efecto disruptivo, difícilmente se puede negar. Pero esto no debe oscurecer el largo proceso marcado por las luchas que hicieron posible el evento. En esta entrevista con Alain Gresh, director de la revista *Orient XXI*, periodista especializado en Oriente Medio y autor de muchos libros, repasamos las condiciones sociales, económicas y políticas que prepararon la insurrección de 2011, antes de centrarnos en la secuencia contrarrevolucionaria abierta por el golpe de Estado de julio de 2013.

Si, a posteriori, es fácil ponerse de acuerdo en que esta revolución estaba condenada desde el principio –demasiado desorganizada, sin liderazgo político, reclutamiento, ¿cómo se habría medido contra el Ejército?–, sin embargo, entre 2011 y 2013 pasaron meses de incertidumbre que alternaron el vacío de poder, las elecciones y las movilizaciones sociales. Este intervalo con todas las posibilidades abiertas constituye en sí mismo el avance revolucionario más exitoso desde que Sadat llegó al poder en 1970. Fue llevado a cabo por miles de egipcias y egipcios, héroes anónimos a los que *Contretemps* rinde homenaje, al igual que recordamos nuestro apoyo a las campañas para liberar a los prisioneros políticos, incluidos Alaa Abdel Fatah y Ramy Shaath.

Aya Khalil: A mediados de la década de 1970, rompiendo con la orientación socializadora de Nasser, Sadat promovió la política de *Infitah*, abriéndose a la inversión extranjera y a la *ayuda* estadounidense, y también introduciendo métodos específicos del capitalismo neoliberal. ¿Cómo se materializó este cambio en la política económica en la práctica? ¿Cómo debilitó al sector público (salud, educación, agricultura, etc.) construido en gran medida bajo Nasser?

Alain Gresh: Es importante explicar que este cambio fue muy gradual, es decir, la transición a una economía cada vez más neoliberal no se hizo en

1. EL DESORDEN GLOBAL

un día, ni siquiera en unos pocos años, fue mucho más allá del período Sadat (1970-1981). Además, este cambio no se produjo como un rayo en un cielo azul: tanto las condiciones internas como las externas lo permitieron y facilitaron.

Internamente, la derrota cataclísmica frente a Israel en 1967 puso de relieve ciertas limitaciones del modelo nasseriano. En efecto, fomentó un debate dentro de la sociedad egipcia, y especialmente en la izquierda, sobre lo que se ha llamado la *nueva clase*, es decir, la nueva burguesía de Estado. Para comprender su aparición, debemos volver rápidamente a la Revolución de 1952. Un grupo de oficiales disidentes liderados por Nasser orquestó un golpe pacífico derrocando al rey Faruk y poniendo fin en la práctica a la dominación británica. Las nacionalizaciones, la reforma agraria, la industrialización y las reformas sociales serán las principales líneas de la economía impulsada por Nasser y permitirán un progreso importante para las capas populares. Sin embargo, también promoverán el surgimiento de una nueva clase, la misma clase que traerá un cambio liberal en los años posteriores a su muerte.

Externamente, el fracaso de 1967 tiene una dimensión regional: Israel ocupa el Sinaí egipcio, el Golán sirio y lo que queda de Palestina. Da un golpe al prestigio de Egipto, que fue la punta de lanza del movimiento nacionalista árabe, de los no alineados, de la lucha anticolonial... Nadie esperaba tal hundimiento del Ejército egipcio. Y así, mientras se lleva a cabo un vivo debate sobre esta nueva clase vinculada al aparato estatal, la prioridad de Nasser es recuperar los territorios ocupados. Con este fin, entre 1967 y 1970, siguió una política de apertura internacional a nivel diplomático y una guerra de desgaste contra la ocupación israelí. Siendo las cuestiones económicas secundarias para él, en ese momento no atacó a esta nueva clase y rechazó la radicalización exigida particularmente por las grandes manifestaciones estudiantiles.

Y luego, siempre desde el punto de vista de las condiciones externas, están las reticencias de la Unión Soviética. La industria pesada y la gran presa de Egipto se construyeron con una asistencia significativa de la Unión Soviética en las décadas de 1950 y 1960. Sin embargo, la década de 1970 es a la vez una era de estancamiento en Egipto y, también, un momento en el que la dirección del PC soviético –especialmente después de la eliminación de Khrushchev– piensa que el Tercer Mundo cuesta mucho dinero y que ya no se puede invertir tanto. Todos estos elementos crearán un clima favorable para lo que Sadat llama *Infitah* (Apertura).

Si quieres, inicialmente, el cambio económico se tradujo principalmente a través de la falta de financiación del sector social y las industrias estatales, y el levantamiento del bloqueo a ciertos productos. No fueron desde el principio privatizaciones masivas de grandes empresas nacionales, sino más bien una política de asfixia progresiva. Los sectores de la educación y la salud serán de los primeros en sufrir esta política. El discurso popular en ese momento era “el Estado ya no puede desempeñar

el papel que desempeñó bajo Nasser”. Y luego, frente a esto, la izquierda estaba desarmada. Porque a la vez que trabajaba para construir una industria independiente y adoptar reformas agrarias y sociales, Nasser había metido en cintura a la izquierda, a los sindicatos y a todos los movimientos autónomos que se habían desarrollado desde la década de 1930. Quería mantenerlos bajo control, incluso cuando estaba haciendo reformas que estaban en línea con sus demandas. Ahora bien, estos movimientos sindicales y políticos se verán desarmados e incapaces de reaccionar eficazmente ante el giro de Sadat en la política internacional e interna.

A. K.: Mubarak está en línea con Sadat. En 2004 hubo una aceleración de las políticas neoliberales concomitante con el nombramiento de Nazif, un poderoso empresario, como jefe de gobierno. Solo en 2005, no menos de 59 empresas nacionales fueron privatizadas, mientras que la economía informal fue adquiriendo un lugar creciente en el país. En primer lugar, ¿cómo podemos explicar este punto de inflexión en el aparato estatal a favor del capitalismo desregulado? ¿Cuáles eran las relaciones de los principales capitalistas egipcios con el clan Mubarak? ¿Cómo se relacionan estas privatizaciones con el capitalismo globalizado?

A. G.: A principios de la década de 2000 cambiamos de época. De alguna forma, el capitalismo ha triunfado. Se produce la llegada de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, el colapso de la Unión Soviética y del llamado

campo socialista... Esto se tradujo en una absorción general en la economía capitalista liberal. Y, en lo que respecta a Egipto, cada vez más empresas nacionales serán privatizadas. Es necesario subrayar la especificidad del capitalismo egipcio, que no es un sector privado independiente del Estado, o relativamente autónomo como puede ser el caso en Europa. Es un capitalismo imbricado en el aparato estatal y el Ejército, compuesto

La emigración comenzó después de la crisis del petróleo en 1973 y luego se ha vuelto masiva a medida que el país se empobrecía

por esta nueva clase que mencioné anteriormente y que a menudo se ha aliado (especialmente a través de matrimonios) con los restos de las viejas clases dominantes. Existe una relación de fusión entre el capitalismo egipcio, el Estado y el Ejército. Dicho esto, puede haber algunos sectores económicos relativamente autónomos, pero esto sigue siendo marginal.

Así, a partir del momento en que Egipto se inserta en el sistema económico internacional, es la naturaleza de su economía la que será modificada; ya no se tratará de un capitalismo de Estado cuyo objetivo principal es construir una economía nacional. A título indicativo, la agricultura se volverá más hacia la exportación, la especulación inmo-

1. EL DESORDEN GLOBAL

biliaria aumentará, las empresas extranjeras aumentarán su inversión y el turismo se convertirá en un sector primordial. A partir de ahí, la economía dependerá cada vez más del capitalismo globalizado, así como de las remesas de las y los trabajadores en el extranjero. Este último punto es importante: en las décadas de 1960 y 1970 no había una verdadera diáspora egipcia. La emigración comenzó después de la crisis del petróleo en 1973 y luego se ha vuelto masiva a medida que el país se empobrecía.

A. K.: A pesar de la dependencia económica estructural que usted describe, ¿es Egipto capaz de garantizar su autosuficiencia alimentaria? ¿Cuál es el estado de su agricultura e industria?

A. G.: Egipto tiene un verdadero problema demográfico: ha alcanzado los 100 millones de habitantes y cualquier reflexión sobre el futuro económico de Egipto debe integrar este dato. A pesar de todo, es un país que tiene ricas extensiones de tierra agrícola. Sin embargo, los recursos hídricos están limitados por el tipo de consumo impuesto por la agricultura de exportación y, además, estas tierras agrícolas son ganadas por la creciente urbanización (favorecida por el crecimiento demográfico), o explotadas para la exportación y no para alimentar a la población. ¡Esto hace de Egipto el principal importador de trigo del mundo! Creo que es un país capaz de garantizar la autosuficiencia alimentaria, siempre que reorganice su agricultura. Además, la industria media es antigua y relativamente eficiente, pero se ha debilitado por la política de *Infitah* y por la concentración de inversiones en actividades más rentables (sector inmobiliario, importación-exportación, etc.).

A. K.: Al mismo tiempo que la privatización de las empresas nacionales, la protesta se organizó y amplió en la década de 2000 en fábricas, universidades, los sectores de justicia o salud, áreas rurales y urbanas combinadas. Huelgas importantes puntuaron esta década en Mahalla, Port Said, Suez, Alejandría y El Cairo. ¿Cuál fue el papel de los sindicatos en estos movimientos huelguísticos?

A. G.: En primer lugar, hay que recordar que en Egipto hay un sindicato único, la Federación General de Sindicatos de Trabajadores de Egipto (FGSTE). También hay *sindicatos profesionales*, que supervisan las profesiones *medias* (abogados, periodistas, ingenieros, médicos, etc.). Todos dependientes de los ministerios. Pero, sobre el terreno, hay una cierta autonomía de los grupos sindicales, así como de los sindicatos profesionales respecto a las direcciones sindicales. En otras palabras, el control del sindicato sobre su representación local no es total: las y los trabajadores pueden utilizar el comité sindical local como instrumento de lucha (Longuenesse y Monciaud, 2011: 367-384).

A finales de la década de 1990, con el deterioro de las condiciones de trabajo (y de vida), hubo un aumento de los movimientos huelguísticos en las fábricas, y a veces también en las administraciones. Estos movimien-

tos a menudo eran apoyados por los comités sindicales locales, a la vez que denunciados por el sindicato oficial. A principios de la década de 2000, con la aceleración de las políticas neoliberales, estas huelgas tomaron una escala mayor. La más importante, y que actuará como catalizador de otras movilizaciones, será la de Mahalla Al-Koubra. Mahalla Al-Koubra, en el valle del Nilo, es una ciudad industrial principalmente textil, donde sigue estando una de las últimas empresas nacionales, Misr Spinning and Weaving Company. Es una hilandería industrial nacionalizada por Nasser, y que desempeña un papel destacado en las movilizaciones obreras. Tiene alrededor de 25.000 trabajadoras y trabajadores que tienen una serie de derechos, que quienes trabajan en las pequeñas empresas de la ciudad no tienen. Hay una tradición obrera de izquierda bastante fuerte en Mahalla. El 6 de abril de 2008, varios miles de trabajadores secundaron una huelga importante. Arrastraron a toda la ciudad a las

Las huelgas generales e ilimitadas de las y los trabajadores de todo el país jugaron un papel clave en la caída del presidente Mubarak

manifestaciones, lo que tuvo un fuerte impacto en el país. Además, el Movimiento Estudiantil 6 de Abril, que fue de los iniciadores de la insurrección de 2011, elegirá su nombre en referencia a esta huelga en Mahalla.

En términos más generales, hay una verdadera tradición obrera en Egipto, como en Túnez, pero en diferentes formas. Hay activistas de izquierda en los sindicatos, a menudo comunistas; esta historia militante se remonta a la década

de 1940 y nunca se ha perdido a pesar de la represión. Como dije, Nasser tenía una relación ambivalente con las fuerzas de izquierda: metió a las y los activistas comunistas (y de otras corrientes de izquierda) en la cárcel, pero a veces también les dio posiciones en el aparato estatal (especialmente después de la autodisolución del Partido Comunista Egipcio en 1965). Siempre ha habido un discurso subversivo de izquierdas, localmente, en la prensa y, a veces, incluso en el partido único.

En cuanto a la década anterior a Tahrir, las múltiples oleadas de huelgas, ocupaciones y manifestaciones obreras ayudaron a crear un clima de protesta centrado en la lucha de clases, y que se articulará con el movimiento anti-Mubarak. Obviamente, la represión fue dura, pero las y los trabajadores ganaron en algunas de sus demandas, como los aumentos salariales significativos. En febrero de 2011, las huelgas generales e ilimitadas de las y los trabajadores de todo el país —especialmente en Mahalla y Port Said vinculadas al Canal de Suez— en apoyo a quienes se manifestaban en la capital jugaron, creo, un papel clave en la caída del presidente Mubarak. Desafortunadamente, los medios hablaron poco

1. EL DESORDEN GLOBAL

al respecto, ya que centraron la atención en estudiantes, intelectuales y Tahrir a expensas de lo que estaba sucediendo en otras ciudades...

A. K.: En la década de 2000, ¿cuál era el estado de los partidos de izquierda nasserianos y marxistas como el Partido Comunista Egipcio, los Socialistas Revolucionarios, Al Karama? Usted mencionó el hecho de que participaron en movilizaciones obreras. ¿Qué representaban en términos de base social? ¿Eran capaces de organizar la protesta?

A. G.: Una de las características de la izquierda egipcia desde la década de 1940 es su división. La historia del movimiento comunista egipcio está marcada por las divisiones. También debe recordarse que bajo Nasser el alcance de la acción era muy limitado. El Partido Comunista Egipcio se reconstituyó después de la desaparición de Nasser, pero clandestinamente (hasta 2011) y en el exilio. Después de su autodisolución en 1965, la mayoría de los cuadros comunistas se habían integrado en los órganos de la Unión Socialista Árabe, el sistema de partido único. Luego, en 1973, Sadat abrió el sistema político y creó tres plataformas: una con el partido oficial, una de derechas y otra de izquierdas.

La izquierda, *Tagammou'* (Reagrupamiento), reunirá de manera bastante amplia a la izquierda nasseriana y marxista que, en las décadas de 1970 y 1980, tendrá una influencia real en ciertas categorías obreras y campesinas. La implantación campesina de *Tagammou'* se desarrolló, por ejemplo, en la lucha contra los ataques a la reforma agraria por parte del régimen de Mubarak. Sin embargo, esta influencia se desvaneció gradualmente cuando el *Tagammou'* se acercó al régimen en la década de 1980, en nombre de la lucha contra el islamismo político. Y acabó por desacreditarse por completo cuando se negó a convocar las manifestaciones del 25 de enero de 2011 ¡con el pretexto de que esta fecha era la del Día de la Policía! En la década de 2000, *Tagammou'* era un partido obsoleto, sujeto a muchas divisiones, y cuyos únicos parlamentarios electos fueron nombrados por Mubarak (porque el presidente tiene derecho a nombrar a un cierto número de diputados). Por supuesto, hay otras fuerzas de izquierda, pero siguen siendo marginales como organizaciones; es más a nivel individual como sus activistas tendrán un impacto dentro de colectivos más grandes. Cofundarán coaliciones, participarán en los diversos centros de derechos humanos, etc.

Esto me lleva a aclarar un punto. En Egipto, como en otros países árabes, la *gestión* de las fuerzas políticas está en manos de los *mukhabarat* (servicios de inteligencia). Su función no se reduce a la represión; también interfieren en los asuntos internos de los partidos que se forman con el fin de provocar divisiones en ellos. Por lo tanto, en parte, son responsables de la dificultad de que se produzca el surgimiento de un partido representativo. Por otra parte, los partidos negocian directamente con los *mukhabarat* sobre cuestiones relacionadas con sus actividades políticas.

A. K.: ¿Los intelectuales de izquierda lograron expresarse, hacer circular sus ideas, en el período Mubarak, en la prensa, por ejemplo?

A. G.: Sí, contrariamente a lo que uno podría pensar, la prensa egipcia era relativamente libre, especialmente en la década de 2000. Ciertamente no se cruzaron líneas rojas, pero intelectuales de la izquierda egipcia intervinieron regularmente en la prensa, incluso en *Al Ahram*, que es uno de los periódicos árabes más antiguos y estaba bajo el control del Ministerio de Información. En el caso de las y los escritores que protestaban, sin embargo, había ambigüedad, ya que eran pagados por el Estado, lo que les convirtió en funcionarios estatales desde cierto punto de vista. La pregunta es espinosa, ¿cómo ser completamente libre en lo que dices cuando dependes materialmente del Estado? Esto no es obvio, y es una de las razones por las que las y los intelectuales árabes se exilian. Además, la década de 2000 vio el surgimiento de medios independientes, como *Al Masry Al Youm* en 2004 y *Shorouq* en 2009, que promoverían la circulación de análisis críticos con el régimen.

A. K.: Desde finales de la década de 1990 se desarrollaron coaliciones, colectivos y ONG en Egipto que iniciaron nuevas prácticas de acción colectiva. Estos incluyen el Grupo de Marzo 09 por las Libertades Académicas, el Centro de Derechos Hicham Mubarak, el Centro Egipcio de Derechos Sociales y Económicos (ECESR), el Movimiento 6 de Abril y *Kefaya* (Basta). Estos espacios reúnen a activistas de todo tipo: liberales, nasserianos, comunistas e islamistas. ¿Quiénes son los actores en esta galaxia militante? ¿Cuáles son sus relaciones con los partidos tradicionales de la izquierda nasseriana y marxista (o emparentada de alguna forma con el marxismo)? ¿Qué tipos de movilización organizaron en la década de 2000? ¿Qué vínculos tienen con las clases trabajadoras y rurales?

A. G.: Creo que lo que ha sido importante en todos estos movimientos que se han desarrollado es que han reunido a activistas de diversos orígenes y, además, a una nueva generación de activistas. Por ejemplo, el Centro Hicham Mubarak, dirigido por viejos activistas marxistas, era un lugar formidable ubicado en el centro de El Cairo que permitía a muchas personas reunirse y trabajar juntas. En 2004, la campaña de *Kefaya* (Basta) contra el plan de Mubarak de poner a su hijo como sucesor abrió un espacio militante muy activo que reunió a cientos de intelectuales y activistas. A partir del rechazo del poder hereditario por la sociedad egipcia, *Kefaya* hizo posible cristalizar todo descontento. Esta fue la primera vez que hubo una protesta que fuera más allá de las demandas sociales y que pusiera en tela de juicio la legitimidad del jefe de Estado. Y luego, en *Kefaya*, los jóvenes Hermanos Musulmanes se reunieron por primera vez con marxistas, nasserianos... Esta década militante creará el cemento de la Revolución de 2011.

Además, estas y estos activistas estaban vinculados a las luchas obreras: piquetes, ocupaciones de fábricas en Mahalla, manifestaciones, etc.

1. EL DESORDEN GLOBAL

Esto no es sorprendente: este tipo de cruce militante se remonta a la década de 1940, con la constitución del Comité Nacional de Trabajadores y Estudiantes en 1946. Lógicamente, veremos a activistas de centros de derechos humanos y sociales defender a las y los trabajadores en los tribunales de forma gratuita, cubrir sus luchas en la prensa, etc.

Además, hay que señalar en qué medida estos años 2000 fueron un período bendito en comparación con el contexto actual. No podemos imaginar que todos estos grupos que mencionas funcionen hoy... Es terrible decirlo. Dos factores explican esto. Por un lado, las presiones de Estados Unidos: estábamos después de la guerra de Irak, justificada por el imperativo de *democratizar* a los Estados árabes en el marco del *nuevo Oriente Medio* que la administración Bush quería dar forma. Por lo tanto, tenía que parecer creíble, por lo que Estados Unidos presionó en un momento dado para minimizar la libertad política en Egipto. Por otro lado, ciertamente hubo desacuerdos dentro del aparato estatal egipcio; al no ver favorablemente la sucesión de Mubarak, es probable que el Ejército permitiera que la protesta se desarrollara.

A. K.: En 2010, el caso Khaled Said rompió el silencio sobre un fenómeno endémico, el del terror policial. Terror que ya no se limita a la represión de trabajadores o activistas movilizadas: se instala en la vida cotidiana de todos y todas. La muerte de Khaled Said, un joven educado de clase media, ajeno a toda actividad política, y cuya imagen del cuerpo mutilado fue publicada en las redes sociales por su familia, tuvo una gran resonancia en el país. Se formó el colectivo “*Kolena Khaled Said*” (“Todos somos Khaled Said”). Será uno de los iniciadores de la manifestación del 25 de enero; una fecha simbólica ya que correspondía al Día de la Policía. ¿Podemos insistir un poco sobre este régimen de terror?

A. G.: Recuerda el lema en 2011 *Aysh, Horia, ‘Adala eigtema’iya* (“Pan, libertad, justicia social”); bueno, *Horia* no es democracia, es libertad: la aspiración a la libertad en un entorno donde el poder policial hace reinar el terror. En Túnez, Mohammad Bouazizi no era un oponente político... Lo que es común en la mayoría de las sociedades árabes es esta naturaleza opresiva de la policía, frente a todo, pero en primer lugar frente a la juventud popular, y que se manifiesta de una manera totalmente arbitraria. La juventud es constantemente controlada, hostigada, golpeada. En este sentido, existe el dicho en Egipto de que “Cuando la policía te lleva a la comisaría, primero te golpean, luego te preguntan”; esto también depende del estrato social al que perteneces, pero aun así, estamos en un país muy joven. De ahí la amplitud del asunto Khaled Said; es el símbolo del destino que acecha a cada joven egipcio. Creo que este rechazo de la arbitrariedad de la policía —o más bien la arbitrariedad del Estado— fue uno de los elementos determinantes de esta revuelta. La arbitrariedad del Estado es para la ciudadanía no tener ningún derecho, a menos que estés enchufado, es decir, que seas parte de las capas poseedoras, que tengas

redes. Hay similitudes con el Antiguo Régimen en Francia: se piensa que las y los pobres no tienen derechos, o incluso que no son humanos. Hubo una vicepresidenta en el Consejo de Estado que dijo que no se podía dar el derecho al voto a todo el mundo, porque la gente es estúpida, analfabeta, pobre... Hay un profundo desprecio que realmente evoca al Antiguo Régimen. Los líderes piensan que no tienen que rendir cuentas. Porque, en última instancia, la policía no es una institución separada del poder o del sistema político, es su instrumento armado, defiende un sistema en el que las y los ciudadanos deben obedecer y callar.

Esto me lleva al fenómeno de los ultras, los aficionados al fútbol de los diversos clubes locales, incluidos los dos clubes de El Cairo, Al Ahly y Zamalek, y que jugaron un papel importante en 2011. Estos hinchas suelen ser hombres jóvenes de la clase trabajadora y media, que regularmente se enfrentaban con la policía después de los partidos de fútbol. Esto es lo que les hizo particularmente eficaces en 2011 contra la Baltaguia (milicia del régimen) enviada para sofocar a las y los manifestantes en Tahrir. Junto con los Hermanos Musulmanes, son los únicos con experiencia colectiva frente a la violencia policial.

A. K.: Los investigadores Maha Abdel Rahman (2014) y Reem Abou-El-Fadl (2015) demuestran que el proceso de protesta que llevó al 25 de enero tiene sus raíces en manifestaciones de apoyo a la segunda Intifada palestina y contra la invasión estadounidense de Irak. Sin embargo, las revueltas de 2011 a menudo se leen como protestas sociales y democráticas. ¿Puedes decirnos qué lugar ocuparon la cuestión nacional árabe y Palestina en la insurrección de 2011? ¿Y qué relación tienen con la *dignidad* que formaba parte de las consignas de las y los manifestantes?

A. G.: En primer lugar, hay que recordar que Egipto firmó un tratado de paz con Israel hace más de cuarenta años y que, sin embargo, no hay normalización en el verdadero sentido del término. Los egipcios no van a Israel, y los israelíes que vienen son muy limitados en número. Las y los intelectuales y artistas egipcios boicotean a Israel. Esta cuestión sigue siendo importante. Pertenece a algo que es del orden de la dignidad de los egipcios, de la dignidad árabe.

No hay duda de que el rechazo a la normalización con Israel fue parte del movimiento anti-Mubarak. Muchos activistas de *Kefaya* provienen de las redes formadas durante las movilizaciones en apoyo de la segunda Intifada y contra la guerra en Iraq. A esto hay que añadir la guerra de Gaza de 2008, durante la cual hubo conexiones entre activistas de izquierda y los Hermanos para ayudar a la gente palestina de Gaza. Mubarak había cerrado el cruce de Rafah en el momento del primer ataque israelí, y la movilización le había obligado a reabrirlo.

En las manifestaciones en Tahrir escuchamos este lema muy revelador *Ya Mubarak ya gaban ya 'ameel al amerikan* ("Mubarak el cobarde, colaboracionista de los Estados Unidos"). Los muchos retratos de Nasser

1. EL DESORDEN GLOBAL

enarbolados en Tahrir también tienen que ver con este tema, expresaban aspiraciones a reformas sociales y fidelidad a la causa árabe. Además, el 13 de mayo de 2011, para conmemorar la Nakba, se celebró en Tahrir una gigantesca manifestación con los colores de la bandera palestina, que reunió a cientos de miles de manifestantes. Luego, en agosto de 2011, la embajada israelí fue atacada. Una enorme multitud saqueó el local, tiró y destruyó los documentos que había allí. Esto obligó a la representación diplomática israelí a trasladarse a un lugar que ahora se mantiene en secreto. En mis conversaciones en ese momento con los jóvenes diplomáticos, que generalmente habían bajado a Tahrir, me llamó la atención el hecho de que entre los elementos que causaban el odio a Mubarak, estaba precisamente este alineamiento con Estados Unidos, la falta de soberanía nacional y el abandono del papel regional de Egipto en beneficio de Arabia Saudita.

A. K.: La caída de Mubarak fue seguida rápidamente por un proceso electoral. Dado que el campo político tiene horror al vacío, se impusieron dos fuerzas organizadas y centralizadas ancladas en la sociedad: el Ejército y los Hermanos Musulmanes. Frente a ellos, los colectivos de izquierda que habían demostrado una eficacia real en la movilización no pudieron constituirse como la tercera fuerza política. El nasserista Hamdin Sabahi y el islamista independiente Abdel Moneim Aboul Foutouh, cercanos a las coaliciones iniciadoras de Tahrir, quedaron tercero y cuarto en las elecciones presidenciales. ¿Por qué Sabahi y Aboul Foutouh no se plantearon una alianza previa?

A. G.: En primer lugar, me gustaría hacer un comentario sobre los partidos políticos de izquierda, que no solo concierne a Egipto. En general, en las décadas de 1960 y 1970, en el mundo árabe, había fuerzas organizadas, nacionalistas árabes (baasistas o nasserianas), comunistas, y tenían un corpus ideológico y programático muy claro. Lo que aparecerá a partir de 2011, y volveremos a ello, es una confusión sobre lo que queremos hacer, salvo este sueño de volver al nasserismo, pero que no tiene sentido porque el mundo ha cambiado. Lo que constituía la fuerza de 2011 –las coaliciones ideológicas y organizativas muy amplias, con funcionamiento horizontal, difícil de suprimir, etc.– también fue la debilidad del movimiento. No tuvieron tiempo de formar partidos influyentes (no se pueden crear de la noche a la mañana). Esto es lo que pesará en 2011, será una grave desventaja. Por lo tanto, la Hermandad Musulmana será la única fuerza organizada y centralizada deseosa de tomar el poder. Y mientras las coaliciones que mencionamos, y en las que también participaron los jóvenes Hermanos, estaban en Tahrir, la dirección de los Hermanos ya estaba negociando el futuro con los *mukhabarat* y el Ejército.

En cuanto a Sabahi y Aboul Foutouh, la alianza imposible encuentra, me parece, su explicación principal en el deseo de todos de ser el único líder de la Revolución. En segundo lugar, debemos tener en cuenta la gran desconfianza de la izquierda egipcia hacia los islamistas. Aunque

Aboul Foutouh provenía de la rama reformista y liberal de los Hermanos –la misma que había establecido vínculos con activistas de izquierda–, mi sensación es que la izquierda le consideraba un submarino de los Hermanos Musulmanes. Sabahi y Aboul Foutouh, considerados los candidatos de la Revolución, ganaron entre los dos alrededor del 38% de los votos en las elecciones de 2012, muy por delante de Mohammad Morsi, el candidato de los Hermanos, y Ahmad Shafik, el candidato del aparato estatal, cada uno de ellos con poco menos del 25% de los votos. Así, aunque los Hermanos eran la principal fuerza política en el país, estaban lejos de representar a la mayoría, especialmente en el contexto de 2011.

Si comparamos lo que sucedió en el mundo árabe con las grandes revoluciones que experimentó el siglo XX, cabe señalar que no había (y todavía no existe) en el mundo árabe ningún partido político o ideología capaz de movilizar a las masas (como en Rusia en 1917 o Irán en 1978-1979) para romper el viejo aparato estatal y construir uno nuevo, en

otras palabras, para hacer tabla rasa del pasado. Esa es una constatación. Alguna gente lo lamentará, otra se alegrará de ello, pero es una realidad que no cambiará en los próximos años.

La victoria representada por la salida del presidente Mubarak no marcaba la desaparición del viejo Estado. La reforma profunda de este, en particular del Ministerio del Interior, y la respuesta a las aspiraciones de

Aunque los Hermanos eran la principal fuerza política en el país, estaban lejos de representar a la mayoría, especialmente en el contexto de 2011

justicia social de la población requerían una estrategia a corto y mediano plazo. Sin embargo, las fuerzas de oposición no solo no pudieron formular un programa realista –más allá de la invocación mágica al modelo nasseriano–, sino que no pudieron definir una estrategia para la transformación progresiva del aparato estatal que hubiera permitido depurar a los principales líderes del antiguo régimen mientras *amnistiaba* a los demás. Repito, la ausencia de un programa definido fue una de las fortalezas y debilidades del movimiento de enero-febrero de 2011.

A. K.: Grupo político fundado en 1928, probablemente el más organizado de Egipto y con una sólida base popular, los Hermanos Musulmanes llegaron al poder en 2012 y permanecieron en él durante un año y medio. ¿Qué balance se puede hacer de su mandato? ¿Cuáles fueron sus principales errores? ¿Cuáles eran sus relaciones con el Ejército? ¿Y con los colectivos de la izquierda egipcia?

A. G.: Lo que hay que resaltar del mandato de los Hermanos Musulmanes es su gran ingenuidad política. Hemos visto cómo los Hermanos, espe-

1. EL DESORDEN GLOBAL

cialmente los jóvenes de entre ellos, participaron en la organización de la protesta contra Mubarak a lo largo de la década de 2000, de la mano con activistas nasserianos, comunistas y liberales, en el marco de *Kefaya*, la Conferencia contra el Imperialismo y el Sionismo, etc. Cuando ganaron las elecciones en 2012, su dirección consideró que tenían el poder y que ya no necesitaban los componentes dispersos de la Revolución, a pesar de que Morsi consiguió solo una cuarta parte de los votos. Este es un error muy importante. Ante su creciente aislamiento, en las últimas semanas del reinado de Morsi intentaron un acercamiento a ciertos salafistas, pero la mayoría de esta corriente apoyada por los saudíes se pronunció en su contra. Sin embargo, si hubieran trabajado en proseguir lo que había dado frutos, a saber, profundizar la articulación con las coaliciones iniciadoras de Tahrir, tal vez el resultado habría sido diferente.

Aquí es necesario un comentario. Los Hermanos son sin duda una fuerza reaccionaria, económicamente liberal, con tendencias autoritarias. El problema planteado a las fuerzas de izquierda es que no hay democracia sin su inclusión en el juego político, siempre que esta inclusión no conduzca a su hegemonía. El camino de Túnez muestra que hay una forma de superar este dilema.

También debemos volver sobre las relaciones de los Hermanos y el Ejército. Los Hermanos tenían una larga experiencia de negociación con las autoridades, pero parece que no estudiaron tanto las lecciones del pasado... En cualquier caso, fueron engañados por el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (CSFA), y por Sissi en particular. Pero la política consiste precisamente en saber identificar la naturaleza de las relaciones con otras fuerzas, militares y políticas. Los Hermanos estaban convencidos de que tenían el respaldo estadounidense porque habían desarrollado relaciones amistosas con Estados Unidos –en concreto, porque no habían cuestionado la paz firmada con Israel– y porque tenían excelentes relaciones con la embajadora. Sin embargo, su visión de las relaciones entre el Ejército y Estados Unidos fue muy primaria. Estaban convencidos de que Estados Unidos no permitiría el golpe, sin darse cuenta de que hay diferentes centros de poder en Estados Unidos... Creo que los militares estadounidenses no les eran favorables.

Hasta el final, los Hermanos no creyeron en la posibilidad de un golpe militar. En pocos días, justo después de la manifestación del 30 de junio de 2013, podrían haber tratado de retroceder, negociar... Rached Ghannouchi, el actual presidente del Parlamento tunecino y líder histórico de Ennahda, me dijo a principios de 2013, antes del golpe en Egipto, que incluso con el 50% de los votos (que los Hermanos no tenían), cuando tienes al Ejército, la comunidad empresarial, los intelectuales y los socios internacionales en tu contra no puedes imponer tu voluntad. Sin embargo, hay que recordar que bajo Morsi, la prensa era libre, los partidos podían manifestarse, las organizaciones internacionales (Amnistía, Human Rights Watch, etc.) tenían oficinas abiertas en El Cairo. Los Hermanos

Musulmanes proclamaron la victoria demasiado pronto, creyendo que el asunto estaba zanjado con la votación democrática... Conocemos el trágico resultado.

A. K.: En julio de 2013, el Ejército llevó a cabo un golpe contra Morsi acortando el mandato de los Hermanos Musulmanes. Este golpe fue precedido por lo que se considera la manifestación más grande jamás vista en Egipto. ¿En qué medida promovió el Ejército la organización de esta manifestación? ¿Por qué segmentos significativos de la izquierda egipcia y la sociedad dieron la bienvenida positiva a la intervención del Ejército?

A. G.: La campaña *Tamarod* (Rebelión) que organizó la manifestación del 30 de junio de 2013 y supuestamente recogió millones de firmas pidiendo la destitución de Morsi contaba con el apoyo directo del Ejército y la policía. Por supuesto, hubo un poderoso movimiento popular contra los Hermanos Musulmanes, pero fue manipulado por los *mukha-*

barat y el Ejército cuyo objetivo era tomar el poder y poner fin a la Revolución. Los componentes iniciadores de Tahrir estaban muy movilizados en el movimiento anti-Morsi. En ese momento, pudimos palpar el fuerte sentimiento de rechazo hacia los Hermanos en la sociedad... Era algo generalizado. En los discursos, muchas personas dijeron que los Hermanos querían transformar la identidad

El Ejército tardará unos dos años en revelar claramente lo que había puesto en marcha: una dictadura militar pura y simple

de Egipto; el islamismo de los Hermanos se oponía al nacionalismo egipcio. Además, el rechazo a Morsi estaba creciendo porque la gente estaba harta del desorden continuo. En 2013 hacía dos años que Egipto estaba atravesado por oleadas de levantamientos, mítines, huelgas, es decir, de energía extraordinaria y muy creativa. Pero la inestabilidad también puede volverse inmanejable en la vida cotidiana. Los egipcios son en su mayoría pobres, necesitan trabajar, sobrevivir, necesitan turismo. Muchos querían un retorno a la estabilidad. Por cierto, la sensación de caos bajo el mandato de los Hermanos Musulmanes muy probablemente fue alimentada por el Ejército y la policía que estaban en una lógica de sabotaje.

Cuando el ejército llevó a cabo el golpe el 3 de julio de 2013, no estableció directamente una dictadura militar. En este sentido, no fue un golpe de Estado en el sentido chileno. Los militares primero permitieron que se formara un nuevo gabinete que tomó el relevo de los Hermanos; Mohammad El-Baradei, Premio Nobel de la Paz, fue nombrado vicepresidente. La comedia no duró mucho desde que, al mes siguiente, El-Baradei dimitió tras la masacre de Rabaa por parte de los militares, la mayor

1. EL DESORDEN GLOBAL

masacre urbana desde Tien'anmen. El Ejército tardará unos dos años en revelar claramente lo que había puesto en marcha: una dictadura militar pura y simple. En ese tiempo, todavía había manifestaciones, una prensa relativamente libre. Sissi amordazará cualquier expresión política alternativa, ya sea islamista o de izquierda, de forma gradual.

A. K.: Abordemos para acabar la dictadura militar en vigor desde 2013. Dos rasgos la caracterizan: por un lado, una represión que no tiene precedentes en la historia del país, por otro lado, una multiplicidad de proyectos económicos que contrasta con la inacción de Mubarak. ¿Puede esta ecuación entre el terror social y las obras faraónicas seguir garantizando la estabilidad del régimen de Abdelfatah Al Sissi durante mucho tiempo?

A. G.: Lo que llama la atención en esta secuencia abierta en 2013 es el creciente lugar del Ejército en la estructura del capitalismo egipcio. Discutimos al principio de la entrevista la especificidad del capitalismo egipcio, en el que el Estado, el Ejército y el sector privado han estado profundamente entrelazados desde la década de 1950. Esta configuración sigue siendo cierta, pero hay que tener también en cuenta que la economía militar se ha expandido de una manera sin precedentes. Y los grandes proyectos son precisamente lo que facilita esta expansión: en particular, el segundo Canal de Suez (cuya utilidad se puede poner en duda) y la construcción de la nueva capital tienen consecuencias económicas considerables. Emplean a cientos de miles de trabajadores. Y luego, en mi opinión, estos proyectos también fortalecen el control sobre los oficiales, ya que obteniendo cada vez más beneficios de esta economía, se vuelven menos propensos a la sedición. El Ejército siempre ha sido un elemento de progreso social, pero ahora es un medio de enriquecimiento para muchos oficiales. Estas consideraciones materiales son esenciales para entender el consentimiento alrededor de Sissi en el aparato estatal.

Por otro lado, la popularidad real de Sissi cuando tomó el poder se deterioró rápidamente. Lo primero que la sacude es la decisión de Sissi de ceder a Arabia Saudita las estratégicas islas de Tirán y Sanafir ubicadas en el Mar Rojo. Esta decisión le valió fuertes críticas en la opinión pública, que considera que se trata de un ataque a la soberanía de Egipto, y la oposición del Consejo de Estado y el Tribunal Administrativo egipcio. A pesar del descontento, cede las islas en 2017. Además, el nivel de vida ha caído considerablemente en los últimos años, ya que Sissi está logrando llevar a cabo las reformas neoliberales que Mubarak nunca llevó a cabo: dejar flotar la libra egipcia, reducir la ayuda a los productos subvencionados, etc. Además, en septiembre de 2019, un empresario egipcio exiliado en España llegó a los titulares a través de vídeos en los que denunciaba, con pruebas de apoyo, la corrupción dentro del Ejército. Esto será suficiente para agitar al país con un soplo de revueltas, como no había habido desde 2011. Unos pocos miles de egipcios desafiaron valientemente la prohibición de las manifestaciones, pero la represión

fue muy brutal. Estamos hablando de desapariciones, torturas y encarcelamientos en condiciones que conducen a la muerte...

Hoy en día el poder de Sissi aguanta casi solo por la represión, hay más de 60.000 personas presas políticas. Y es una represión loca, feroz e ilimitada, que ya ni siquiera corresponde a la necesidad de estabilidad del régimen. Refleja de alguna manera el miedo del régimen, su debilidad. Me gustaría creer que hay segmentos dentro del Ejército que se dan cuenta de la inutilidad de tal brutalidad, e incluso de su dimensión contraproducente. Siendo, aunque sea un poco, pragmáticos, deben saber que pueden garantizar la continuidad de su poder sin esta represión.

Aya Khalil es periodista

Traducción: Faustino Eguberri para **viento sur**

<http://www.contretemps.eu/egypte-revolution-repression-sissi-entretien-gresh/>

Referencias

- Abdelrahman, Maha (2014) *Egypt's Long Revolution*. Londres: Routledge.
- Abou El-Fadl Reem ss dir., *Revolutionary Egypt: Connecting Domestic and International Struggles*, Routledge, 2015.
- Longuenesse, Elisabeth y Monciaud, Didier (2011) "Sindicalismos egipcios. Luchas nacionales, corporativismo y protesta", en Battesti, Vincent; Ireton, François, dir., *L'Égypte au présent. Inventaire d'une société avant révolution*, Actes Sud, Sindbad.

■ El presidente Joe Biden deberá afrontar en lo inmediato una serie de crisis interiores extraordinarias —una pandemia que se dispara, una economía en punto muerto y punzantes heridas políticas, en particular tras el reciente ataque de los trumpistas al Capitolio—, pero pocos desafíos son susceptibles de resultar más graves que la gestión de las relaciones de Estados Unidos con China. Aunque suelen ser consideradas como una lejana preocupación de política exterior, estas relaciones son de hecho omnipresentes y afectan a la economía, al coronavirus, al cambio climático, a la ciencia y la tecnología, a la cultura popular y al ciberespacio.

Si la nueva administración continúa la vía trazada por la precedente, una cosa será segura: Estados Unidos se verá arrastrado a una nueva e insidiosa guerra fría con este país, lo que dificultará los progresos en casi todos los ámbitos importantes. Para lograr verdaderos avances en el actual desorden mundial, el equipo de Biden deberá ante todo evitar este conflicto futuro y encontrar medios de colaborar con su poderoso adversario. Pero algo es seguro: la búsqueda de una forma de navegar por esta vía minada resultará muy exigente para los más experimentados responsables del equipo dirigente de Biden.

Aun sin los corrosivos efectos de la diplomacia hostil de Donald Trump en estos últimos años, China plantearía un desafío enorme a cualquier nueva administración. Se jacta de ser la segunda economía mundial y, según algunos analistas, pronto superará a Estados Unidos para convertirse en la número uno. Aunque haya muchas razones para condenar la forma como Pekín ha abordado la pandemia del coronavirus, el severo confinamiento autoritario a escala nacional (después de que China rechazase inicialmente reconocer la existencia del virus y el alcance de su propagación) ha permitido al país recuperarse de la covid-19 más rápido que la mayoría de los países. En consecuencia, Pekín registró ya un fuerte crecimiento económico durante el segundo semestre de 2020, la única gran economía del planeta en hacerlo. Esto significa que China está más que nunca en condiciones de dictar las reglas de la economía mundial, una situación confirmada por la reciente decisión de la Unión Europea de firmar un importante acuerdo de comercio e inversión con Pekín [acuerdo de finales de 2020 concluyendo unas negociaciones comenzadas en 2013], dejando simbólicamente de lado a Estados Unidos, justo antes de la entrada en funcionamiento de la administración Biden.

Después de años de aumentar sus gastos de defensa, China posee ya el segundo ejército más importante del mundo, dotado de un moderno

arsenal de todos los tipos. Aunque no sea capaz de enfrentarse a Estados Unidos en alta mar o en regiones alejadas, su ejército —el Ejército Popular de Liberación, EPL— está ya en condiciones de desafiar la antigua supremacía de América en regiones más cercanas, como el extremo oeste del Pacífico. Desde la expansión imperial de Japón en los años 1930 y comienzo de los 1940, Washington no se había encontrado con un enemigo tan temible en esta parte del mundo.

En algunos ámbitos críticos —avances científicos y tecnológicos, influencia diplomática y finanzas internacionales, entre otros—, China cuestiona ya, incluso supera, la primacía mundial largo tiempo asumida por Estados Unidos. En otras palabras, en muchos frentes, tratar con China plantea un enorme problema al nuevo equipo dirigente estadounidense. Peor aún, las nefastas políticas de la administración Trump respecto a China, combinadas con las políticas autoritarias y militaristas del presidente chino Xi Jinping, plantean desafíos inmediatos a Joe Biden a la hora de gestionar las relaciones entre Estados Unidos y China.

La herencia tóxica de Trump

Donald Trump hizo campaña por la presidencia comprometiéndose a castigar a China por su pretendida voluntad sistémica de construir su economía robando la de Estados Unidos. En 2016 juró que, si era elegido presidente, utilizaría el poder del comercio para poner fin a las prácticas nefastas de este país y restaurar la primacía mundial de Estados Unidos. Una vez instalado en la Casa Blanca, efectivamente, impuso una serie de derechos de aduana sobre el equivalente a unos 360.000 millones de dólares de importaciones chinas —un gran obstáculo para la mejora de las relaciones con Pekín—. Joe Biden debe decidir si mantiene estas barreras aduaneras, las suaviza o las elimina por completo.

Las restricciones impuestas al acceso de empresas chinas a la tecnología americana, en particular a programas y microchips punteros, necesarios para el futuro desarrollo de las telecomunicaciones de quinta generación (5G), son aún más amenazantes para unas futuras relaciones cordiales. En mayo de 2019, afirmando que las grandes empresas chinas de telecomunicaciones como Huawei y ZTE Corporación tenían vínculos con el EPL y representaban por tanto una amenaza para la seguridad nacional americana, Trump aprobó un decreto prohibiendo a estas empresas comprar a empresas estadounidenses microchips y otros equipamientos de alta tecnología. Le siguieron una serie de decretos y otras medidas. Pretendían restringir el acceso de las empresas chinas a la tecnología americana.

En el marco de estas acciones y de otras iniciativas conexas, el presidente Trump y sus principales asociados —sobre todo el secretario de Estado, Mike Pompeo, y Peter Navarro, asistente del presidente en el White House National Trade Council— afirmaron que actuaban para proteger la seguridad nacional contra el riesgo de operaciones de información

1. EL DESORDEN GLOBAL

llevadas a cabo por el EPL. No obstante, según sus declaraciones de la época, era evidente que su verdadera intención era la de obstaculizar el progreso tecnológico de China para debilitar su competitividad económica a largo plazo. También aquí, Biden y su equipo tendrán que decidir si mantiene las restricciones impuestas por Trump, lo que afectaría todavía más a las relaciones chino-americanas, o da marcha atrás en un esfuerzo por mejorar estas relaciones.

La crisis china: dimensiones militar y diplomática

Un desafío aún mayor para el presidente Biden serán las iniciativas militares y diplomáticas agresivas emprendidas por la administración Trump. En 2018, su secretario de Estado de Defensa, Jim Mattis [que entró en el 20 de enero de 2017 y dimitió en febrero de 2019], publicó una nueva doctrina militar con el título de “Concurrencia de grandes potencias”. Debía regular la futura planificación del Ministerio de Defensa. Tal como enunciaba la política oficial de defensa nacional del Pentágono de dicho año, la doctrina preveía que las fuerzas estadounidenses debían concentrarse en adelante no ya en la lucha contra los terroristas islamistas en las regiones atrasadas del tercer mundo, sino en la lucha contra China y Rusia en Eurasia. “Aunque el Ministerio sigue adelante en la campaña contra los terroristas”, declaró Mattis el 26 de abril de 2018 ante el Comité de las Fuerzas Armadas del Senado, “el principal objetivo de la seguridad nacional de Estados Unidos a largo plazo es la concurrencia estratégica; no el terrorismo”.

Conforme a esta política, durante los años siguientes se ha recentrado y reorganizado considerablemente el conjunto del *establishment* militar, pasando de una fuerza antiterrorista y antiinsurreccional a una fuerza armada equipada y concentrada en la lucha contra los ejércitos chino y ruso, en la periferia de estos mismos países. “Hoy día, en esta era de competición entre las grandes potencias, el Ministerio de Defensa ha dado prioridad a China, y después a Rusia, como nuestros principales competidores estratégicos”, declaró el secretario de Defensa Mark Esper el 16 de setiembre de 2020, poco antes de ser sustituido por el presidente por haber apoyado, junto a otros, un llamamiento a reducir el número de bases militares americanas que siguen llevando hoy en día el nombre de generales confederales durante la guerra civil. Hecho significativo: cuando todavía estaba en el poder, Mark Esper identificó a China como el competidor estratégico número uno de Estados Unidos, una distinción que Jim Mattis no llegó a hacer.

Para asegurar la primacía de Washington en esta competición, Mark Esper destacó tres grandes prioridades estratégicas: la militarización de las tecnologías punta, proseguir la *modernización* y la mejora del arsenal nuclear del país, y el reforzamiento de los lazos militares con los países aliados que rodean a China. “Para modernizar nuestras capacidades”, declaró, “hemos conseguido obtener financiación para tecnologías que

cambian la situación, como la inteligencia artificial, la hipersónica, la energía dirigida [por ejemplo radiación electromagnética, láseres, haz de partículas, etc.] y las redes 5G". También se han realizado progresos significativos, afirmó, en la "recapitalización de nuestra tríada nuclear estratégica": el redoblado amplio arsenal de misiles balísticos intercontinentales con base en tierra (ICBM), misiles balísticos lanzados por submarinos (SLBM) y bombarderos nucleares de largo alcance. Además, con el objetivo de cercar a China con un sistema de alianzas hostil dirigido por Estados Unidos, Mark Esper se jactó: "Ponemos en marcha un plan coordinado, el primero de este tipo, para reforzar a los aliados y construir socios".

Para los dirigentes chinos, el hecho de que la política militar de Washington apele en adelante a semejante programa con tres componentes de modernización de armas no nucleares, de modernización de armas nucleares y de cerco militar, significa una cosa evidente: están confrontados a una amenaza estratégica a largo plazo que necesitará una gran movilización de sus capacidades militares, económicas y tecnológicas

La mejora de los lazos con Taiwán era un objetivo particular de la administración Trump (y una provocación particular hacia Pekín)

para poder responder. Lo cual es, desde luego, la definición misma de una nueva competición de tipo guerra fría. Y los dirigentes chinos han dejado bien claro que se opondrán a cualquier iniciativa de este tipo, tomando las medidas que juzguen necesarias para defender la soberanía y los intereses nacionales de China. No es sorprendente por tanto enterarse de que, al igual que Estados Unidos, están adqui-

riendo un amplio abanico de modernas armas nucleares y no nucleares, así como militarizando las tecnologías emergentes para asegurar el éxito o al menos una apariencia de paridad en un choque futuro con las fuerzas de Estados Unidos.

Paralelamente a estas iniciativas militares, la administración Trump ha pretendido perjudicar a China y frenar su desarrollo por medio de una estrategia coordinada de guerra diplomática —esfuerzos que incluyen sobre todo un mayor apoyo a la isla de Taiwán (reivindicada por China como una provincia secesionista), lazos militares cada vez más estrechos con India y la promoción de vínculos militares comunes entre Australia, India, Japón y Estados Unidos, un acuerdo conocido con el nombre de "*the Quad*" [*Foreign Policy*, 8/10/2020, The Quadrilateral Security Dialogue].

La mejora de los lazos con Taiwán era un objetivo particular de la administración Trump (y una provocación particular hacia Pekín). Desde que el presidente Jimmy Carter aceptó reconocer como el gobierno legítimo de China al régimen comunista de Pekín en 1978, y no a los taiwaneses, todas las administraciones americanas han intentado evitar

1. EL DESORDEN GLOBAL

la apariencia de una relación oficial de alto nivel con los dirigentes de Taipéi, aunque Estados Unidos haya continuado vendiéndoles armas y manteniendo otras formas de relaciones intergubernamentales.

Sin embargo, durante los años Trump, Washington se ha implicado en cierto número de acciones muy mediáticas con el objetivo de mostrar su apoyo al gobierno taiwanés. Contrariando con ello a los dirigentes chinos. Entre estas acciones figura la visita a Taipéi, el pasado agosto, del secretario de Salud y Servicios Sociales Alex Azar II, la primera visita de este tipo efectuada por un secretario de gabinete desde 1979. Otro gesto provocador quería ser la reunión con altos responsables taiwaneses en Taipéi por parte de la embajadora americana ante Naciones Unidas, Kelly Craft [este encuentro fue anulado a comienzos de enero]. La administración también ha intentado obtener para Taiwán la condición de observador ante la Organización Mundial de la Salud y otros organismos internacionales para reforzar su imagen de nación de pleno derecho. Igualmente preocupante para Pekín, la administración ha autorizado durante los dos últimos años nuevas ventas de armas avanzadas a Taiwán, por un total de 16.600 millones de dólares, incluyendo una venta récord de 8.000 millones de dólares por 66 aviones de caza F-16C/D.

El reforzamiento de los lazos de Estados Unidos con India y otros miembros de la Cuadrilateral (*Quad*) ha sido también una prioridad de política exterior de la administración Trump. En octubre de 2020, Mike Pompeo acudió a India por tercera vez como secretario de Estado y aprovechó la ocasión para denunciar a China, promoviendo vínculos militares más estrechos entre India y Estados Unidos. Recordó a los veinte soldados indios muertos en un enfrentamiento fronterizo con fuerzas chinas en junio de 2020, insistiendo en el hecho de que “Estados Unidos estará al lado del pueblo indio frente a las amenazas que pesan sobre su soberanía y su libertad”. El ministro de Defensa Mark Esper, que acompañó a Pompeo en este viaje a Nueva Delhi, habló de una cooperación creciente con India en el ámbito de la defensa, incluyendo ventas potenciales de aviones de caza y sistemas aéreos sin tripulación.

Ambos responsables felicitaron al país por su futura participación en *Malabar*, los ejercicios navales conjuntos de la Quad que tendrán lugar en noviembre en la bahía de Bengala. Aunque nadie lo diga explícitamente, este ejercicio ha sido ampliamente considerado como el primer ejercicio de la alianza militar naciente para contener a China. “Es más importante que nunca un enfoque colaborativo de la seguridad y de la estabilidad regionales, con el fin de disuadir a todos aquellos que rechazan una región indo-pacífica libre y abierta”, comentó Ryan Easterday, comandante del destructor de misiles dirigidos USS John S. McCain, uno de los navíos participantes.

Ni que decir tiene que todo esto representa una herencia compleja y formidable a superar para el presidente Biden, que pretende establecer una relación menos hostil con los chinos.

El problema Xi Jinping del presidente Biden

Queda claro que la herencia perturbadora de Trump hará difícil para el presidente Biden detener la pendiente descendente de las relaciones chino-americanas y el régimen de Xi Jinping en Pekín no le facilitará la tarea. No es este el lugar para un análisis detallado del giro de Xi en los últimos años hacia el autoritarismo o de su creciente dependencia de una perspectiva militarista para asegurarse la lealtad (o la sumisión) del pueblo chino. Se ha escrito mucho sobre la supresión de las libertades civiles en China y la reducción al silencio de todas las formas de disidencia. Igualmente inquietante es la adopción de una nueva ley sobre seguridad nacional para Hong Kong, utilizada ahora para detener todas las críticas al gobierno de China continental y las voces políticas independientes de todo tipo. Y nada es comparable al intento de extinción brutal de la identidad musulmana uigur en la región autónoma del Xining, en el extremo oeste de China. Ha supuesto el encarcelamiento de un millón de personas, incluso más, en equivalentes a campos de concentración.

Xi ha recentralizado también el poder económico en manos del Estado, invirtiendo así la tendencia de sus predecesores

La supresión de las libertades civiles y de los derechos humanos en China hará particularmente difícil para la administración Biden reconectar con Pekín, ya que él es desde hace mucho tiempo un ardiente defensor de los derechos civiles en Estados Unidos, lo mismo que la vicepresidenta Kamala Harris y muchos de sus colaboradores cercanos. Les resultará prácticamente imposible negociar con el régimen de Xi sobre

cualquier cuestión sin plantear el tema de los derechos humanos; y ello, a su vez, no dejará de suscitar la hostilidad de los dirigentes chinos.

Xi ha recentralizado también el poder económico en manos del Estado, invirtiendo así la tendencia de sus predecesores inmediatos a una mayor liberalización económica. Las empresas de Estado continúan recibiendo la parte del león de los préstamos y otras ventajas financieras del Estado, lo que desfavorece a las empresas privadas. Además, Xi ha intentado obstaculizar a las grandes empresas privadas como el Ant Group, la exitosa empresa de pagos electrónicos fundada por Jack Ma [fundador de Alibaba], el empresario privado más famoso de China.

A la vez que consolidaba su poder económico en el país, el presidente chino ha logrado establecer relaciones económicas y comerciales con otros países. En noviembre, China y catorce naciones, entre ellas Australia, Japón, Nueva Zelanda y Corea del Sur (pero no Estados Unidos), firmaron uno de los mayores pactos de libre comercio en el mundo, la Asociación Económica Regional Global (RCEP). Considerada como sucesora de la desgraciada asociación transpacífica de la que se retiró el presidente

1. EL DESORDEN GLOBAL

Trump al poco de comenzar su mandato, la RCEP facilitará el comercio entre países que representan una población de unos 2.200 millones de personas, más que cualquier otro acuerdo precedente de este tipo. Y después está el acuerdo de inversión que acaba de ser concluido entre la Unión Europea y China, otro megaacuerdo que excluye a Estados Unidos, así como la ambiciosa iniciativa china *Belt and Road* [la Ruta de la Seda], por un total de más de un billón de dólares, que pretende unir más estrechamente a Pekín con las economías de los países de Eurasia y África.

En otras palabras, para la administración Biden será tanto más difícil ejercer un efecto de palanca económica sobre China o permitir a las grandes empresas de Estados Unidos actuar como socios para hacer presión en favor del cambio en este país, como lo hicieron en el pasado.

Las opciones del presidente Biden

El propio Joe Biden no ha dicho gran cosa sobre lo que tiene pensado respecto a las relaciones americano-chinas, pero lo poco que ha dicho sugiere una gran ambivalencia en cuanto a sus principales prioridades. En su declaración más explícita sobre política exterior, un artículo aparecido en el número de marzo/abril de la revista *Foreign Affairs*, habló de “mostrarse duro” con China en materia de comercio y derechos humanos, a la vez que buscar un terreno de entente sobre cuestiones clave como Corea del Norte y el cambio climático.

Aun criticando a la administración Trump por haberse enfrentado a aliados de Estados Unidos como Canadá y potencias de la OTAN, afirmó que “Estados Unidos debe ser duro con China”. Si China hace lo que quiere, continuó, “seguirá robando a Estados Unidos y a las empresas de Estados Unidos su tecnología y su propiedad intelectual [y] seguirá utilizando subvenciones para dar a sus empresas de Estado una ventaja competitiva injusta”. El enfoque más eficaz para contestar a este desafío, escribió, “es construir un frente unido de aliados y socios de Estados Unidos para hacer frente a los comportamientos abusivos y a las violaciones de derechos humanos de China, incluso aunque intentemos cooperar con Pekín sobre cuestiones en que convergen nuestros intereses, como el cambio climático, la no proliferación [nuclear] y la seguridad sanitaria mundial”.

Esto suena bien, pero es una posición intrínsecamente contradictoria. Si algo temen los dirigentes chinos –y a lo que resistirán con todo el peso de sus poderes– es la formación de un “frente unido de aliados y socios de Estados Unidos para hacer frente a los comportamientos abusivos de China”. Es más o menos lo que la administración Trump ha intentado hacer sin producir ventajas significativas para Estados Unidos. Biden deberá decidir dónde sitúa su principal prioridad. ¿Se trata de poner un freno a los comportamientos abusivos y a las violaciones de derechos humanos de China o de obtener la cooperación de la otra gran potencia del planeta sobre las cuestiones más urgentes y potencialmente devastadoras

en el orden del día mundial en este momento: el cambio climático antes de que el planeta se recaliente de forma desesperada; la no proliferación antes de que se pierda el control de las armas nucleares, hipersónicas y otros tipos de armas avanzadas, y la seguridad sanitaria en un mundo golpeado por una pandemia?

Como en tantos otros ámbitos que deberá abordar después del 20 de enero, para progresar en cualquier cuestión, Biden deberá primero superar las herencias desestabilizadoras de su predecesor. Esto significa sobre todo que deberá reducir las tarifas aduaneras y las barreras tecnológicas punitivas y autodestructoras, ralentizar la carrera de armamentos con China y abandonar los esfuerzos para rodear al continente con una red hostil de alianzas militares. Sin esto, se corre el riesgo de hacer prácticamente imposible ningún progreso, cualquiera que sea, y el mundo del siglo XXI podría encontrarse arrastrado a una guerra fría aún más insalvable que la que dominó la segunda mitad del siglo pasado. Si ocurre así, y Dios nos guarde, podríamos encontrarnos ante una guerra nuclear o una versión climática de esta en un planeta en delicuescencia.

Michael T. Klare es un veterano investigador en cuestiones relacionadas con la geopolítica de los recursos

<https://alencontre.org/asie/japon/le-casse-tete-des-relations-chine-etats-unis-pour-joe-biden.html>

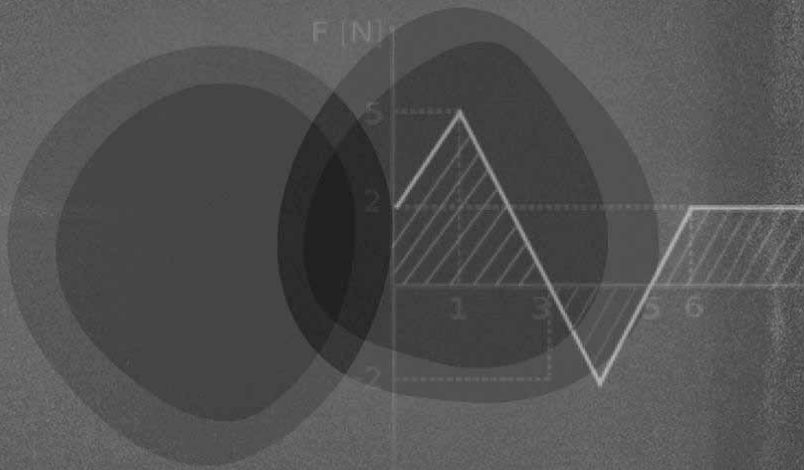
Traducción: Javier Garitazelaia

Intersecciones

Mujeres y Trabajo

Feminismo, trabajo
y reproducción social

Susan Ferguson



Sylone

viento sur

Líneas de expresión arquitectónica

Jaime Andrade

■ La arquitectura no tiene solo que ver con cálculo, mecánica física, estructuras o construcción; la arquitectura también se nutre del paisaje, del urbanismo, del espacio urbano o de la historia del arte. Un buen arquitecto debe también fijar su atención en los pequeños detalles: la colocación de un pomo, una ventana o la forma de una puerta, sin perder de vista el paisaje que rodea a estos pequeños elementos para que ambos se acompañen en un mismo lenguaje.

Así son las fotos de Jaime Andrade, un joven arquitecto gallego que busca inspiración en figuras urbanas de diferentes estilos arquitectónicos y tendencias. La fotografía, en este caso, es una herramienta de gran utilidad para concentrar la mirada en estas figuras y explorar sus matices.

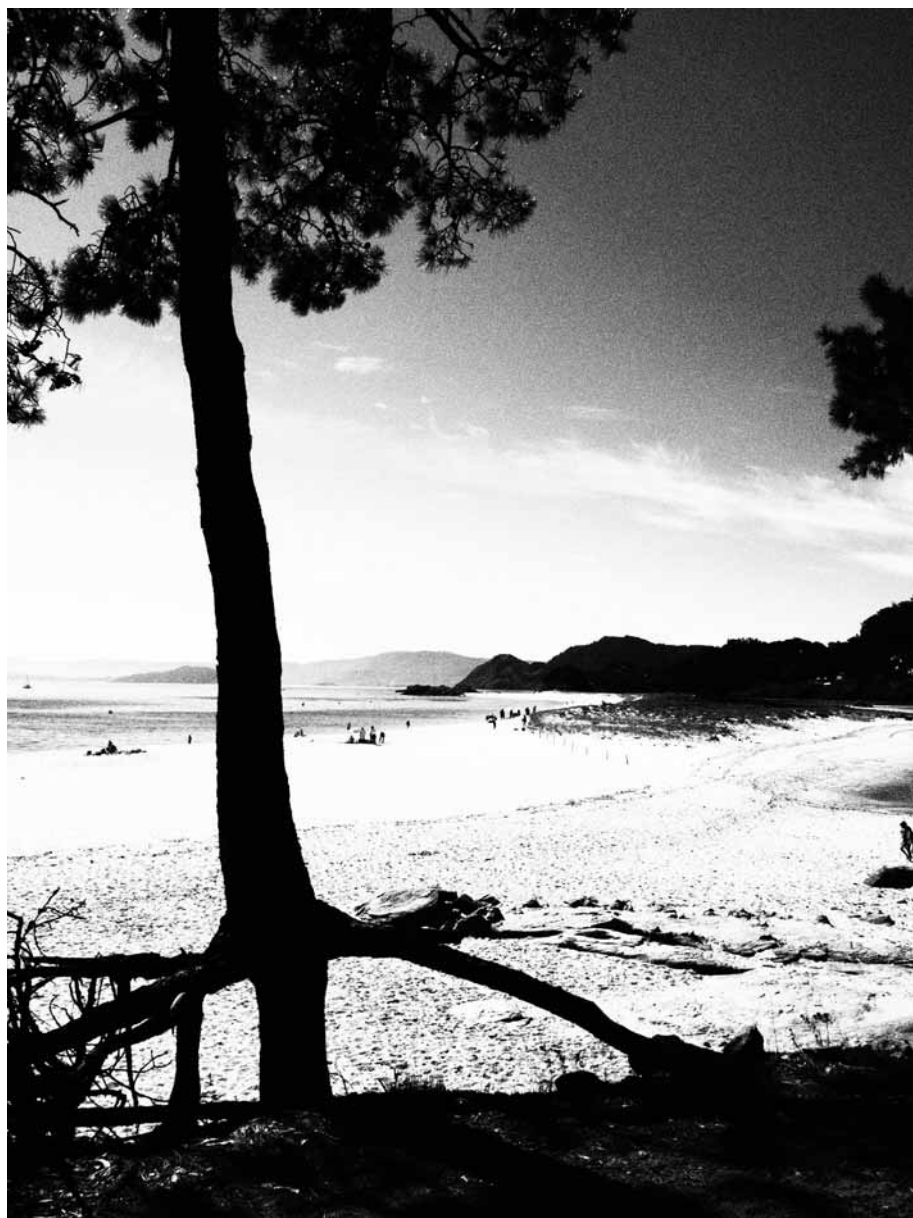
Jaime no es fotógrafo profesional, no tiene una técnica concreta o una formación especializada, sino que son la práctica y el interés los que conforman su estilo fotográfico. Caminar sin prisa por la ciudad es una técnica más útil que controlar con precisión el diafragma, la apertura o la composición de la exposición. El interés de Jaime Andrade por la fotografía comienza a madurar durante los años de estudio en A Coruña y Barcelona, años de enseñanzas donde empezó a integrar la comprensión del espacio urbano en proyectos de arquitectura.

En las fotos seleccionadas podemos ver las escaleras de la Casa da Música en Porto (Portugal), una innovadora apuesta que busca romper con las formas tradicionales de salas de conciertos para buscar un diseño geométrico irregular, no cerrado en sí mismo sino rodeado por un espacio urbano amplio y vivo. En otra de las fotos observamos una ventana de una vivienda de esta misma ciudad que, aparentemente insignificante, contrasta con la grandeza de la Casa da Música. Esta imagen, al contrario, refleja un espacio íntimo, cerrado a la vista externa. En otra de las fotos vemos la Casa Solo, en Teruel, una edificación moderna rodeada de un paisaje de olivares y viñedos en donde se impone con gran sobriedad. En las otras fotografías, los paisajes gallegos de las Islas Cíes, una playa y un hórreo, nos hablan de una arquitectura y un paisaje desorganizado, más salvaje y natural, que se contrapone a las medidas líneas de Casa Solo.

Mariña Testas











Cultura y capitalismo tardío

Brais Fernández y Alberto Santamaría

■ Tanto la palabra *cultura* como las prácticas asociadas a ella han provocado muchos quebraderos de cabeza a algunos marxistas durante las últimas décadas. ¿Cuál es la relación entre cultura y economía? ¿En qué sentido hablamos de cultura? ¿O bien hablamos de ideología? ¿De qué hablamos cuando hablamos de industria cultural? ¿Qué tipo de relación hallamos entre práctica cultural y transformación social? ¿Qué cambios o nuevas variables determinan ahora el desarrollo del campo cultural bajo el neoliberalismo? ¿Puede a estas alturas el capitalismo operar fuera de la cultura o es un terreno de juego privilegiado para sus propias estrategias de supervivencia? Estas han sido solo algunas de las muchas cuestiones que este asunto ha generado.

Hasta cierto punto, los debates en la izquierda tienden a oscilar entre dos posiciones extremas. Dos posiciones, todo sea dicho, que han mantenido, a pesar de su distancia, una visión de la cultura similar: las prácticas culturales serían algo así como espectros que flotan en un vacío. Podríamos resumirlo del siguiente modo. Por una parte, un sector que tiende a ver la batalla cultural como una forma de desvío frente a la lucha real, que sería económica o material, según el día, y que no puede entretenerse en análisis espurios. Por otro lado, el reverso de ese neoeconomicismo mecanicista es el *gramscianismo* vulgar: la ilusión óptica de que, de alguna manera, la otrora llamada superestructura se ha emancipado de las relaciones de producción y se ha transformado en una esfera autónoma, diletante, cuya conquista garantizaría el cambio social. Una especie de pirueta que acaba replicando lo que quería evitar: la búsqueda de una determinación última e implacable sobre las demás esferas.

Por supuesto, adoptar un enfoque u otro significaría en teoría amparar una estrategia política, en coherencia con el rol inicial que se le otorgue a la cultura. La paradoja es que no siempre se da así. Los anticulturalistas suelen dedicar toda su actividad política (furibunda en ocasiones) a combatir la necesidad de ciertas batallas políticas a las que califican como culturales (en un sentido despectivo, como débiles residuos que entretienen de lo verdaderamente importante), viviendo en una espiral *metapolítica* en la que asignan todo lo que desprecian y odian al campo de la cultura: el feminismo, lo LGTBI, el antirracismo, incluso la cuestión ecológica, conformarían un campo acusado de *inmaterial* y *culturalista*. Se trata de una posición cuyo trasfondo es el retorno a una visión de *pureza* que no ha existido jamás, pero que funciona como mito que zanja cualquier posible debate o amplitud de las líneas de batalla.

3. PLURAL

En realidad, ambas formas parecen poco útiles para afrontar los retos políticos de nuestro tiempo, a pesar de que es posible hallar en ellas algunos aportes teóricos interesantes. No obstante, la cuestión fundamental no es si la cultura es una excrecencia de los procesos materiales o la esfera que los determina, sino cómo se implica la cultura en el campo de relaciones sociales generado por el capitalismo. Este es el espacio dentro del cual cabe el trabajo de la crítica y la teoría cultural. Si entendemos la cultura –*grosso modo*– como el conjunto de prácticas y expectativas compartidas dentro de un horizonte social común, es inevitable tratar de comprobar las formas a través de las cuales el capitalismo establece rutas para hacer inevitable su propio relato de ganadores y perdedores. La cultura es para el capitalismo un teatro de operaciones eminentemente práctico. Un análisis cultural tendría pues el sentido de detectar y visibilizar los espacios donde se anudan cultura y capitalismo. Al mismo tiempo, ese tipo de análisis podría operar como termómetro que nos indique los nexos que pueden activarse, las condiciones dispersas de prácticas de los diferentes grupos sociales capaces de reunirse con el objetivo de intervenir como fuerza histórica estableciendo nuevos proyectos colectivos. Ahora bien, esto no quiere decir que el mundo pueda explicarse únicamente desde el punto de vista cultural. Esto es importante y necesario de clarificar. Pero también lo es su opuesto: podemos hacer análisis económicos de cuestiones sociales, pero no podemos comprender *únicamente* esas cuestiones desde el punto de vista económico.

Dicho lo anterior, no cabe duda de que la cuestión de la cultura y de las prácticas culturales ejerce sobre el presente un extraño atractivo. El reciente debate en España sobre el posmodernismo delata la existencia de una disputa de fondo que no parece haberse resuelto. En realidad, pese a toda la confusión generada en torno al tema del posmodernismo en España (asunto que sin duda tiene que ver con el atraso secular del marxismo hispano del que hablaba Perry Anderson en su poco desarrollada pero clara nota en *Consideraciones sobre el marxismo occidental*), lo que pretendían marxistas como Fredric Jameson era plantear que el proceso de subsunción real del capitalismo tardío implicaba la aparición de una nueva lógica cultural, caracterizada por la proletarianización de la cultura. Lejos de significar una desmaterialización de la cultura, el análisis del posmodernismo implicaba la asunción de que la cultura era *más capitalista* y que, por tanto, se imbricaba de una forma más profunda con el resto de relaciones sociales.

Los cambios que implica esta hipótesis tienen profundas repercusiones políticas, porque esa mutación en las relaciones sociales del capital no se da al margen de la lucha de clases. Durante todo el periodo que va desde la posguerra hasta la caída del muro de Berlín, la irradiación de las ideas socialistas se sustentaba sobre un movimiento obrero capaz de producir o ganar intelectuales *orgánicos*. Esto significaba que, de una forma u otra, existía una vinculación dependiente entre la intelectualidad y las

clases sociales, ya fuese en base al compromiso con la clase trabajadora o los nuevos movimientos sociales o, por supuesto, en oposición a estos. La posmodernización de la cultura también va en paralelo a un proceso de conversión de los intelectuales en *intelligentsia-masa*, amorfa, sin anclajes: el intelectual sufre un proceso similar al del obrero, aunque luce por mantener un estatus diferente.

El debate sobre la cultura es también necesariamente una discusión acerca del lugar desde el que se habla y desde el que se habita. Una cuestión de voces. Y esto quiere decir que detrás de buena parte de los análisis culturales lo que hallamos es la necesidad de encontrar herramientas cuyo fin es el de generar un espacio que nos permita la reconquista de la vida cotidiana; sus espacios y tiempos. El debate cultural es así, en igual medida, una visión acerca de cómo generar imaginarios colectivos y de lucha.

Por lo tanto, parece más útil considerar la cultura dentro de los efectos de las transformaciones sociales de las últimas décadas que como un ente abstracto y metafísico, tal y como tienden a hacer las dos posiciones que comentamos críticamente al principio. Esa historización de la cultura tiene también su utilidad política. Al pensar la cultura como parte activa y viva de los procesos sociales, la pregunta se desplaza a un terreno más rico y fructífero: ¿Cómo se relaciona la cultura con los campos de lucha que produce el capitalismo tardío? ¿Qué tipo de articulación podemos generar para crear una hegemonía cultural (atrevámonos a decirlo) socialista, en los nuevos terrenos que la lucha social ha generado? Son estas cuestiones las que nos lanzan a comprender la cultura en su propia complejidad histórica. En nuestro mapa actual la cuestión reside, pues, en cómo articular la cultura dentro de un horizonte de cambio.

El **Plural** que presentamos a continuación trata de plantear algunas cuestiones culturales desde esta óptica. El tono de algún artículo quizás sorprenda a algunos lectores de nuestra revista, pero creemos que vale la pena adentrarse y explorar los caminos de la crítica cultural. Todo análisis cultural, y las páginas que siguen son una muestra, trata de ofrecer un doble movimiento: establecer un diálogo con un presente inabarcable al tiempo que ofrecer rutas que nos permitan comprender los complejos *nexos* entre la sociedad, la cultura y las formaciones económicas.

Jaime Vindel nos ofrece un artículo sobre la relación entre el capitalismo y la estética fósil, ambientada en una crítica a las ilusiones keynesianas, continuando con las reflexiones que ya plasmó en su libro *Estética fósil*. La renovación de los imaginarios críticos desde una perspectiva ecosocial es una de las tareas abiertas más interesantes de la actual producción intelectual y una nueva forma de leer la historia que sin duda generará fórmulas fructíferas.

Luciana Cadahia y **Paula Biglieri** nos proponen imbricar feminismo y campo popular en una articulación cultural mestiza que ponga en el centro uno de los movimientos emancipadores constituyentes de nuestra época.

3. PLURAL

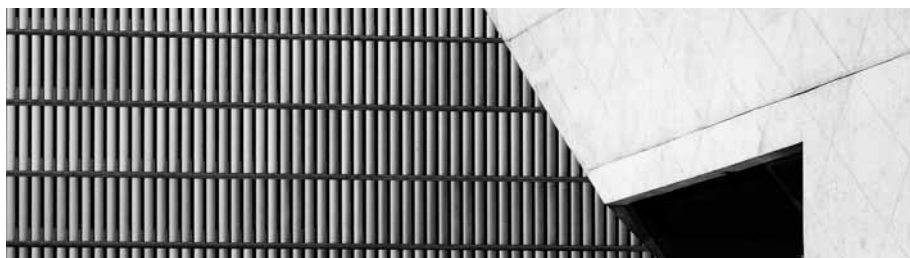
Frente a la idea de verlos como terrenos separados, plantean que “no se trata de establecer una falsa disyuntiva que nos obligue a elegir entre el feminismo y el campo popular sino, más bien, liberar a este campo de los resabios patriarcales y restituirlo a una lucha común capaz de articularse como movimiento colectivo”.

María Ruido se adentra en la problemática de la trabajadora cultural en el capitalismo financiarizado, progresivamente expropiado de su rol social *especial* y sometido como los demás a una lógica productivista y esclava del mercado. Frente al modelo emprendedor propuesto por el neoliberalismo, nos propone pensar en una salida basada en ligar a todo este sector social a las nuevas luchas emergentes.

Germán Cano, partiendo de Mark Fisher, escribe sobre la cuestión del realismo en sociedades cansadas y en crisis. Pero su reflexión va mucho más allá: esboza una crítica de los actuales debates político-culturales en relación con lo que podríamos llamar, utilizando la expresión de Hegel, el espíritu de nuestra época.

Víctor del Río se atreve con una reflexión de tintes benjaminianos sobre el papel de los objetos y el fetichismo de la mercancía. Una narración que nos interpela sobre nuestro vínculo con las cosas. En este caso, el territorio de análisis se desplaza a un espacio de reflexión donde la pretensión es enfrentarse a la pregunta acerca de cómo nos relacionamos con los objetos y su fantasmagoría como mercancía.

Por último, una reflexión. Es posible que la pandemia, una experiencia inédita en la historia de la humanidad (no tanto por el hecho, sino por la forma de vivirla) acelere una serie de procesos en curso en relación con la lógica cultural presente. El terrible aislamiento social al que nos vemos obligados tendrá repercusiones políticas y psicológicas, pero también en el terreno de la cultura, que, ante todo, es un campo de vivencia colectiva. Con esta reflexión inquietante, os animamos a leer este Plural.



1. CULTURA Y CAPITALISMO TARDÍO

Cultura fósil y keynesianismo: una crítica*

Jaime Vindel

■ En un libro reciente (2020), Pierre Charbonnier ha identificado el nudo gordiano entre abundancia y libertad que atraviesa la filosofía moderna occidental. Charbonnier se propone subvertir la forma en que normalmente se ha concebido la relación entre filosofía y ecología. No indaga en las tematizaciones de la naturaleza en la historia del pensamiento moderno, sino que sitúa lo ecológico (la *relación* con la naturaleza) en el centro de ese relato. Eso le permite formular una historia medioambiental de las ideas en contraposición a una historia de las ideas medioambientales. El vínculo con la ecología surge así como un bajo continuo que configura el conjunto de la modernidad filosófica. Para Charbonnier, la triangulación entre individuo, propiedad y acaparamiento de recursos de la tierra habría precedido al desarrollo del capitalismo industrial del siglo XIX. Esta configuró una constelación de categorías políticas que allanarían el camino a los procesos de expropiación (desde la política de cercamientos a la expansión colonial) y extracción (de la fuerza de trabajo a través de la relación salarial; de las materias primas a través de su supeditación instrumental a las máquinas) que antecedieron la dependencia fosilista característica del desarrollo de la civilización durante los dos últimos siglos.

Las consecuencias ecosistémicas de esa mutación fósil de la economía política, exploradas recientemente por autores ecomarxistas como Andreas Malm (2020), implicarán que la intersección entre clima y clase tienda a acaparar buena parte del contenido de la política durante las próximas décadas y tal vez siglos. Al contrario de lo que solemos suponer,

el fósil no es un modelo energético entre otros disponibles, sino que su historia se encuentra fuertemente unida al despliegue, en medio de la abundancia relativa, de las relaciones de explotación, dominación, exclusión y desigualdad que carac-

* Este ensayo ha sido escrito gracias al contrato Ramón y Cajal (2018) del que disfruto y como parte de los proyectos de investigación I+D+i del CSIC (PIE 202010E005) y del Ministerio de Ciencia e Innovación (HAR2017-82755-P, PID2019-109252RB-I00 y PID2019-107757-RB-I00) en los que participo.

3. PLURAL

terizan al capitalismo industrial. Sin embargo, no me interesa detenerme ahora en la génesis de esa síntesis suicida entre capitalismo y fosilismo, cuyo vínculo con los imaginarios culturales ya he explorado en otro lugar (2020). Mi intención es avanzar hacia el siglo XX, con la intención de formular una crítica ecológica de los imaginarios keynesianos, sin entrar a problematizar hasta qué punto las políticas redistributivas iniciadas en las décadas de los treinta y los cuarenta se correspondían con los postulados del propio John Maynard Keynes, y dejando a un lado aspectos como las condiciones sociohistóricas que las hicieron posibles (la larga construcción de una correlación de fuerzas más favorable a las clases populares en el ciclo 1848-1948 o los intereses capitalistas en estabilizar y racionalizar las formas de la reproducción social), o los elementos más cuestionables en términos de raza (con la perpetuación de las leyes Jim Crow en el sur de EE UU) o género (el modo en que la política del salario familiar fortaleció la supeditación de las mujeres en el espacio privado familiar a los ingresos del varón –Fraser, 2020–) de esa reconfiguración hegemónica de la economía política salida de la crisis de 1929 y de la Segunda Guerra Mundial.

Charbonnier se sitúa en la estela de quienes, como Ian Angus (2016), han descrito dos fases en la eclosión del Antropoceno, el periodo de la historia de Gaia en el que la humanidad ha alcanzado el rango de fuerza biogeoquímica, poniendo fin al Holoceno y alterando la dinámica de los ecosistemas terrestres. La primera tendría que ver con el despegue del industrialismo fósil en el siglo XIX. La segunda, con la Gran Aceleración (el término fue acuñado por el químico estadounidense Will Steffen) posterior a la Segunda Guerra Mundial. Aunque generalmente se asocia esta con los imaginarios de la bomba atómica y con las tensiones derivadas de la proliferación nuclear en el contexto de la Guerra Fría (la imagen que condensa ese período es el hongo nuclear, cuya primera detonación se produjo el 16 de julio de 1945 en Alamogordo, Nuevo México, como preludio de la guerra atómica en Japón), el saldo ecológicamente catastrófico de los Treinta Gloriosos se constata ante todo en términos de carbono. Pese a que con frecuencia se especule sobre la sostenibilidad del metabolismo social de la década de los setenta como un modelo a rescatar, lo cierto es que el desarrollismo de posguerra generó una dinámica ecosocial difícilmente recuperable. Por aportar tan solo una cifra: la producción mundial de petróleo se incrementó en el periodo que va de 1946 a 1973 en un 700% (Pobodnik, 2006). Es un dato con el que deberíamos medirnos los partidarios del *espíritu del 45*.

Pareciera que la huida del recuerdo de la cámara de gas y los niveles de confrontación política propios de los años treinta (el keynesianismo tuvo algo de operación desideológica y alimentó concepciones tecnocráticas de la política, incluso la posibilidad de una convergencia entre socialismo y liberalismo que acabara con la dinámica de polarización de la Guerra Fría), hubiera acelerado el proceso histórico destinado a convertir el conjunto del planeta en una inmensa cámara de gas. Como si el lado

bueno de la Guerra Fría, en el que el Estado del bienestar aparecía a modo de cara amable y social de la amenaza de un Holocausto nuclear, estuviera en realidad cocinando a fuego lento un horizonte exterminista, por emplear los términos de E.P. Thompson (1987), aún más inquietante. En efecto, como susurrara el personaje de la película de Alain Resnais: “Tu n’as rien vu à Hiroshima” [“No has visto nada en Hiroshima”] 1/.

El keynesianismo fósil es indisociable de mutaciones geológicas y geopolíticas como la sustitución del carbón por el petróleo en tanto fuente primaria de energía. Esta decisión tuvo un contenido sociopolítico que ha sido descrito por autores como Timothy Mitchell. El poder acumulado por el movimiento obrero hasta el umbral de la Segunda Guerra Mundial se relacionaba con la capacidad que este había tenido para detener los flujos de la producción

capitalista, a través del sabotaje de la extracción de carbón en las minas nacionales o de las calderas de las máquinas de vapor en las fábricas industriales. La relativa autosuficiencia energética de los países desarrollados se vería entonces suplantada por una dependencia respecto al petróleo que deslocalizaba en terceros países la producción de crudo (más fácilmente transportable que el carbón) y restaba

La alianza entre democracia, crecimiento y fosilismo fue la sintaxis que proporcionó estabilidad social en un contexto de guerra larvada

poder de negociación al movimiento obrero. Por otra parte, Mitchell (2011) describe la paradoja por la cual la constitución misma de los instrumentos económicos de la posguerra (en particular, del PIB, sobre el que se basaría la contabilidad financiera nacional) se hizo posible gracias a la exuberancia energética provista por los combustibles fósiles: la abstracción de las ecuaciones económicas se basaba así en una ilusoria proyección que daba por sentado el carácter inagotable de su base material hidrocarbúrica.

La alianza entre democracia, crecimiento y fosilismo (aunque inmediatamente habría que aclarar que esta es una interpretación válida para el Norte geopolítico; en el caso de los países del Sur, las políticas desarrollistas con frecuencia fueron impulsadas por gobiernos de signo autoritario) fue la sintaxis que proporcionó estabilidad social en un con-

1/ Más allá del guiño cinematográfico, en la actualidad proliferan en el campo de la dinámica de sistemas las comparaciones con la cantidad de calor liberada por la detonación de la bomba de Hiroshima. Así, existen estimaciones que sitúan en cinco bombas por segundo la cantidad agregada diariamente a los océanos, un fenómeno relacionado con el cambio climático ([https://www.sinpermiso.info/textos/las-de-](https://www.sinpermiso.info/textos/las-declaraciones-de-un-arbitro-del-panel-inter-gubernamental-sobre-cambio-climatico)

[claraciones-de-un-arbitro-del-panel-inter-gubernamental-sobre-cambio-climatico](https://www.sinpermiso.info/textos/las-declaraciones-de-un-arbitro-del-panel-inter-gubernamental-sobre-cambio-climatico)). Por otra parte, lo dicho sobre las emisiones y su repercusión sobre el calentamiento global es extensible a muchas otras variables, que muestran hacia 1950 una variación en forma de palo de hockey (este hilo de twitter de Extinction Rebellion es bastante ilustrativo: https://twitter.com/xr_cambridge/status/1330799011578699777).

3. PLURAL

texto de guerra larvada, profundizando la desconexión moderna entre ecología y economía. Sin embargo, ese espejismo tendería a disolverse a partir de los años setenta con los diagnósticos sobre la extralimitación ecológica, que subrayaban la incompatibilidad entre la infinitud de los planteamientos de la economía (neo)clásica, donde los bienes naturales aparecen como eternamente sustituibles, y la finitud de los recursos energéticos del planeta. En lo relativo a las fuentes primarias, estos últimos habrían alcanzado a día de hoy lo que en dinámica de sistemas se conoce como el pico del petróleo, esto es, el cénit en sus retornos energéticos netos (la relación entre la energía invertida y la obtenida en una determinada explotación), a lo que habría que sumar la proximidad de los picos del gas natural y del carbón. Es probable que, por ese motivo, las tensiones de nuestra época se polaricen entre las fuerzas derechistas que imaginan un crecimiento fósil sin democracia, y las alternativas anticapitalistas que apuestan por desconectar la democracia del par crecimiento-fosilismo (con una clara ventaja, por el momento, para las primeras).

En todo caso, la repercusión del giro petrodependiente en la historia de la modernidad fósil no solo afectó al campo económico. Sus consecuencias también se dejaron sentir en el ámbito de la cultura (entendiendo aquí cultura en sentido amplio, como modo de vida). La extensión del *american way of life* (AWL), orbitante en torno a la célula de la familia nuclear (blanca, burguesa y heteropatriarcal), es indisociable de lo que he denominado el *devenir infraestructural* del mundo; de la construcción de toda una serie de infraestructuras, instalaciones y equipamientos cuya dependencia respecto a los combustibles fósiles es incuestionable. El devenir industria de la cultura, con el que se asocia la *popularización* del AWL, fue tematizado ya por Theodor W. Adorno y Max Horkheimer en su *Dialéctica de la Ilustración* en 1948 (2001). Esta extensión del *Business as usual* a la cultura se territorializó a través de una red de comunicaciones (con un plan de carreteras y autopistas tan ambicioso como el National System of Interstate and Defense Highways) que aceleraba el tránsito de mercancías y trabajadores, al tiempo que inscribía en la trama urbana los *malls* o centros comerciales (constituidos en una suerte de nueva esfera pública), las suburbanizaciones residenciales para la clase media (hacia las que se dirige en su cadillac el publicista Don Draper en la serie *Mad Men*), la generalización del abastecimiento alimenticio a través de los supermercados y las grandes superficies (que contribuyeron en países como Reino Unido a acabar con la agricultura nacional y a instalar un modelo importador dependiente de los combustibles fósiles –Steel, 2020–), o instituciones culturales que, desde los centros educativos a los museos de arte, pasando por los autocines, garantizaban la permeación cultural del Estado del bienestar. El vehículo a motor (junto a los primeros desarrollos de la aviación y del turismo de masas) se erigió así en símbolo de la modernidad fósil y de una cultura individualista que en segunda instancia (a través del retorno mediante la fiscalidad progresiva de los

beneficios privados sobre las políticas públicas y del alza del consumo derivado de la repercusión de los incrementos de la productividad sobre los salarios) fortalecía los vínculos sociales.

Aunque sin duda esta descripción de la mutación fósil de la vida de posguerra no hace justicia a las formas contraculturales, las resistencias políticas y las comunidades de vida alternativas que surgieron durante la segunda mitad del siglo XX, no podemos desmerecer sus efectos subjetivos y estructurales a un nivel de política de masas y de articulación espacial de los Estados capitalistas. Lo que representan los Treinta Gloriosos como segundo momento del Antropoceno es una bifurcación decisiva. Si la primera modernidad industrial se vio acompañada de relatos que apuntaban el vínculo directo entre el recurso a los combustibles fósiles y el esplendor de las artes y la cultura contemporáneas (Jevons, 2000), la petrodependencia de posguerra incentivó una desconexión geográfica y cognitiva entre ambas dimensiones que se prolonga hasta nuestros días, con efectos perniciosos.

El periodo neoliberal, con su política de deslocalización industrial (la conversión de China y la India en las fábricas del mundo) y su revolución digital (en la que la superficie lisa de los dispositivos informáticos tiende a ocultar su dependencia de las políticas extractivistas), solo ha incrementado esa tendencia. El neoliberalismo es ese momento de la historia del capitalismo fósil en que la invocación constante de la energía creativa (las industrias creativas han sucedido a las industrias culturales de posguerra) parece el único antídoto viable a las consecuencias de la extralimitación ecológica. Los discursos ecomodernistas, que fían la solución de los problemas ecosociales a la tecnología (desde los coches eléctricos a la geoingeniería más delirante) son un producto de esos imaginarios. Pero algo similar podría decirse de la disonancia cognitiva que solapa en plena pandemia el entusiasmo por la digitalización de la economía (¿alguien se ha parado a pensar en la huella ecológica de los centros de datos?) con el lamento por la externalización sobre los ecosistemas de las consecuencias nocivas del desarrollo tecnológico (por ejemplo, a propósito de los desechos informáticos).

A lo cual habría que sumar los efectos subjetivos de la revolución digital. Lo que algunos autores (Berardi, 2017) han identificado como la digitalización de las relaciones sociales (una dinámica fortalecida por la actual pandemia), con su desmaterialización de la percepción (esa pérdida de conciencia de nuestro cuerpo que experimentamos cuando navegamos por las redes o manejamos nuestros dispositivos móviles), coincide en el tiempo con la profundización de los diagnósticos ecologistas sobre el deterioro del planeta. Reducir el abismo entre, por un lado, la conciencia materialista sobre las consecuencias de fenómenos como el calentamiento global, el pico de los combustibles fósiles o la pérdida creciente de biodiversidad y, por otro, la abstracción estética provocada por la digitalización de la sensibilidad es uno de los principales retos políticos de nuestro tiempo.

3. PLURAL

Petrodependencia y cultura crítica

Sin embargo, quizás la principal aportación del libro de Charbonnier es la sugerencia que desliza en torno a las repercusiones que la alianza entre crecimiento y democracia de las políticas desarrollistas tuvo sobre el pensamiento crítico. La paradoja de la época posterior al “traumatismo político y moral de 1945” consistió en que mientras “en las regiones de la primera industrialización la reconstrucción material y política dio lugar a un fenómeno de aceleración sin precedente del esfuerzo extractivo y productivo, los saberes sociales y críticos elaborados durante ese período testimonian lo que se podría denominar como un eclipse de la conciencia material” (2020: 289; la traducción es mía). Charbonnier identifica esa tendencia en la obra de Herbert Marcuse, donde la reificación capitalista de la subjetividad se habría visto contrarrestada por una liberación del deseo que, en la antesala del 68, no ponía en cuestión el paradigma de la abundancia material. Pese a que el filósofo francés señala el modo en que el umbral entre los sesenta y los setenta compensó esa inercia con la reintroducción del paradigma de la escasez y la conciencia sobre los límites entrópicos al desarrollo industrial (a través de la bioeconomía de Nicholas Georgescu-Roegen o del informe al Club de Roma sobre los límites del crecimiento; pero también —añado yo— gracias a las aportaciones en el campo de la teoría crítica y la práctica artística de referentes como Ivan Illich o Robert Smithson), pienso que esa disyunción de posguerra sigue marcando a fuego buena parte de las cosmovisiones de la crítica cultural actual, para la cual las cuestiones relativas a la energía o la crisis ecológica siguen alojadas en las profundidades oceánicas del inconsciente histórico ^{2/}.

En definitiva: no solo la economía clásica y neoclásica han dado la espalda a los límites del crecimiento. Productos de la modernidad industrial como la partición del territorio entre campo y ciudad han promovido imaginarios que desconectan a la crítica cultural de los ecosistemas naturales. En este sentido, los Treinta Gloriosos representan un segundo hito de la mutación espacio-temporal de la subjetividad generada por la primera industrialización. Sin embargo, cuestionar la ausencia de un materialismo ecológico en la teoría política y cultural inspirada por el giro lingüístico o por ciertas versiones de las filosofías del deseo (que han exaltado la liberación de los cuerpos sin tener en cuenta cómo los deseos orbitan en torno a cosmovisiones siconaturales que hemos de decons-

^{2/} Creo que eso es lo que explica que, cuando Germán Cano demandaba hace poco (con razón) la necesidad de recuperar políticas intervencionistas en un sentido fuerte (retomando lo que habría sido el rol de los Estados de la posguerra), pasara por alto que la cuestión de los límites dista mucho de ser, como él afirma, una filosofía *new age*. Por el contrario, se trata de una posición que desde la ecología social y política trata de hacerse cargo de los diagnósticos de la

ciencia centrada en los sistemas terrestres, cuyo grado de complejidad es, por cierto, bastante mayor que el de buena parte de los paradigmas que circulan en las ciencias sociales y humanas. Otra cosa son las dificultades y torpezas de esos planteamientos para imaginar un sujeto político que lleve a cabo las transformaciones necesarias. Germán Cano, “Prometeo ante la pandemia”, en: <https://elpais.com/opinion/2020-11-14/prometeo-ante-la-pandemia.html>

truir), podría hacernos caer en un naturalismo indolente que apele a un retorno ingenuo a la naturaleza, obviando el hecho de que los procesos de constitución de lo social (la idea que compartimos de *sociedad* –y su consistencia material– no deja de ser consecuencia de la modernidad fósil) han alcanzado tal grado de complejidad, incluso (o particularmente) en lo que tienen de autonomización ficticia respecto a los ecosistemas naturales, que ningún atajo epistemológico o político puede pretender obviarlo. De manera sintética, formularía así esta contradicción de época: la necesidad de simplificar nuestros subsistemas sociales en términos metabólicos para aminorar el daño sobre los ecosistemas no puede consistir en una apelación a su reinserción orgánica en el conjunto de la *physis* que pase por alto su complejidad intrínseca en términos culturales. Cuando uno quiere deshacer un nudo intrincado, tiene que conocer muy bien cómo se ha elaborado. Y aceptar que tal vez nunca lo termine de desatar.

Lo que no rastrea Charbonnier es que esa bifurcación entre materialismo ecológico y teoría crítica en el período de la posguerra contrasta con otro episodio intelectual del momento, en mi opinión mucho más relevante para el presente. Pienso en la génesis británica del materialismo cultural en torno a figuras como Raymond Williams o E.P. Thompson. La crítica que ambos plantearon de la ortodoxia marxista, que defendía una relación mecanicista entre la base y la superestructura de las sociedades, no trataba de negar el materialismo, sino de extenderlo a otras esferas, subrayando la autonomía relativa que campos como lo cultural o lo moral poseen respecto a la economía y conciliando esa operación intelectual con una sensibilidad naturalista de resonancias románticas (Foster, 2000; Löwy y Sayre, 2015).

Los escritos de Williams se suelen relacionar con la génesis de los estudios culturales. El elemento trágico aquí reside en que estos surgieron con la pretensión de reconstruir la genealogía de las culturas obreras en la larga duración de la modernidad industrial, justo en el momento en que la perdurabilidad de estas se veía amenazada por la síntesis entre reconversión petromoderna de los flujos energéticos y avance de la industria cultural que he descrito anteriormente. La cultura obrera comenzaba a verse cernida por la nueva fase de la modernidad fósil que la había alumbrado. Quizás eso ayude a explicar que la obra de Williams oscilara entre la afirmación fósil de la cultura proletaria de sus textos de los años cincuenta y la interpelación radical a reconstruir en clave ecológica las formas de organización política (en particular, los sindicatos, a los que consideraba una de las principales aportaciones culturales de la clase obrera a la historia de la modernidad industrial) que aparece en el último de sus libros, *Hacia el año 2000* (1983).

Lo fascinante de un ensayo como “La cultura es ordinaria” (1958) es la tensión que encontramos en él entre una cierta melancolía romántica por las formas de la cultura agraria precapitalista, que sintonizaba con la sensibilidad de Frank Raymond Leavis (de quien Williams fue alumno en Cambridge), y la exaltación energética de la cultura industrial, que había mejorado el nivel y la calidad de vida del proletariado británico. No

3. PLURAL

en vano el intelectual galés era descendiente de trabajadores del campo y de ferroviarios:

“(...) en casa nos alegrábamos de que se hubiera producido la Revolución industrial y de sus consiguientes cambios sociales y políticos (...) había un don primordial, un don que aceptaríamos a cualquier precio: el don de la energía, que lo es todo para los hombres que han trabajado con sus propias manos. La máquina de vapor, el motor de gasolina, la electricidad..., estos y muchos otros productos en forma de mercancías y servicios llegaron a nosotros con todas sus consecuencias muy lentamente, pero los adoptamos con toda la rapidez que pudimos (...)” (Williams, 2008: 48-49).

Lo que entonces Williams no percibía —en verdad, no podía percibir— eran las consecuencias ecológicas del pacto socioenergético de la primera industrialización (en el sentido de la relación planteada por Mitchell entre el recurso al carbón y el desarrollo de la democracia parlamentaria y las políticas del bienestar), así como el modo en que la deslocalización implicada por el imperialismo petrodependiente de la Gran Aceleración estaba laminando por abajo dicho pacto.

Por contraste, Williams escribe *Hacia el año 2000* bajo el impacto sufrido por la lectura del informe al Club de Roma sobre los límites del crecimiento, lo que le lleva a reevaluar de modo explícito las conclusiones alcanzadas en proyectos anteriores como su libro *La larga revolución* (1961), en el que había analizado la gestación histórica de las culturas proletarias en Gran Bretaña. Ante la resaca de las luchas mineras y el ascenso del neoliberalismo thatcheriano (al que aludía crípticamente como el Plan X), Williams interpelaba a las organizaciones sociales, sindicales y políticas con el objetivo de promover un reformateo de sus idearios y modos de acción que las permitiera hacerse cargo de las transformaciones sufridas por la sociedad británica. Se trataba de asumir la tarea de generar una interpelación hegemónica (esto es, potencialmente mayoritaria en términos sociales) que no renunciara a integrar la crudeza de los diagnósticos ecologistas. Una tarea pendiente desde entonces para el ecosocialismo y que adquiere en la actualidad una urgencia indudable.

Sin embargo, las líneas de ruptura en el pensamiento de Williams se solapaban con las de continuidad. Williams retomaba en ese contexto la idea de la cultura como algo ordinario y común, inscrita en el continuo de la existencia, que había desarrollado desde sus escritos tempranos y que discutía con el elitismo de ciertas formas de la cultura modernista. En una poética de articulación entre materialismo y moral, cultura cotidiana y utopía sistemática, que se remontaba al menos a William Morris, una de las principales apuestas del ensayo consistía en combatir la comprensión reduccionista del concepto de *modo de producción*, expandiéndolo hacia la imaginación de toda una *forma de vida* que impulsara nuevos modos de

percepción e intervención en la realidad. Para el sociólogo galés, la nueva política debía contemplar “un sentido más amplio de las necesidades humanas y un sentido más respetuoso del mundo físico”, que en última instancia cuestionara, como demandaba la economía ecológica, el concepto mismo de producción ^{3/}. Williams parecía consciente de la urgencia de trascender

Williams parecía consciente de la urgencia de trascender el marco político y cultural del keynesianismo

el marco político y cultural del keynesianismo (aunque había elogiado previamente su reconocimiento del valor social de la clase trabajadora), no solo en dirección a una superación paulatina de las relaciones de producción capitalistas que redefiniera –sin despreciar– el sentido de las políticas

distributivas, reguladoras, nacionalizadoras y de protección social de la posguerra, sino hacia un descentramiento de lo productivo en beneficio de la vida (en cuyo corazón había situado el concepto de cultura), cuya importancia para las luchas ecosociales del presente no puede ser mayor.

Jaime Vindel es profesor de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid

Referencias

- Angus, Ian (2016) *Facing the Anthropocene. Fossil Capitalism and the Crisis of the Earth System*. Nueva York: Monthly Review.
- Berardi “Bifo”, Franco (2017) *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación colectiva*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Charbonnier, Pierre (2020) *Abondance et liberté. Une histoire environnementale des idées politiques*. París: La Découverte.
- Foster, John Bellamy (2000) *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Fraser, Nancy (2020) *Los talleres del capital. Un mapa para la izquierda*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Horkheimer, Max y Adorno, Theodor W. (2001) *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta.
- Jevons, Williams Stanley (2000) *El problema del carbón. Una investigación sobre el progreso de la nación y el probable agotamiento de nuestras minas de carbón*. Madrid: Pirámide.

^{3/} He analizado con más detalle la importancia de este último libro de Williams en dos artículos: “(Apenas) un recuerdo de sol: acerca de la relación entre materialismo, cultura y ecología”, en: Jaime Vindel (ed.), *Visualidades críticas y ecologías*

culturales. Madrid: Brumaria, 2018, pp. 321-354, y “Raymond Williams: pasado y presente del materialismo cultural”, en: *Ecología política*, n° 57, “Artes”, julio de 2019, disponible en: <https://www.ecologiapolitica.info/?p=11743>

3. PLURAL

- Löwy, Michael y Sayre, Robert (2015) "Romanticism in the English Social Sciences: E. P. Thompson and Raymond Williams", en: <https://marxis-mocritico.com/2015/05/11/romanticism-in-the-english-social-sciences-e-p-thompson-raymond-williams-michael-lowy-robert-sayre/>.
- Malm, Andreas (2020) *Capital fósil. El auge del vapor y las raíces del capitalismo global*. Madrid: Capitán Swing.
- Mitchell, Timothy (2011) *Carbon Democracy: Political Power in the Age of Oil*. Londres: Verso.
- Pobodnik, Bruce (2006) *Global Energy Shifts: Fostering Sustainability in a Turbulent Age*. Filadelfia: Temple University Press, 2006, citado en *ibid.*, p. 149.
- Steel, Carolyn (2020) *Ciudades hambrientas. Cómo el alimento moldea nuestras vidas*. Madrid: Capitán Swing.
- Thompson, E.P. (1987) *Nuestras libertades y nuestras vidas*. Barcelona: Crítica.
- Vindel, Jaime (2020) *Estética fósil. Imaginarios de la energía y crisis ecosocial*. Barcelona: Arcadia.
- Williams, Raymond (2001) *Historia y cultura común. Antología*. Madrid: La Catarata, pp. 48-49.



2. CULTURA Y CAPITALISMO TARDÍO

Feminismo Nac & Pop: claves para una transformación de la matriz cultural*

Luciana Cadahia y Paula Biglieri

- En nuestra actualidad experimentamos grandes dificultades para volver a entusiasmar con imágenes de un mundo que todavía no existe. Nuestras referencias a las emancipaciones por venir están completamente atravesadas por
- *Este texto es un resumen modificado del capítulo número 7 de nuestro libro conjunto *Seven Essays on Populism: For a Renewed Theoretical Perspective* (Polity, Reino Unido, 2021).

nuestro pasado. Más precisamente, por aquellos imaginarios que han configurado la idea de lo que hoy somos. Pero muchas veces nos olvidamos de problematizar qué tipo de relación deseamos establecer con ese pasado que prometía la emancipación y que delimita las formas políticas y culturales de nuestra sensibilidad contemporánea. Tendemos a reproducir una relación demasiado espontaneísta que va una y otra vez del entusiasmo al fracaso, oscilando viciadamente entre la reivindicación nostálgica de imágenes gastadas y el desencanto repentino ante la imposibilidad de volver a vivir en ellas. Aún más, pareciera que esta circularidad espontaneísta terminara siendo cómplice con el *ethos* neoliberal, como si labrara nuestra inteligencia sensible hasta dejarla atrapada en un puro inmovilismo que clausura cualquier idea de futuro. ¿Acaso no es la ausencia de futuro la gran imagen espontaneísta y, paradójicamente, duradera de nuestro presente?

Pero además de esta ausencia de inteligencia sensible, descubrimos incluso con perplejidad que los actuales poderes reaccionarios han sabido reciclar esas mismas imágenes emancipadoras, convirtiéndolas en pastiches afectivos y movilizando a los sectores populares hacia fines reaccionarios y contrarios a sí mismos. Todo esto nos lleva a preguntarnos si desde la tradición de pensamiento crítico nos habremos olvidado cómo imaginar el futuro o si estamos asistiendo a una transformación aún por descifrar en nuestra relación con el pasado, las imágenes y nuestra sensibilidad. Con estas inquietudes no procuramos otra cosa que pensar algún indicio que, forjándose a contracorriente de cierto *ethos ortodoxo* de la izquierda, nos ayude a vincularnos de otra manera con nuestros futuros clausurados.

En esa dirección, nos parece que tanto la figura de lo femenino (problematizada, reapropiada y/o cuestionada por las luchas feministas) como la figura de lo popular (construida desde del populismo) nos pueden dar las pistas para imaginar lo que todavía no tiene lugar. Así, nos hacemos eco de la recomendación de Nancy Fraser en el prefacio al *Feminismo del 99%* (2018), cuando nos advierte que:

“El feminismo es solo un movimiento social, que necesita coordinar sus reclamos y propuestas con el resto de movimientos, los cuales deberían ir también en la dirección del 99%. No debemos considerar al movimiento feminista, forzosamente, como la posición privilegiada para la acción política, ni como el nuevo sujeto histórico de emancipación. El feminismo es esencial, pero tiene que ser parte de algo mayor, de un proyecto político aún más amplio” (Fraser, 2018: XII).

Sin embargo, pareciera que cuando intentamos pensar el feminismo junto al campo popular o las tradiciones populistas emancipadoras, algo cortocircuita, puesto que resulta difícil imaginarlos juntos como parte de una misma

3. PLURAL

lucha política, creando una escisión que debilita la fuerza que organiza a cada una (Cadahia, 2019). Si nos preguntamos por los desencuentros entre el feminismo y el campo popular (o populismo), entonces nos parece que para el caso del feminismo el rechazo viene experimentado por parte de ciertas tradiciones feministas tanto latinoamericanas (autonomistas, comunitarias y/o spinozistas) como europeas (propias de las teorías de la diferencia) que expulsan el antagonismo (y, por tanto, la negatividad) al momento de configurar su propia apuesta política. Dicho de otra manera: consideran que una verdadera organización feminista sería aquella capaz de erradicar la lógica conflictiva (*pólemos*) propia del *ethos* masculino —y por ende populista— y, en su lugar, configurar una lógica afirmativa y conciliadora. En el caso del campo popular, en cambio, el problema estaría en ciertas dificultades para pensar la feminización de lo popular y el papel que le cabría a la categoría política de los cuidados en la construcción del pueblo. Es decir, se trata de las dificultades que muchas veces experimenta el campo popular cuando convierte las demandas feministas en un problema de segundo orden. O dicho en los términos del problema de los cuidados: cuando se le da prioridad a las contradicciones entre la producción social del valor (trabajo) y el capital, y se omiten los tipos de opresiones que genera la contradicción entre la reproducción social de la vida (cuidados) y el capital.

¿Pero qué sucede si, en vez de ampliar la brecha entre el feminismo y el campo popular, cuestionamos este desencuentro y empezamos a explorar un vínculo entre ambos? Nos parece que esta posibilidad la podemos encontrar en los debates actuales sobre la importancia de *feminizar la política y la cultura* y, en ese sentido, no solo sería oportuno preguntarnos por este nuevo lugar de enunciación, sino también indagar hacia dónde nos conduce, es decir, qué tipo de desciframiento supone para las propuestas teóricas que buscan unir feminismo y populismo.

Desde esta perspectiva, en *Problemas teóricos, problemas políticos*, Paula Biglieri y Gloria Perelló (2019) se preguntan qué le sucede al pensamiento cuando asumimos, por un lado, que el patriarcado es una de las formas culturales de dominación más antiguas y, por otro, que es justamente esa forma cultural, entendida como un orden socio-histórico, la que “informa a aquellas categorías con las cuales pensamos lo ontológico”. Este cuestionamiento planteado en el texto les ayuda a elaborar la idea de que las categorías teóricas, al ser producidas en un determinado contexto socio-histórico, no pueden escapar de él. En palabras de las autoras: “Estas categorías están *contaminadas* de contenidos ónticos porque solo así pueden ser inscriptas en el discurso dominante de la época” (Biglieri y Perelló, 2019). Pero dan un paso más y se preguntan ¿en qué medida las categorías ontológicas y las formas culturales no están ya contaminadas de patriarcado? Y, por tanto, ¿cómo “repensar las formulaciones teóricas en un universo simbólico que incorpore los nuevos modos de organización social resultantes de las conquistas de derechos igualitarios de los últimos años” (Biglieri y Perelló, 2019)?

Siguiendo este hilo de ideas, las autoras sugieren que el feminismo cumpliría una doble operación: desde el punto de vista óntico sería la fuerza materialmente existente que nos permite cortocircuitar desde dentro las prácticas homogeneizadoras del amo en la figura encarnada del hombre blanco heterosexual y dominador. Pero, desde el punto de vista ontológico, es una figura catacrética empleada para pensar cuando los nombres *fallan* en su intento de nombrar lo que todavía no ha tenido lugar (y desde la asunción misma de esta *falla* constitutiva). El feminismo, por tanto, opera como una falla desde ambos puntos de vista a la vez. En el plano de lo práctico configura una falla cultural y política al interior del *ethos* dominante y, en el plano ontológico, por su parte, apunta a lo que todavía no se puede nombrar pero sí imaginar: una humanidad feminista. Ahora bien, en vez de entrar de manera directa en los terrenos resbaladizos de la ontología sin más, nos parece más sugerente preguntarnos de qué manera la ontología y, por ende, las formas culturales que organizan el sentido de nuestra época, están siendo afectadas, dislocadas, transformadas y reconfiguradas por el feminismo.

***NiUnaMenos* rápidamente se expandió por los diferentes países latinoamericanos y por otros continentes del mundo**

Para ello nos gustaría centrarnos en el movimiento *NiUnaMenos*. Cabe recordar que el significante *NiUnaMenos* es una expresión que comenzó a gestarse en las calles para exigir el fin de las muertes de mujeres por violencia de género. Luego se amplió hacia una defensa global de la despenalización de la interrupción voluntaria del embarazo hasta convertirse en una crítica al modelo de vida neoliberal.

Una de las consignas más conocidas ha sido “Anticonceptivos para no abortar. Aborto legal para no morir”. En principio, podríamos pensar que se trata de una demanda específica que atañe a un grupo particular: las mujeres. De manera que algunos teóricos del pensamiento crítico y emancipador la consideran una exigencia secundaria en comparación con el resto de demandas que se inscriben dentro del campo popular. Más aún, no encuentran ningún reparo en sostener que se trataría de un conjunto de demandas prepolíticas, como si la regulación de la vida humana no fuera una de las cuestiones políticas por antonomasia. No obstante: ¿qué sucede si, más que limitarnos a combatir estos prejuicios, asumimos que esta demanda atañe a la configuración misma de las fuerzas progresistas del campo popular y experimenta, a su vez, la fuerza para articular y sobredeterminar las otras demandas que puedan surgir de allí?

Lo primero que cabe señalar es que de todas las expresiones de luchas materialmente existentes en las calles, la de *NiUnaMenos* es la que mayor capacidad ha tenido para cruzar las fronteras nacionales. Si bien nació

3. PLURAL

como un movimiento popular en Argentina, rápidamente se expandió por los diferentes países latinoamericanos y por otros continentes del mundo. Es decir, se convirtió en un significativo internacionalista con la fuerza para convocar masivamente diferentes tipos de manifestaciones populares. Incluso, junto a otros movimientos feministas, puso en entredicho la celebración despolitizada que el *status quo* venía haciendo durante las últimas décadas del 8 de marzo como *día internacional de la mujer*, la cual parecía haber quedado reducido a la celebración vacía del lugar de la mujer en la sociedad. Contrario a ese proceso despolitizador, se logró reconectar con su mismo pasado de huelgas, a través del cual las mujeres protestaban colectivamente contra las formas de opresión del capitalismo y, a su vez, mostraban su rol desigual en la sociedad con

No se trata de establecer una falsa disyuntiva que nos obligue a elegir entre el feminismo y el campo popular

respecto a los hombres. Todo lo cual nos devuelve hoy una imagen global, masiva e histórica de resistencias y luchas vivas contra el patriarcado.

Dicho en términos populistas, la huelga del 8M se expresa como capacidad de organizar una imagen o configuración antagónica de la sociedad entre los que buscan mantener esta forma de opresión

y las que buscamos interrumpirla. Pero, más aún, nos permite entender que los femicidios, las políticas de austeridad contra las mujeres y el rechazo a la legalización del aborto, no son un simple ataque caprichoso contra un colectivo particular, sino el límite mismo del patriarcado en tanto relación social dominante. Es, en resumidas cuentas, un tipo específico de relación social donde las denominadas mujeres y los denominados hombres ocupamos una posición desigual. Y esa desigualdad se reitera en el campo popular y en sus formas de organización al momento de disputarle el terreno a los de arriba. De ahí que los sindicatos y los movimientos sociales y políticos plebeyos hayan sido espacios predominantemente masculinos, a pesar de que las formas de explotación hayan sido compartidas por esta *estratégica* división de géneros. Esto no significa desechar sin más estas históricas formas de luchas lideradas por figuras masculinas, sino admitir que esta desigualdad *de género* permeó la estructuración del mismo campo popular. Y, sobre todo, significa admitir también que ha sido desde ese mismo campo que se hizo imaginable la actual fuerza socio-histórica del feminismo. De manera que la fuerza de interpelación que está teniendo ahora mismo el feminismo es ya una reestructuración del registro simbólico y cultural del campo popular y, por tanto, una reconfiguración de los modos de producir la división antagónica de lo social entre las élites y el pueblo. Incluso, a pesar de las estrategias fallidas de cierta élite por apropiarse del discurso feminista y reducirlo

a una disputa competitiva por puestos de trabajo y redistribución del poder en el mercado laboral.

Nos parece, por tanto, que no se trata de establecer una falsa disyuntiva que nos obligue a elegir entre el feminismo y el campo popular sino, más bien, liberar a este campo de los resabios patriarcales y restituirlo a una lucha común capaz de articularse como movimiento colectivo. El significativo campo popular ha sido muy poderoso para articular las diferentes luchas contra la opresión, a la vez que conserva un acumulado histórico del cual el feminismo se nutre. Junto a la opresión de género existe la opresión de raza y de clase. ¿Por qué, entonces, resultaría más estratégico producir una escisión entre todas estas luchas contra la opresión? ¿No es demasiado grande el poder de la oligarquía mundial como para darnos el lujo de establecer grietas al interior del campo popular? Por eso, así como las luchas clásicas del campo popular no deben desdeñar la lucha feminista, de la misma manera, el deseo de dinamitar las lógicas patriarcales no debe llevarnos a destruir los lazos de solidaridad entre las luchas de raza, de clase y de género que mujeres y hombres construyen día a día. Quizá ahí, en la articulación de todos estos legados, emerja una nueva oportunidad para reactivar nuestras sedimentaciones históricas irresueltas.

Luciana Cadahua es profesora asociada en el Instituto de Estética de la Universidad Católica de Chile.

Paula Biglieri es profesora titular en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de la Plata

Referencias

- Biglieri, Paula y Perelló, Gloria (2019) “Problemas teóricos, problemas políticos” (inédito), ponencia para la Conferencia *Derivas de una izquierda lacaniana. En torno a los textos de Jorge Alemán*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, abril.
- Biglieri, Paula y Cadahia, Luciana (2021) *Seven Essays on Populism: For a Renewed Theoretical Perspective*. Londres: Polity.
- Cadahia, Luciana (2019) *El círculo mágico del Estado: populismo, feminismo y antagonismo*, Madrid: Lengua de Trapo.
- Fraser, Nancy (2018) “Prólogo” en *Feminismo del 99%*, Madrid: Lengua de Trapo.



3. CULTURA Y CAPITALISMO TARDÍO

Días de pandemia, trabajos en remoto

María Ruido

■ Este texto es una actualización del capítulo titulado “Los trabajos y los días” (2012), dentro del catálogo *Zonas de recursos/El arte en acción*, publicado por la Sala Parpalló y cuya editora fue Paula Valero, quien me pidió en ese momento que escribiera sobre las condiciones de los trabajos culturales y artísticos a raíz de un texto que yo misma había redactado en 2004, titulado “Mamá, quiero ser artista”, para un libro editado por el colectivo Precarias a la Deriva, donde hacía referencia a las relaciones entre el poder de la representación y las frágiles condiciones laborales que dominaban en el sector de la producción de las imágenes. Hoy, y a la luz de una pandemia mundial, me piden desde **viento sur** que revise esta cadena de textos y ponga al día estas reflexiones entre condiciones laborales y trabajo cognitivo. Esta revisión intentará dibujar fisuras de cambio en momentos aún más sombríos que los que se cernían sobre nosotras en 2004 o 2012, cuando la precariedad pasaba a ser un sustantivo que definía nuestras vidas y se tornaba una forma de gobernanza.

En su colección de proverbios y fábulas *Los trabajos y los días*, el poeta Hesíodo relata, en clave mitológica, las peripecias, labores y devenires de los seres humanos en lo que el autor denomina “las cinco edades del hombre”. El poema comienza con la peor de esas edades, la que él denomina la “Edad de Hierro”, plagada de abrumadores trabajos y condiciones miserables, y que bien podría hacer referencia a nuestra propia contemporaneidad y dibujar anticipadamente la desazón de las cíclicas y devastadoras crisis del sistema capitalista que nos afectan. Y es que el bucle temporal de calamidades precapitalistas de las que habla el bardo griego se parece enormemente a esta edad oscura donde las condiciones laborales amenazan con empeorar sin límite y las crisis económicas conocidas se han vuelto pequeñas al lado de la provocada por esta devastadora pandemia mundial que nos asola desde comienzos de 2019, debida –todo parece indicar– a una zoonosis propiciada por el cambio climático y el desplazamiento de animales salvajes a zonas habitadas por humanos, ya que estamos invadiendo sus espacios. Hoy, los días son de pandemia y

maskarilla, y el trabajo, en el mejor de los casos, en el espacio doméstico y en remoto.

Al releer los textos anteriores compruebo con malestar que las sombras que dibujaba en ellos no solo no se han disipado, sino que se han alargado: el clasismo, el sexismo, la homofobia o el etnocentrismo siguen conformando la institución artística y los trabajos culturales (ya sea en el ámbito institucional o en el supuestamente alternativo) con todo lo que ello significa cuando eres pobre, mujer, trans, racializadx... Y a este escenario habría que añadir la *uberización* del trabajo –que también alcanza a lxs trabajadorxs de la cultura y el arte–, hiperprecarizando aún más nuestro sector y desregularizándolo completamente, destruyendo incluso aquellos resquicios de los empleos mejor remunerados o con mejores fórmulas de contratación; *el teletrabajo* o *trabajo en remoto* prepandémico y pandémico, que nos obliga a pasar horas sin fin delante de nuestro instrumento laboral más extendido, el ordenador personal; la extensión de los *smartphones*, que nos convierten en seres localizables en todo tiempo y lugar; o la *informalización absoluta* que supone la petición de *gratuidad total* a cambio de nuestros servicios y tiempo de vida. Porque, en estos largos días de confinamiento o pseudoconfinamiento que estamos atravesando, e incluso antes de su comienzo en marzo de 2020, creo que todxs hemos recibido decenas de correos pidiéndonos contestar encuestas, escribir unas líneas, participar en mesas y seminarios o *colaborar* con iniciativas de todo tipo: ya que estás en casa, mujer, no te cuesta nada..., es solo un momento... Y no me refiero a iniciativas más o menos militantes, a prestar una película para un festival sin ánimo de lucro o a participar en espacios con los que compartimos horizontes políticos, sino a empresas, instituciones o espacios privados donde –como siempre– todo el mundo cobra, menos aquellxs que ponemos trabajo creativo: nunca la imaginación humana ha estado menos valorada.

Como muchos autores nos recuerdan, fue ya Karl Marx el que imaginó en *Fragmento sobre las máquinas*, publicado como aportación a los *Grundrisse* (1857-1858), que la tecnología nos liberaría de las tareas más pesadas y que podríamos dedicar nuestro tiempo vital a trabajos más creativos, aquellos a los que supuestamente nos dedicamos lxs que somos artistas, profesorxs, informadorxs, alimentadoras de la red o trabajadorxs culturales en general. Pero lejos de ser así, y como explica Franco Berardi *Bifo* (2019) entre otros autores, el *intelecto general* no ha sido puesto al servicio de los intereses colectivos, ni el arte, la tecnología o la ciencia han servido para el bien común, sino que han sido privatizados por el sistema capitalista, y nuestras horas de empleo asalariado –esa forma de esclavitud contemporánea– no se han visto mermadas desde hace un siglo, a pesar de que las nuevas tecnologías permitirían que nuestra productividad fuese la misma con la tercera parte de nuestra dedicación.

Y es que el tiempo de trabajo no se nos demanda en función de las necesidades reales de nuestras labores, sino como una forma de dominio

3. PLURAL

sobre nuestras vidas y como una forma de desarticularnos políticamente. Y en aquellxs que tenemos una mayor capacidad de diseñar nuestra dedicación, la estrategia ha sido la bajada radical de las remuneraciones, que no han hecho más que caer desde comienzos de este siglo, llegando a niveles de desprecio absoluto. La llegada de la robotización o de la inteligencia artificial aplicada a nuestros empleos y tareas amenaza nuestros empleos, incluso en aquellas labores más creativas, pero este proceso viene de largo, y tiene que ver con la alianza entre élites neoliberales, polos de desarrollo tecnológico y formas de Estado débiles y no autónomas de las multinacionales y de los macroprocesos de financiarización económica que han cooperado en la captura del capital cognitivo que nos es robado cada día:

“Las relaciones laborales basadas en condiciones de precariedad, es decir, el límite temporal y la movilidad espacial de la prestación laboral, son el paradigma básico en el que se da la relación entre capital y trabajo. La precariedad deviene así una condición estructural, existencial y generalizada. (...) Este proceso está en el origen de una de las paradojas del nuevo capitalismo: la contradicción entre el aumento de la importancia del trabajo cognitivo en cuanto a motor de la producción de riqueza y su devaluación simultánea en términos salariales o profesionales” (Fumagalli, 2020).

En este capitalismo biocognitivo, donde toda nuestra vida y nuestras emociones han pasado a ser rapiña de la rentabilidad y las plataformas con-

Este proceso tiene que ver con la alianza entre élites neoliberales, polos de desarrollo tecnológico y formas de Estado débiles

trolan nuestras vidas a través del *big data*, el trabajo del precario cognitivo mundial es imprescindible para su funcionamiento, pero nunca ha sido menos considerado y devaluado: ser artista, escritora, diseñadora, profesor, científica, periodista..., o incluso dedicarse a algunas de las antes llamadas *profesiones liberales* (médicas, jueces, arquitectas...), se ha convertido en una senda larguísima donde la remuneración es inexistente o tarda tanto en llegar

que en la práctica se han transformado —como tradicionalmente lo han sido— en carreras para una élite económica y social, ya que pocas personas pueden permitirse un colchón familiar que las mantenga mucho tiempo o complete sus ingresos durante toda su vida.

De esta forma, la información, los imaginarios, el lenguaje, el espacio público, el diseño, la justicia, la salud o la tecnología vuelven a las manos de las élites del poder en exclusiva, tras un cortísimo periodo histórico de

una cierta *apertura democrática* –que en el Estado español correspondería al periodo comprendido entre finales de los setenta y comienzos del siglo XXI–; nunca construir, pensar, investigar, escribir, diseñar, elaborar o difundir cultura habían estado más devaluados y menos considerados, a pesar, como dice Andrea Fumagalli, de que todo el sistema se sostenga sobre la economía cognitiva; nunca hemos estado en mayor peligro de perder la escasa fisura democrática que se produjo en la cultura y la educación, y las consecuencias de esto serán informaciones, películas, arte, libros, edificios o ciudades pensadas solo por y para una clase alta o media-alta que se pueda permitir esa dedicación: como siempre, como ha sido pensado y diseñado sempiternamente.

Parece, pues, que todo ha empeorado desde ese primer texto escrito al rayar el siglo: cobramos menos, trabajamos más, somos menos dueñas de nuestro trabajo y de su circulación y formas de uso, nuestra influencia parece diluida en el océano de la red... Pero junto a este brumoso panorama descrito, también es cierto que en 2011, a raíz de la crisis comenzada en 2008, ocupamos las calles y las plazas tras un largo tiempo en el que solo el espectáculo o las asociaciones autodenominadas provida (como si alguno o alguna de nosotras estuviese en contra de la vida...) tomaban el espacio público, que hemos reinventado la experiencia militante anquilosada en la mística del 68 a pesar de la aparente derrota del 15-M o de las primaveras árabes –que parecen estar de nuevo floreciendo en pleno invierno pandémico–. Además, estamos asistiendo al colapso del sistema salarial y esto pondrá definitivamente encima de la mesa el debate sobre una renta básica universal que será imprescindible en muy poco tiempo, que ya es imprescindible, y que nos hemos rebelado con contundencia contra el control de la red (uno de nuestros instrumentos básicos de acción) y contra la privatización del pensamiento colectivo, cuestionando la hegemonía mediática: la nuestra no es la lucha (solo) por el trabajo, la nuestra es una demanda llena de razón por el acceso libre, público y gratuito a la inteligencia compartida, a los bienes y servicios comunes. La nuestra debe ser una lucha por que todxs podamos participar en los trabajos culturales y por devolver el intelecto general a la colectividad y por dismantelar el poder de las plataformas neofeudales. Como escribe Bifo (20019: 171-172):

“Parto del siguiente supuesto: a pesar de la oscuridad del presente, a pesar de la guerra en ciernes y del enorme resentimiento en que estamos inmersos, a pesar de la impotencia de la voluntad política, aún existe una posibilidad en la construcción estructural del mundo actual. Es una posibilidad de emancipación, enriquecimiento y paz. Esta reside en la cooperación entre los trabajadores del conocimiento del mundo entero. El contenido de esta posibilidad es la liberación del tiempo humano de las limitaciones del trabajo y la sustitución total del tiempo del trabajo humano por tecnología. Esta liberación (...) traerá la

3. PLURAL

posibilidad de trasladar las energías sociales destinadas hoy al ámbito de la economía y la producción de bienes a los ámbitos del cuidado, el autocuidado y la educación. (...) La posibilidad está en el cerebro social, en la organización social del conocimiento y la cultura. (...) El problema es que las fuerzas de las tinieblas han decidido someter el pensamiento, la imaginación y el conocimiento a las reglas de la codicia y a las reglas de la guerra. (...) Los trabajadores cognitivos del mundo habrán de encontrar la energía y la creatividad necesarias para revivir el viejo sueño de igualdad, autonomía social y felicidad”.

¡Amén!, habría que decir. Pero también añadir a las palabras de Franco Berardi *Bifo*, el cognitariado mundial y en general todo el mundo que tenga derecho a voto, deberíamos elegir a gobiernos que redistribuyeran justamente la riqueza y nos proveyeran de una renta básica para libe-

Hemos construido una articulación política distinta, basada más en las *afinidades electivas* que en el empleo asalariado

rarnos así de los trabajos explotadores y de un exceso de tiempo dedicado al empleo simplemente para sobrevivir, pero dudo mucho que las actuales democracias representativas liberales —donde gobiernan intereses no electos— sean la forma de conseguirlo sin grandes cambios estructurales y reformas fiscales en profundidad.

Como ya vislumbraba cuando escribía algunos de los textos anteriormente citados, la crisis de la democracia representativa parece ir en paralelo

a la ausencia o distorsión de la representación de la nueva clase trabajadora, los sujetos precarios, o de una amplia franja de población que, en muchos casos, no tiene empleo remunerado o realiza labores en la llamada economía informal, discontinuas y coyunturales, con salarios cada vez más bajos y sin prestaciones básicas, una situación muy común entre lxs trabajadorxs culturales. ¿Qué poder de agenciamiento tenemos lxs generadorxs de imágenes y lxs usuarixs para producir-distribuir-consumir otros imaginarios dentro de la afasia impuesta por los medios de comunicación hegemónicos?

El nuevo proletariado cognitario, nosotras, y otros y otras muy diferentes a nosotras, no tenemos una ideología que responda a los criterios de la izquierda o de la derecha tradicional, no tenemos una alternativa, un afuera, pero hemos construido una articulación política distinta, basada más en las *afinidades electivas* que en el empleo asalariado que desarrollamos; más ligada a nuestras diferentes subjetividades transversales que a la tradicional articulación de clase. El trabajo, que se ha revelado como el nuevo catalizador de las subjetividades emergentes, nos dibuja como autoempresarios de nosotros mismos, emprendedores con estrategias de diferencia personal, yo-marcas, pero debería encontrar

nuestra desobediencia a su empeño y una nueva forma de articulación de clase que se defina por la incorporación de la interseccionalidad y de las propuestas de los feminismos, los ecologismos materialistas y las luchas decoloniales.

Desclasadxs desde un punto de vista de la izquierda tradicional, no estamos, sin embargo, al margen de una *otra lucha de clases*, de una *otra composición de clase*:

“El problema de la composición de clase en el capitalismo cognitivo reside en que aquella simplicidad que permite identificar la centralidad del precariado cognitivo impide, al mismo tiempo, recurrir a toda representación geométrica en torno a un presunto centro estable de la propia composición de clase. La misma seguridad que permite identificar al precariado cognitivo como característica de este sistema de producción, exige asumir, aún con mayor certeza, la inevitable fluidez, movilidad, transformación e intersección continua de cada figura social. La *composición técnica* de clase se presenta con esta extrema movilidad y características heterogéneas y descentralizadas. Al mismo tiempo, los elementos de subjetividad, centrales en la fuerza de trabajo cognitiva, definen al trabajo vivo de una manera crucial, de modo que no hay análisis de la composición técnica posible sin el continuo cruce de las líneas de género y de clase, ni puede tampoco alcanzarse sin los dispositivos de culturización y racialización. (...) En consecuencia, la relación entre la composición técnica y la composición política no puede ser asumida como se entendía en los años sesenta” (Colectivo UNINOMADE, 2011).

“Es más fácil imaginarse el final del mundo que el fin del capitalismo”, escribía Mark Fisher en su libro *Realismo capitalista* (2016), recuperando un viejo adagio de Fredric Jameson. Esta parece ser la tónica que nos rodea, este *nuevo fascismo liberal* que ha hecho sentir sus más duros golpes en los años de Trump en EE UU, o en el ascenso de partidos de corte conservador en lo social y neoliberal en lo económico que se imponen en toda Europa y parte de Latinoamérica. El ataque hacia las propuestas más arriesgadas y cuestionadoras por parte de los diferentes poderes institucionales nos acerca a un escenario donde las nuevas oligarquías neoconservadoras parecen dispuestas a asfixiar la cultura pública, la cultura como derecho social, y se proponen seguir apoyando a la cultura como recurso, como el recurso primordial con el que envolver toda mercancía; se proponen afianzar la empresarialización cultural que ya atisbaran con intuición los situacionistas.

Estoy asqueada de Richard Florida (2002) y sus predecesores, pero compruebo con estupor que yo misma, como casi todos mis amigos y amigas, seguimos sosteniendo una contradictoria lucha entre la necesidad de vivir de nuestro trabajo y la conciencia de frenar esta *comodificación* de nuestras

3. PLURAL

prácticas; seguimos sosteniendo un debate entre nuestra labor profesional y nuestra vida, paulatinamente puesta a producir. Aunque nos afectan muchísimo la crisis y el desempleo (o precisamente por ello), los trabajadores y trabajadoras del sector cultural, igual que los del resto de los sectores, hemos comprobado que –ya desde antes de la pandemia y agudizado por ella– ocupamos más horas que nunca en la producción (de nuestro trabajo, pero también de nuestras relaciones, de nuestros contactos...) porque nuestra producción ha sufrido una desvalorización continua que pone en una perspectiva aún más preocupante el panorama dibujado en los escritos anteriores. Conscientes de que elaborar imágenes es una actividad política enmarcada en el sistema de producción, y que producir representación es un trabajo con plusvalías económicas y simbólicas que comporta marcos de censura y autocensura bien interiorizados, me pregunto hasta qué punto esta nueva ofensiva conservadora influirá nuestros imaginarios próximos.

Cuál es nuestro papel en la producción de valor simbólico, y hasta dónde nuestros proyectos poseen capacidad de resistencia

La cuestión no es solo ser conscientes de hasta qué punto no estamos al margen del mercado y de la generación de plusvalía económica, sino cuál es nuestro papel en la producción de valor simbólico, y hasta dónde nuestros proyectos poseen capacidad de resistencia ante la fagocitación o ante algo peor, la tergiversación y la utilización espúrea: necesitamos ser completamente conscientes de nuestra responsabilidad en todas y cada una de las partes del círculo producción-distribución-consumo.

Seguramente ya no hay *afueras del sistema*, pero sí, quiero pensar, una cierta capacidad de rebelión, que pasa por el movimiento continuo, el cambio de estrategias para dificultar la captura, por mecanismos de infiltración que busquen cambios a pequeña escala, o por la utilización de lenguajes abiertos y más polisémicos como los poéticos y los irónicos (si no derivan en metáforas huecas o en puro cinismo, claro). Otra posible respuesta podría ser, paradójicamente, pasar coyunturalmente a la *invisibilidad* o, más bien, por la falta de visibilidad que conlleva el desplazamiento fuera de los mecanismos de legitimación habituales.

Desde los primeros años de este siglo se han llevado a cabo diversas experiencias sobre la redefinición del trabajo y sobre la precarización: solo por nombrar algunos colectivos más o menos cercanos, hablaría de Precarias a la Deriva, el proyecto de radio Onda Prekaria o Territorio Doméstico, en Madrid; de Carrot Workers, Precarious Workers Brigade o el más reciente Other Ways to Care, en Londres. Todos y cada uno de estos grupos, ya sean desde el artivismo o desde el activismo, han cuestionado los imaginarios tradicionales del trabajo y la desvalorización de aquellas labores consideradas *no trabajo* (como ocurre con los cuidados o

el trabajo sexual, y como pasa aún en ciertos ámbitos con la producción cultural, solapados con la *vocación*) y han generado instrumentos de resistencia y análisis crítico.

Sin embargo, hay una experiencia que me parece especialmente reseñable y útil: la que los intermitentes del espectáculo llevan a cabo en Francia desde 2003. Y no solo porque apunta directamente al corazón de las especificidades de la precariedad en un amplio número de trabajos y labores (artistas, actores, músicos, trabajadores del circo o cineastas..., así como también el imprescindible personal técnico ligado a estos ámbitos), sino también porque pone sobre la mesa la flexibilidad absoluta, la discontinuidad, y la connivencia de los expertos con las políticas de concesión de las prestaciones estatales por desempleo para recortar estas ayudas, además de otras cuestiones que entorpecen unas condiciones de trabajo razonables y adaptadas a los nuevos saberes *no formales*. Los intermitentes se sitúan en el centro del proceso de asalarización e hiperflexibilización que el capitalismo cognitivo ha impuesto, para generar una lucha compleja y desde diferentes posiciones (desde la acción directa y la irrupción en los medios hasta la reflexión teórica), para denunciar una multiplicidad de anormalidades económicas cruzadas con irregularidades migratorias, sexuales, raciales, etc., que nos conducen un paso más allá de la lucha de clases tradicional y que afectan a amplios grupos de población como estudiantes, investigadores frágilmente integrados en el mercado del conocimiento, artistas sin título, inmigrantes con o sin papeles, trabajadores sexuales, inadaptadas, viejos, enfermas, paradas...

¿Qué es un intermitente del espectáculo? Así lo explica Antonella Corsani (2006):

“Fabricante de lo sensible, un intermitente del espectáculo es una persona asalariada con empleo discontinuo al servicio de patronos múltiples, con remuneraciones variables según los proyectos y los patronos. (...). Después de los años sesenta estos asalariados, *que no eran como los demás*, se han beneficiado de un régimen de prestación por desempleo *de excepción*, en el sentido que la flexibilidad relativa de las condiciones de acceso al derecho de prestación por desempleo permitía a un número creciente de personas asegurarse un ingreso de renta continuado en situación de discontinuidad radical de empleo. (...) La puesta en cuestión de este régimen específico de prestación por desempleo era una amenaza real ya en el año 2002, pero no fue hasta la firma del protocolo de su reforma en el 2003 que nació un movimiento de gran envergadura. Su fuerza reside en su duración –sigue ahí, en lucha–, y en el hecho de haber adoptado una forma de organización, la *coordinación*, extremadamente alejada de las estructuras organizativas jerarquizadas. Su fuerza reside también en el hecho de haber tomado en cuenta las subjetividades múltiples que lo componen”.

3. PLURAL

Sí que es verdad que recientemente, en el Estado español, hemos conseguido un *Estatuto del artista*, que aún no sabemos qué alcance tendrá ni en sus propuestas ni en su aplicación. Pero, personalmente, yo creo que son las propuestas de los eslabones más frágiles de la cadena laboral (en los que nosotras aún nos negamos a reconocernos, por tener mayor valorización simbólica) las que deberían alumbrar el camino de nuestros derechos. La organización de la huelga feminista, del #8M, o de la cadena mundial de cuidados; la estructura horizontal de los nuevos sindicalismos precarios (Sindicato de manteros, SindiLlar, las Kellys...) apuntan a cómo articularnos políticamente y conseguir derechos para todxs. Pero claro, para eso, primero tenemos que hacer como Los Intermitentes del Espectáculo: dejar a un lado el artista emprendedor neoliberal en el que nos hemos mirado, pensarnos como colectivo y reconocernos como trabajadoras y trabajadores de la cultura.

María Ruido es realizadora cinematográfica e investigadora y docente en el Departamento de Artes Visuales y Diseño de la Universidad de Barcelona

Referencias

- Berardi, Franco *Bifo* (2019) *Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Colectivo UNINOMADE (2011) “Notas para el seminario sobre la composición de clase y la organización del común”, disponible en <http://www.politicaycomun.com/2011/04/notas-para-el-seminario-sobre-la.html> (última consulta 25/01/2021).
- Corsani, Antonella (2006) “Producción de saberes y nuevas formas de acción política. La experiencia de los trabajadores y trabajadoras intermitentes del espectáculo en Francia”, disponible en <http://www.eipcp.net/transversal/0406/corsani/es> (última consulta 25/01/2021)
- Fisher, Mark (2016) *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.
- Florida, Richard (2002) *The rise of the creative class*. Nueva York: Basic Books.
- Fumagalli, Andrea (2020) “Veinte tesis sobre el capitalismo contemporáneo (capitalismo biocognitivo)”. En Mauro Reis (comp.) *Neo-operaiísmo*. Buenos Aires: Caja Negra, pp. 61 y 63.
- Ruido, María (2012) “Los trabajos y los días”. En Paula Valero (ed.) *Zona de recursos/ El arte en acción*. Valencia: Sala Parpalló.
- (2004) “Mamá, quiero ser artista”. En Precarias a la Deriva (eds.) *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Madrid: Traficantes de Sueños.



4. CULTURA Y CAPITALISMO TARDÍO

La trampa del *realismo cínico*. Hegemonía y estrategia político-cultural

Germán Cano

■ “Es más fácil para nosotros hoy en día imaginar el profundo deterioro de la Tierra y de la naturaleza que el colapso del capitalismo tardío; quizá esto se deba a alguna debilidad en nuestra imaginación” (Jameson, 2000: 34). Que se haya convertido en un lugar común acudir a la famosa cita de Fredric Jameson indica también algo interesante sobre la ideología cínica hoy hegemónica y sus particulares tensiones culturales entre élites y clases populares. Posiblemente haya sido Mark Fisher quien mejor ha reflexionado en los últimos tiempos sobre el significado que este *realismo capitalista* tiene para las actuales luchas políticas entre lo que en otro tiempo se denominaba la *alta* y la *baja* cultura. ¿Y no se traduce esto en lo que Perry Anderson ya advertía, bajo condiciones posmodernas, como un creciente “encanallamiento general de las clases poseedoras (...) y tarantinización de las prácticas” (Anderson, 2000: 118)? Me gustaría con esta contribución clarificar teóricamente esta problemática a fin de poder cartografiar algunos de los problemas culturales del ciclo español.

Parafraseando a Jameson, el interés de la obra de Fisher estriba, más allá de modas coyunturales, en su modo de comprender las causas de por qué hoy nos es más difícil imaginar toda mediación cultural o tentativa hegemónica de futuro que resignarnos a “la violencia de una positividad que no priva, sino que satura; no excluye, sino que agota”. De ahí que su invitación a ver el mundo “tal y como es”, sin ilusiones sentimentales, con toda crudeza, no sea tan afirmativa en un sentido libidinal como reactiva, depresivamente desvelada, desnuda de toda mediación. “El capitalismo es lo que queda en pie cuando las creencias colapsan en el nivel de la elaboración ritual o simbólica, dejando como resto solamente al consumidor-espectador que camina a tientas entre reliquias y ruinas” (Fisher, 2016: 26).

El *realismo capitalista* como nuestra *estructura de sentimiento* epocal, cabría decir evocando a Raymond Williams: un vívido horizonte de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida que no se plantea solo en términos de coacción. Como sostiene rotundamente

3. PLURAL

Fisher, vale recordar la peculiar lógica que exitosamente ha impuesto el neoliberalismo desde aproximadamente la década de los setenta: “Tratar a las personas como si fueran inteligentes, se nos ha hecho creer, es *elitista* mientras que tratarlas como si fueran estúpidas es *democrático*. No hace falta decir que el ataque al elitismo cultural ha sido la contracara de una agresiva restauración de la élite *material*” (Fisher, 2019: 293).

Puede entenderse la obra crítica y pedagógica de Fisher acerca del *realismo capitalista* y su sugerente apuesta por un *modernismo popular* desde esta clave: el neoliberalismo también ha generado ideológicamente una *restauración* conservadora en lo cultural que, bajo la bandera de una agresiva libertad antiautoritaria, ha terminado desertizando las mediaciones que en otro tiempo permitían desclasamientos fructíferos entre las clases trabajadoras y capitales culturales en principio ajenos. El interés del diagnóstico de Fisher radica en su intento de explorar un territorio de crítica cultural que, desde las promesas incumplidas del *modernismo popular*, supera tanto el diagnóstico conservador en torno a la *masa* como el excesivamente optimista acerca de la nueva *multitud*. Coincidente con el diagnóstico de Perry Anderson y Jameson, Fisher entiende que las transformaciones de la sociedad tardocapitalista o posmoderna no conducen automáticamente a una mayor *democratización*, sino a lo que, siguiendo a Brecht, denomina una fase ambivalente de *plebeyización*. En este giro patológico dentro de la dinámica cultural, en donde la problemática clásica de la alienación se desplaza al problema de la fragmentación social, Jameson advierte la necesidad de un cambio de orientación dentro de la tarea política:

“El problema, sobre todo para los partidos de izquierda de hoy en día, consiste en que eso tiende a centrarse exclusivamente en la destrucción de antiguos modos de vida, con lo que, en lugar de dedicarse a encontrar aspectos innovadores, acaba desembocando en un punto de vista retrógrado. Lo que Marx quería era encontrar qué había de progresista en esos nuevos síntomas del alto capitalismo que estaba describiendo. Me parece que es algo así lo que deberíamos intentar hacer. Lo que estoy tratando de decir es que creo que resulta muy sencillo mirar atrás con nostalgia por los viejos tiempos del sujeto fuerte, cuando quizá lo que deberíamos hacer es experimentar con otras formas de pensar” (Jameson, 2010: 60).

Para Jameson y Fisher esta situación de ambivalencia no debe ser despreciada por la izquierda sino comprendida *dialécticamente*, si no quiere perder el pulso del tiempo. El problema aquí es que esta nueva fase, pese a revelar características emancipatorias positivas, también corre el riesgo de que la disminución de la distancia entre las clases sociales provoque

“una cancelación de la diferencia social *tout court*, es decir, la erosión o supresión de toda categoría del otro en el imaginario colectivo.

Lo que antes podían representar alternativamente la alta sociedad o los bajos fondos, el nativo o el forastero, ahora se desvanece en una fantasmagoría de posiciones intercambiables y movilidad aleatoria, en la que ninguna posición dentro de la escala social está fijada irrevocablemente y lo ajeno solo se puede proyectar hacia fuera, en el replicante o el extraterrestre” (Anderson, 2000: 152).

Este desplazamiento del momento antagonista sugiere que “la dimensión cultural y artística de la posmodernidad es popular (si no populista), y que desbarata muchas de las barreras que el modernismo parecía ponerle implícitamente al consumo cultural” (Jameson, 1996: 240). Este diagnóstico de la realidad social posmoderna como contracción fragmentada de la experiencia del mundo y de sus anteriores distancias –¿cómo delimitar ya la separación de la cultura de otras esferas como la económica y política?– conduce, primero a Jameson y luego a Fisher, a indagar sobre los límites de una retórica populista huérfana de orientación cartográfica y, en esa misma medida, recelosa de un metabolismo histórico menos sometido al imaginario liberal. Es este imaginario el que, sobre todo, puede quedar cuestionado en los momentos de crisis, donde se hacen más perceptibles las contradicciones del sistema y cabe la posibilidad de realizar síntesis y conexiones entre ámbitos y determinaciones que, bajo la abstracción y división de trabajo y experiencia en el capitalismo, se muestran distintos.

Siguiendo esta clave cartográfica, Alberto Toscano ha mostrado en qué sentido la apuesta posmarxista de Ernesto Laclau, justo por su dependencia del marco deconstructivo, queda limitada en su política estética a la hora de entender las experiencias pedagógicas de la crisis capitalista, esa orientación de Lukács en *Historia y conciencia de clase* que permite a Jameson desarrollar su idea de la cartografía cognitiva como estrategia pedagógica (Toscano, 2019). Mientras que en los llamados *periodos de normalidad* la brecha entre la apariencia y la realidad última es demasiado grande para que el reconocimiento de la estructura unitaria del proceso económico tenga alguna consecuencia práctica para la acción proletaria, en periodos de crisis la posición es bastante diferente: la unidad del proceso económico se mueve ahora al alcance de la mano. En este nivel, la crisis es una ruptura, pero paradójicamente es una ruptura sintética, que hace potencialmente visible la unidad entre dominios y determinaciones aparentemente dispares.

“Esta articulación entre conciencia de clase y crisis –sobre la que podemos proyectar las diádas de transparencia/opacidad, visibilidad/invisibilidad, y unidad/multiplicidad– merece ser tenida en cuenta cuando reflexionamos sobre el papel crucial desempeñado en las críticas y deconstrucciones del marxismo y el

3. PLURAL

comunismo precisamente por el problema no solo de su *estética de la política*, sino de su *estética de la economía*” (Toscano, 2019: 83).

De ahí que tanto Jameson como Fisher detecten, por su limitada pedagogía cartográfica en situaciones de crisis estructural, un vínculo profundo entre la retórica populista y el imaginario liberal. No es casual que, para Fisher, en el imaginario de época, haya tenido éxito el melodrama político de la película *V de Vendetta*, ese optimismo salvífico que plantea el escenario desde la fácil dicotomía de una multitud presta a tomar el poder y un poder autoritario controlado por una oligarquía corrupta:

“Si la tarea política más crucial es ilustrar a las masas sobre la venalidad de la clase dominante, entonces el modo discursivo predilecto será la denuncia. Sin embargo, este esquema repite más que desafía la lógica del orden liberal; no es un accidente que los periódicos fomenten el mismo modo de denuncia. Los ataques a los políticos tienden a reforzar la atmósfera de cinismo difuso de la que se alimenta el realismo capitalista. Lo que se necesita no es más evidencia empírica de los males de la clase dominante, sino que la clase subordinada se convenza de que lo que piensa o dice importa; de que ellos son los únicos agentes efectivos del cambio” (Fisher, 2018: 268).

Es desde esta situación ambivalente de plebeyización desde donde también carece de sentido seguir planteando la vieja dicotomía entre la alta y la baja cultura. ¿Qué distancia puede brindar la cultura en este paisaje tardocapitalista donde toda voluntad de *abstracción* es denunciada desde esta nueva fenomenología política como *totalitaria*? Jameson, efectivamente, advierte en este nuevo escenario de una complicidad políticamente estratégica entre el pensamiento de la deconstrucción, con su atención a la problemática de la *finitud*, y la restauración hegemónica del capital impulsada por la ideología neoliberal a partir de los setenta (Jameson, 2000: 57). Este cuestionamiento del *antiprometeísmo* y antiutopismo, signo del resentimiento de la nueva época hacia todo intervencionismo explícito en lo considerado como *natural* —las leyes intocables del mercado—, le conduce a cuestionar toda posición *moralista* ante el nuevo paisaje histórico, justo esa cómoda tentación tan querida hoy en la jerga antiposmoderna.

De hecho, este *neorrealismo* ajeno a toda tensión dialéctica plantea una inflación moralista que bloquea todo mapa didáctico o pedagógico. Es más, por esa misma lógica, sintomáticamente sospecha de todo posible educador político como una forma manipuladora de un material social, por definición pasivo. Lo que se trata de recuperar aquí es una política cultural cartográfica a la altura del tiempo. Es decir, no ya una redonda visión de la totalidad sino, frente a las gramáticasseudopolíticas de la paranoia conspirativa —formas ideológicas en las que se manifiesta de

modo deformado esta voluntad de totalización de sentido—, una orientación racional de totalización, siempre en proceso, que permita comprender tanto la transformación de esa *realidad* supuestamente inalterable como las pulsiones utópicas aquí deformadas bajo posiciones melancólicas de regreso (a la nación gloriosa, a la masculinidad perdida, a la socialdemocracia del pleno empleo, a una concepción fordista de clase, etc.) y el resentimiento hacia el futuro.

¿No se modula entonces la distancia social y material de clase bajo otras formas de entender la distancia? “Una vez desaparecida la moral burguesa en el sentido tradicional, parece como si un amplificador se hubiera apagado de repente. El arte moderno se había definido virtualmente como *antiburgués* desde sus orígenes en Baudelaire o en Flaubert. La posmodernidad es lo que sucede cuando este adversario ha desaparecido sin que se haya obtenido ninguna victoria sobre él” (Anderson, 2000: 119). Es conocida la fórmula jamesoniana *cartografía de los pobres* para analizar ese momento en el que la mayor dificultad a la hora de mapear estructuralmente la sociedad conduce a gramáticas del malestar orientadas a interpretarlo en términos de *conspiración* o de representaciones hipertrofiadas del poder.

Que Jameson apele en su diagnóstico a Raymond Williams no es en absoluto casual: puesto que la interrelación de lo cultural y lo económico no es de dirección única, sino de “continua interacción y un circuito retroalimentado” (Jameson, 1996: 15), se abre también un ingente trabajo cultural de mapeo que “confiere a intelectuales e ideólogos tareas nuevas y socialmente útiles” (Jameson, 1996: 14) frente al neorrealismo cínico. Máxime cuando “hay un cierto final del idealismo que es constitutivo del posmodernismo” (Jameson, 1996: 274). Lo que me parece pertinente destacar de esta reflexión de Jameson es que detecta una relación entre este *realismo reactivo* antiidealista en su estructura de sentimiento y un desprecio a toda estrategia hegemónica orientada a educar más allá de las consignas del propio grupo, explorando posibles alianzas intergrupales. Cuanto más se fomenta, sin embargo, esta perspectiva huérfana de cartografía pedagógica, más emerge, por un lado, la *conspiración* como explicación y más se refuerza, por otro, *el cinismo de la industria cultural*:

“La intuición de Adorno y Horkheimer sobre Hollywood era profética respecto al sistema que vino después considerado como un todo: ‘La verdad de que [las películas y la radio] no son sino negocio les sirve de ideología que debe legitimar la porquería que producen deliberadamente’. Tenían en mente la defensa, hoy clásica, que hace Hollywood de la mediocridad, no solo en términos del gusto del público general sino en términos de su propia función en cuanto negocio que vende productos a un público con esos gustos. Como en todos los argumentos relativos al *público*, el resultado es una serialidad en la que este se convierte en un otro fantasmagórico para

3. PLURAL

cada uno de sus miembros, que –cualesquiera sean sus reacciones ante el mediocre producto– también han aprendido e interiorizado la doctrina del móvil del beneficio que les excusa en virtud de las motivaciones de *todos los demás*. Es como los zurdos a los que se fuerza a utilizar herramientas para diestros: el conocimiento se adapta al consumo, dándolo por supuesto. Como europeos que eran, a Adorno y Horkheimer les escandalizaban la franqueza y la vulgaridad con que los grandes magnates cinematográficos aludían a la dimensión empresarial de sus operaciones y se regodeaban sin pudor en el móvil del beneficio adjunto a cada producción, bien fueran modestas o pretenciosas sus *ambiciones artísticas*” (Jameson, 1996: 273).

Me interesa analizar brevemente este vínculo funesto entre cinismo, industria cultural y desmantelamiento de la *cultura de las clases trabajadoras* desde otra perspectiva, la de los estudios culturales de Richard Hoggart y lo que llama “esnobismo al revés”. El iniciador británico de los llamados estudios culturales nos muestra también cómo esta interpelación cínica es básicamente una orientación posibilitada por dispositivos mediáticos de poder desde arriba. Hoggart percibe “el tono agresivo que adoptan muchos columnistas y autores de artículos de opinión en defensa del hombre común y del entretenimiento sin pretensiones intelectuales, el esnobismo al revés de los críticos de cine que dicen ser ‘hombres de la calle, comunes y corrientes’, que solo pretenden divertirse y les dejan a otros los análisis intelectuales” (Hoggart, 2013: 196), un tono en el que detecta también el resentimiento de quienes usan ese esnobismo popular solo para recelar de “quienes tienen el saber” (Hoggart, 2013: 197).

Sin embargo, y esto me parece relevante. Hoggart parece distinguir también entre un cinismo descreído, fomentado mediáticamente desde arriba, que no tiene que identificarse necesariamente con las clases trabajadoras, y un estoicismo descreído desde abajo diferente del primero. “T.S. Eliot observa que el estoicismo puede parecerse a la arrogancia, a la falta de humildad ante Dios, pero el estoicismo de la clase trabajadora es quizá una forma de autodefensa contra la presión de humillarse frente a los hombres. Es probable que no se pueda hacer mucho frente a las dificultades de la vida, pero algo se puede” (Hoggart, 2013: 113).

Encuentro esta diferencia sumamente pertinente para una crítica realista de las idealizaciones culturales en las clases populares que no es, sin embargo, cínica o populista en un sentido reactivo. Bajo este punto de vista algunos autores identifican, no obstante, el populismo no solo como una perspectiva política, sino además como la tentación constante de cualquier descripción sociológica de las clases populares que cree que no puede escapar al arbitrario cultural de la dominación simbólica más que afirmando unilateralmente la superioridad de las costumbres y de las

competencias dominadas (Grignon-Passeron, 1992: 69). Este orgullo del desheredado no sería sino una forma de hacer de necesidad virtud. Puede plantearse esto en el sentido en el que advierte Bourdieu: “La resistencia puede ser alienante y la sumisión puede ser liberadora. Tal es la paradoja de los dominados, y no se sale de ella (...). La resistencia se sitúa en

**Lo que desaparece en el
realismo capitalista es
toda posible aproximación
dialéctica al problema de la
cultura y las clases sociales**

terrenos muy distintos del de la cultura en sentido estricto, donde ella no es nunca la verdad de los más desposeídos, como lo testimonian todas las formas de *contracultura* que, podría mostrarlo, suponen siempre un cierto capital cultural. Y toma las formas más inesperadas, hasta el punto de resultar más o menos invisible

para un ojo cultivado” (Bourdieu y Wacquant, 2008: 50).

Como vemos, lo que desaparece en el realismo capitalista es toda posible aproximación dialéctica al problema de la cultura y las clases sociales.



No es casual que, en este contexto ambivalente de *plebeyización*, tanto Anderson como Jameson evoquen la figura y el legado alternativo de Antonio Gramsci. Es relevante que Anderson evoque el análisis gramsciano acerca del fascismo europeo en conexión con las diferencias existentes entre el Renacimiento y la Reforma. Si bien esta última fue una reacción conservadora que aportó un progreso histórico, el Renacimiento había sido esencialmente un asunto de élites, restringido a unas minorías privilegiadas incluso entre las personas cultas. Frente a esto, la Reforma luterana fue un levantamiento de masas que transformó la actitud mental de la gente de a pie de media Europa y abrió el camino de la Ilustración. La cultura debía vulgarizarse y simplificarse en términos religiosos si su ruptura con el mundo medieval había de transmitirse como impulso racional a los de abajo (Gramsci, 1970). Sin embargo,

“(...) el Tercer Reich fue innegablemente también una forma de plebeyización, quizá la más drástica que jamás se ha visto, en tanto que no reflejaba sino que perseguía la erradicación de toda huella de lo otro. Observar eso no es invocar un peligro renovado de fascismo, lo que es hoy en día un ejercicio ocioso tanto de la derecha como de la izquierda; pero sí puede recordarnos un legado alternativo de aquel tiempo, el ejemplo de Gramsci, quien durante sus años de prisión se enfrentó sin la menor ilusión a la fuerza política del fascismo y al apoyo popular de que gozaba. En sus cuadernos de

3. PLURAL

apuntes quizá se encuentre la analogía más sugerente para la transformación social de lo posmoderno” (Anderson, 2000: 154).

La *plebeyización posmoderna* significa, en este sentido, como en la Reforma, una vasta ampliación de la base social de la cultura moderna, pero en el mismo acto también una enorme disminución de su sustancia crítica. “Una vez más se ha trocado la cualidad por la cantidad, en un proceso que se puede ver alternativamente como una saludable emancipación de las restricciones de clase o como una funesta contracción de las energías inventivas. Ciertamente, el fenómeno de la vulgarización cultural, cuyas ambigüedades llamaron la atención a Gramsci, se está manifestando por todo el globo. El turismo de masas, la mayor industria del espectáculo, se puede considerar su monumento, con su imponente mezcla de descanso y saqueo” (Anderson, 2000: 155).

A la vista de estas premisas, ¿cómo podía organizarse un partido como el PCE de cara a una estrategia hegemónica en la Transición española cuando su decisiva identidad *antifranquista* tenía que entrar en un escenario social en el que no solo el enemigo, sino la propia experiencia del tiempo histórico había cambiado en términos cualitativos? A la vista de este paisaje en el que las antiguas oposiciones se eclipsan, ¿qué sucede cuando, como en el caso español, se transita de una dictadura a un nuevo paisaje posmoderno, en donde la noción antagónica de clase empieza a ser erosionada por una nueva *estructura de sentimiento* ahistórica como la de nuestra cultura de la transición? ¿Por ideologías y *gramáticas políticas grupales* que ofrecen otras satisfacciones de la identidad psíquica menos densas históricamente y más gratificantes libidinalmente hablando? (Jameson, 1996: 268 y ss.).

Entendiendo el posmodernismo como una situación de eclipse histórico de la tradicional forma de distancia de clase, Jameson nos brinda un diagnóstico sugerente, por ejemplo, para entender el sentido y límites del gramscismo cultural tras la muerte de Franco y la forja de la llamada sociedad tardofranquista desarrollista. Las perplejidades de esta *salida de las catacumbas* de un PCE clandestino a la sociedad española del *destape* posmoderno es clave en todos los sentidos para comprender el ciclo posterior y la diferencia entre las dos aproximaciones históricas a Gramsci en nuestro país.

Esta brecha histórica o encrucijada entre estos dos momentos quizá pueda también explicar las dificultades que la figura gramsciana del intelectual orgánico experimentó en el contexto de la transición española en un ejemplo educativo de vida política tan destacado como el de Manuel Sacristán. Es como si su magnetismo pedagógico quedara neutralizado en una sociedad en la que la relación dialéctica gramsciana entre el orden y el tiempo se bloqueó y las nuevas experiencias fragmentarias disolvían toda experiencia política colectiva. Que Sacristán entendiera las profundas dificultades de hacer pedagogía política *cartográfica* dentro del

PCE y buscara alianzas con los movimientos sociales emergentes indica también un sintomático desplazamiento de su recepción gramsciana a partir de 1977 y su crítica al eurocomunismo carrillista. Sacristán siempre percibió en el realismo carrillista, pese a su lucidez respecto a otras corrientes marxistas del momento histórico, una lectura tacticista

Sacristán siempre percibió en el realismo carrillista una lectura tacticista acerca de las relaciones entre las *fuerzas del trabajo y fuerzas de la cultura*

acerca de las problemáticas y asimétricas relaciones entre las *fuerzas del trabajo y fuerzas de la cultura*.

En documentos de los setenta vemos cómo entendía Sacristán el papel de los intelectuales en las organizaciones obreras. En unas observaciones de 1972, Sacristán discrepa abiertamente de la expresión *fuerzas del trabajo y fuerzas de la cultura* justo porque, descuidando la ten-

sión dialéctica de los conceptos, aboca un esquematismo estéril y una interpretación “burguesa”:

“La cultura no es cosa propia de los intelectuales, sino producción de todo un pueblo. La naturaleza anticultural del capitalismo, a la que se han referido los clásicos del comunismo desde Marx y los utópicos antes que él, consiste en que el capitalismo va destruyendo la posibilidad de producción de cultura por los pueblos al modo tradicional (industrialización, inurbanización y, finalmente, desintegración cultural de lo que fueron ciudades y son ya solo concentraciones demográficas), sin permitir la continuación de esas capacidades productivas culturales en una cultura de base industrial, a causa de que el pueblo que habría que producirla se mantiene en una situación de sometimiento y ceguera respecto de la vida industrial en que es insertado mecánicamente, mantenido a través de una coactividad objetiva que no le permite filtrar la experiencia de la vida más que en forma de odio, ironía, sarcasmo, cinismo, pesimismo ni, por tanto, arraigar en principios organizadores de la forma de vida, que es el fundamento de la cultura” (Capella, 2005: 167).

De ahí que, en las condiciones actuales de la división social del trabajo, “se llame *cultura* a lo que meramente es una parte propia de cada cultura nacional, la llamada cultura académica, científica o *cultura superior*, que es, de hecho, de consumo exclusivo de las capas dominantes”. La propuesta terminológica de Sacristán se planteaba así: más que hablar de “la alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura”, era mejor hablar de

3. PLURAL

“alianza de los trabajadores manuales y de los trabajadores intelectuales” o bien de “la alianza de los trabajadores manuales, intelectuales y la capa académica”. Aunque Sacristán apuntaba que el tema era muy espinoso y necesitaba, con seguridad, un estudio de los cambios en la composición de las fuerzas del trabajo, entendía que el intelectual gramsciano que no quisiera seguir manteniendo la separación de los trabajadores de los bienes culturales, ni quisiera permanecer indiferente ante el sometimiento al que se ven sometidos, debía romper de hecho esa dicotomía entre unos y otros, esa antigua e injusta incomunicación. Este *descenso* para Sacristán significaba buscar junto al pueblo, siendo uno más de ellos, sin olvidar su privilegio, un camino pedagógico de emancipación posible, pero en la sociedad tardocapitalista, ¿cómo afrontar esta síntesis teniendo en cuenta el diagnóstico jamesoniano?

Aunque este bloqueo tenga algunas similitudes con lo que Anderson ha denominado “la herencia dilapidada de la izquierda italiana”, creo que el caso español muestra matices diferentes del PCI. Ciertamente, la cultura idealista del PCI mostró igualmente estar poco preparada ante los grandes cambios que afectaron al partido en la Italia de posguerra: la relevancia de una cultura de masas completamente comercializada, secularizada y americanizada, inimaginable en el mundo de Togliatti y Gramsci, y los cambios generacionales que se estaban desarrollando por las transformaciones estructurales en el mundo del trabajo y un nuevo orden en el que la cultura desempeñaba otra función más determinante.

“Desde la atalaya de la élite cultural, el PCI contemplaba este universo con una condescendencia tolerante y consideraba que se trataba de expresiones del legado poco ilustrado, aunque destacado, del pasado clerical, cuya importancia ya había subrayado Gramsci mucho tiempo atrás. No representaba una amenaza para el partido. La avalancha de una cultura de masas americanizada, totalmente laica, era otra cuestión. Desprevenido, el aparato del partido –y la intelectualidad próxima a él– quedó fuera de juego. Aunque el análisis crítico de la cultura popular no era algo nuevo en Italia –Umberto Eco había sido uno de los pioneros–, el PCI no supo conectar. No se materializó una dialéctica creativa, capaz de resistir las embestidas de la novedad mediante la transformación de las relaciones entre la alta y la baja cultura” (Anderson, 2009: 340).

En Italia, como señala Anderson, en un análisis de fuerte impronta gramsciana, la paulatina y dramática separación entre las sensibilidades de las capas instruidas y de las capas populares llegó a ser tal que “el país quedó casi sin defensa ante la contrarrevolución cultural del imperio mediático de Berlusconi, saturando el imaginario popular con una marea de idioteces y de fantasías” (Anderson, 2009, 342). Desde aquí también ha de entenderse el rechazo a Gramsci y su programa cultural de los

nuevos teóricos operaístas: era el autor canonizado por ese anacrónico y viejo PCI del que había que desmarcarse para entender culturalmente el nuevo mundo.

En el caso español el desfase, más traumático a corto plazo, sin embargo tendrá otros matices a causa de cómo el modelo de homologación y modernización de la sociedad española disolvió toda preocupación nacional-popular. “Lo que sí cambió con respecto al antes de Franco es que nos quedamos sin proyecto histórico peculiar, español e intransferible. Durante casi cuarenta años ese proyecto fue construir la ciudad democrática y, una vez evidenciada y legitimada, descubrimos que el único proyecto histórico posible era dejar de ser diferentes. Teníamos que desarmarnos de toda clase de peculiaridades, menos de las estructuralmente turísticas” (Vázquez Montalbán, 1998: 95).

De ahí la gran pregunta que, a mi modo de ver, será tan importante a partir de 2014 en España: ¿cómo podía ser políticamente útil, aquí y ahora, en este nuevo contexto y sin esperar el regreso del viejo *escenario moderno*, el autor que mejor había reflexionado sobre las funestas consecuencias del abismo entre la sensibilidad popular y las capas instruidas? ¿Cómo recuperarlo en una nueva situación histórica posmoderna marcada justamente por ese creciente distanciamiento? Que en España esta estrategia se dirigiera precisamente a la *casta*, en el contexto de crisis orgánica del Régimen del 78, no era, pues, nada casual. Otra cuestión es si la interpretación *populista* de Laclau bastaba por sí misma para cerrar o, al menos, atenuar estos abismos.



Frente a este irreversible *protestantismo posmoderno*, siguiendo la analogía gramsciana que traza Anderson, ¿qué tipo de estrategia cultural debemos defender para no quedar fuera de juego de los movimientos históricos ambivalentes de *plebeyización*? Desde luego, no asumir posiciones simplistas, no dialécticas, de condena o de aceptación eufórica. ¿Debemos, por tanto, limitarnos a asumir la posición de Anderson sobre el *marxismo occidental* y entender que la creciente escisión entre la teoría socialista y la práctica de la clase obrera es responsabilidad de un simple repliegue culturalista de signo burgués en detrimento del momento político?

Creo que esta sugerente posición, simplificada por los adalides del neorrealismo y la jerga moralista del antiposmodernismo, debe ser discutida. Justo por el carácter ambivalente de la plebeyización posmoderna, que detecta Anderson, y la reconsideración del problema de la ideología provocada por el fascismo, introducida por Gramsci, debemos guardarnos del diagnóstico excesivamente *politicista* de Anderson (Sacristán, 2005: 192) y de alguna manera “volver a pensar todo de nuevo”, sin apriorismos pontificales, como Manuel Sacristán planteó tras su salida del PCE recurriendo a Lukács. Hoy, este antiintelectualismo responde,

3. PLURAL

sin embargo, a otras claves de época: la denigración de la teoría y un demagógico y oportunista análisis, muy marcado por el cinismo, en las relaciones entre la teoría y la práctica.

Si Gramsci, como plantea por ejemplo Manuel Sacristán, se dedicó a un trabajo teórico es “porque alguna inferencia había que sacar de la derrota ante el fascismo. Había que volver a ver las cosas, *pensar* qué había pasado (...)” (Sacristán, 2005: 192). Hoy, ante el triunfo hegemónico del neoliberalismo, esta lección de pensar la fuerza del enemigo más que la autoafirmación de la identidad sigue siendo acuciante para nosotros. Y debe estudiarse con detenimiento el sentido de esta inter-

Hoy, pensar la fuerza del enemigo más que la autoafirmación de la identidad sigue siendo acuciante para nosotros

vención teórica conjugada y anudada con la práctica de un modo que pueda también cuestionar algunos postulados básicos del marxismo clásico. ¿Podemos limitarnos a afirmar que fue la desviación culturalista la principal causa responsable de las derrotas de la izquierda?

Como ha resaltado Stuart Hall en su crítica a Anderson,

si bien resulta necesario extraer su planteamiento crítico acerca del *marxismo occidental* en el sentido de que su énfasis y construcción de los debates sobre la ideología terminaron impulsando un cierto aislamiento de la praxis, debemos descartar “cualquier insinuación de que, si no fuera por las distorsiones producidas por el *marxismo occidental*, la teoría marxista podría haber proseguido cómodamente su camino designado, siguiendo el programa establecido: dejando el problema de la ideología en su lugar subordinado, de segunda categoría” (Hall, 2010: 134).

Hall sostiene que la relevancia del problema ideológico tiene al menos dos fundamentos objetivos de implicaciones políticas directas. En primer lugar, el crecimiento del papel de las *industrias culturales* en la creación de la conciencia de masas y, segundo, el problema del *consentimiento* de la clase trabajadora respecto al sistema en las sociedades ya no solo capitalistas avanzadas. Un *consentimiento*, señala Hall, sin duda escalado por la experiencia del thatcherismo que, si bien no puede separarse de los mecanismos ideológicos, *no* se mantiene solo a través de ellos. Lo interesante de esta nueva aproximación compleja al problema cultural desde la izquierda es que busca dotarle de filo político para una segunda generación de la *New Left*, ciertamente imbuido de las experiencias de los sesenta, que necesitaba ir más allá del decisivo imaginario humanista antifascista de resistencia durante la guerra y del espíritu de reconstrucción del 45.

“La resistencia en la izquierda surgió en parte de la incapacidad de predecir la posibilidad de la recuperación del capitalismo de posguerra, contra el trasfondo de la depresión de los años treinta y la influencia de una especie de ley leninista de la inevitable crisis y decadencia capitalista; y en parte de la incapacidad de comprender la naturaleza doble y contradictoria del capitalismo de masas. La izquierda no se equivocó al ver la manipulación masiva, la publicidad, el alboroto, la pérdida de calidad, la división del mercado, que son intrínsecos al consumismo comercial. La dificultad era que este lado manipulador era todo lo que se veía. Pero, por supuesto, desde la aparición del capitalismo comercial y el arrastre de todas las relaciones a la red de transacciones del mercado, ha habido poca o ninguna cultura *pura* del pueblo; no hay un reino popular totalmente separado del auténtico popular, donde *el pueblo* existía en su estado puro, fuera de las influencias corruptoras. El pueblo siempre ha tenido que hacer algo de las cosas en las que el sistema intentaba convertirlas. Por lo tanto, el pueblo aprovechó algunas de las oportunidades que se le ofrecían para ampliar su área de experiencia y elección, al mismo tiempo y en el mismo momento en que sus salarios duramente ganados circularon de vuelta a través de las cajas y los mercados publicitarios hacia las arcas de los nuevos empresarios” (Hall, 1984: 23).

Se trata ahora de la necesidad de comprender la ideología como fuerza material en un doble sentido: en tanto naturalización de una forma particular de poder y dominación que reconcilia a los agentes subalternos con su lugar subordinado en la formación social como posible potencia de cambio y como articulación de los procesos a través de los que surgen nuevas formas de conciencia y nuevas concepciones del mundo que movilizan a la acción contra el régimen imperante. Este impulso teórico que trasciende los límites de las preocupaciones teóricas y prácticas del marxismo, por tanto, no puede reducirse al intento teórico compensatorio de aislarse sofisticada y académicamente de la praxis, toda vez que busca intervenir prácticamente mejor en el contexto social. “Estas cuestiones están en *juego* en un abanico de luchas sociales. Es para explicarlas, con el fin de comprender y dominar mejor el terreno de la lucha ideológica, que necesitamos no solo una teoría sino una teoría apropiada para las complejidades de lo que estamos tratando de explicar” (Hall, 2010: 148).



No debe olvidarse además, como señala Eagleton, que “cuanto más se comercializa una cultura, mayor es el grado con el que la imposición de la disciplina de mercado empuja a sus productores a abrazar los valores conservadores de la prudencia, la resistencia a la innovación y el temor a producir alguna alteración. El mercado es el mejor mecanismo para

3. PLURAL

conseguir que una sociedad se sienta más y más liberada, pero siga siendo profundamente reaccionaria. La cultura comercial, en definitiva, respalda muchos de los valores de la cultura elevada a la que ella misma tacha de elitista. Consigue envolver esos valores en un atractivo paquete antielitista, cosa que no puede hacer la cultura elevada” (Eagleton, 2000: 110).

Es significativo subrayar cómo el privilegio de esa *libertad negativa* fue ideológicamente fomentado en el paisaje antitotalitario de la Guerra Fría como apología política de los disidentes respecto al totalitarismo justo en el momento en el que esa liberación ingrátida carecía ya de estructuras ideológicas de autoridad sólidas en el escenario posmoderno. Con ello, como advirtió enseguida la *New Left* británica de posguerra, nada simpatizante del estalinismo, toda cultura política del compromiso quedó debilitada bajo un imaginario realista antiprometeico; como toda aspiración utópica a un bien ha terminado fracasando, contentémonos con

Este realismo, que no es sino un fatalismo restringido, refuerza justamente el plano estructural de la dominación de clase

lo existente. El pretexto comprensible de la nueva modestia sirvió no solo para desarmar toda voluntad de alternativa, sino para forjar un clima *filisteo* y tacticista que separaba política y cultura, como bien detectó E.P. Thompson en su crítica a las formas estalinistas (Thompson, 2016).

Es esta *liberación desde abajo* del mercado, acomodada perfectamente al antiintelec-

tualismo conservador, también la que recupera el imaginario cultural del gallináceo realismo capitalista y señala la melancólica pérdida, positiva para Fisher, de puentes o transiciones entre la cultura popular y la experimental que caracterizó a épocas pasadas. Es más, quienes asumen una posición a la defensiva desde un supuesto horizonte marxista y un *realismo de clase* resistente a las lógicas del nuevo momento histórico pierden la cartografía teórica, el mapa para orientarse en el contorno de la actualidad, cayendo en teorías de la conspiración. Jameson hablaba de estos imaginarios de sentido en los términos de *cartografías de los pobres*, pero lo llamativo es que su uso es crecientemente recurrente entre los abogados del *realismo* más gallináceo. *El* posmodernismo o *El* marxismo cultural son así vistos como simples operaciones manipuladoras desde arriba por élites progresistas o burguesas sobre un material social sumisamente receptivo.

El problema del realismo capitalista para una política cultural emancipatoria es que refuerza en las clases subalternas lo que Fisher, siguiendo a Jameson, denomina una “impotencia reflexiva”, su reconocimiento cultural de inferioridad. Entiendo que lo que quiere decirse es que el

reconocimiento en las clases populares de la desigualdad de su situación choca además con el reconocimiento de sus limitaciones culturales respecto a las clases dominantes. Es la fuerza de esta resignación —“esto no puede ser para mí”, “no estoy hecho para eso”— lo que hace de esta impotencia una “hipótesis ontológica que no es susceptible de ser afectada por ninguna refutación empírica” (Fisher, 2013: 269).

Este realismo, que no es sino un fatalismo restringido, refuerza justamente el plano estructural de la dominación de clase. Este punto es importante para advertir cómo una comprensión realista de la *cultura* vista solo como el velo de la desigualdad material y no también como oportunidad de desclasamiento reproduce lo que busca cuestionar. De ahí la importancia emancipatoria de la experiencia cultural en un mundo donde todo invita a no salir de las casillas sociales de partida. Porque Fisher es consciente, por decirlo en terminología de Bourdieu, de la extraordinaria fuerza del *habitus* y su fuerza de gravedad respecto a posibles desclasamientos, entiende también la fuerza política de la promesa cultural. Es muy interesante reparar en esto a tenor de la fuerte predisposición al naturalismo de la política cultural de izquierda y su crítica al *posmodernismo*, así como, en ocasiones, su tramposa demanda de claridad en todo momento y ante todo público, como si el lenguaje político tuviera que ser un tutorial o el prospecto de un medicamento.

No hay vuelta al *realismo*, parafraseando a Fisher, si se entiende la clase de forma simplista como el reconocimiento y aceptación de la perspectiva cultural de la clase dominante. Por eso lo que llama el *popismo* es la figura cultural en la que encontramos en realidad un desprecio condescendiente y paternalista del *pueblo* desde arriba que, a veces, termina comprándose también desde abajo.

“Hay una dimensión de clase muy definida en mi rechazo al popismo. El popismo pareciera implicar la reelaboración de un set de complejos de la clase dominante: una señora de alta sociedad que se permite disfrutar de placeres prohibidos. *Debería gustarnos la música clásica, ¡pero a nosotros nos encanta el pop!* Para aquellos que no fuimos criados en la alta cultura, el llamado del popismo a mostrarse siempre entusiastas frente a la cultura de masas es bastante similar a que te digan (tus superiores de clase, por supuesto) que te contentes con tu lote. A partir de esta reelaboración de sus propios resentimientos, lo que el popismo nos quita es nada más y nada menos que el derecho de las clases subordinadas a sentir resentimiento. Por contraste, la importancia de (...) algo como el pospunk, que estos dieron acceso a aspectos de la alta cultura en un espacio que deslegitimaba la exclusividad y el privilegio de la alta cultura. El espacio utópico que abrieron era uno en el cual la ambición no tenía por qué terminar en asimilación, donde la cultura de masas podía tener toda la sofisticación e inteligencia de la alta cultura: un espacio que apuntaba a acabar con la presente estructura de clase, no a invertirla” (Fisher, 2013: 276).

3. PLURAL

Entiendo este texto como una ilustración magnífica de ese realismo cínico de época en el que nos encontramos, así como de la ausencia de una cultura erótica emancipatoria. No es extraño que sus portavoces esgriman la amenaza posmoderna no como una realidad estructural objetiva y ambivalente, sino como coartada reaccionaria contra la vitalidad de nuevos movimientos políticos e hibridaciones culturales que buscan expresarse en la práctica política concreta.

Por otra parte, creo que, aunque Fisher usa equívocamente el término de *resentimiento* para plantear el tema de la negatividad, tiene razón en ver cómo el realismo popista desvirtúa el sentido político de la negación y su sentido de desigualdad respecto a la cultura de las clases dominantes. Si no hay que caer en la trampa de “contentarnos con la lote que nos ha tocado en suerte” no es porque tengamos que despreciar lo que somos ni el lugar del que venimos, sino porque desde arriba se busca arrojarnos a la casilla de salida para no permitirnos ser también algo diferente de lo que ya somos. No deja de ser llamativo que esa fusión de desprecios (desde arriba abajo y desde abajo arriba) sin perspectiva estructural de clase y sin modelo pedagógico, dada la escisión entre espectadores embrutecidos y élites encanalladas, como advertía Anderson en el diagnóstico de Jameson, cristalice en nuevas figuras políticas. Se ha hablado hasta la saciedad de Trump, pero ¿qué decir de ese clamor supuestamente popular que ha sido el *brexit* guiado, entre otros poderes fácticos y nostálgicos del *remake* imperial, por un pijo bufonesco de Eton? En esta compleja articulación de desprecios parece que el cinismo es el genuino clima de época reconocible. Es esta pinza cómplice entre un popismo resignado a su lote y un elitismo encantado de cercarse al zoológico de lo popular la que nos brinda una perspectiva esclarecedora sobre las guerras culturales de nuestro tiempo.

Este doble discurso de desprecio no pocas veces se blindo en gestos de tonos moralizantes, donde también conviven dos modalidades enunciativas: por un lado, la autosuficiencia condescendiente del adulto —las élites amenazadas y supuestamente asediadas por la inundación caótica y amorfa de lo popular—, cuya madurez desprecia a esa realidad popular adolescente, rebelde, egoísta; por otro, la aparición de un *chulesco enfant terrible*, el *outsider* antisistema, no pocas veces vestido como un macho alfa ofendido, dispuesto a reivindicar sus supuestos derechos pisoteados y hablar por fin *sin complejos* frente a la politiquería y lo *políticamente correcto*. No es en absoluto irrelevante este matiz de género cuando repasamos en que, en ese diagnóstico repetido de la *rebelión de las masas* del siglo pasado, encontramos la conciencia defensiva ante la *rebelión de las mujeres*, la entrada en escena de un desbordamiento inaceptable para las gentes de orden.

Para Fisher aquí también surge la necesidad de *recuperar* en alguna medida como política cultural de futuro lo que desde el *realismo* de la cultura neoliberal dominante se debe convenientemente reducir a

paternalismo o autoritarismo. De ahí su apuesta pedagógica por una “Supernanny marxista” (Fisher, 2016). “La elección neoliberal nos deja atrapados en nosotros mismos, permitiéndonos elegir solo entre versiones mínimamente diferentes de lo que ya hemos elegido; el paternalismo apuesta a un tú diferente, un tú que todavía no existe” (Fisher, 2019: 293). Lo que mediáticamente se denomina, con cierto apresuramiento, como *populismo* —o en la terminología fisheriana *popismo*— no es sino la horma de un dispositivo de poder que, subrayando la excusa de hacer *lo que el público quiere*, refuerza también lo que las élites quieren. Esta es la razón por la que Fisher, tomando el testigo del programa de intervención cultural de Stuart Hall a partir de los setenta, entiende que la política de izquierda ha chocado contra un muro de incomprensión:

“(...) vale la pena recordar que nunca existió una política de izquierda que tuviera algún tipo de adecuación con el modernismo popular de los sesenta-ochenta. Como Hall advirtió, a fines de los setenta el socialismo se vio atrapado en un tradicionalismo enfocado hacia el pasado que no tiene terreno fértil en el campo libidinal abierto por el capitalismo posfordista. El blairismo meramente caracterizó a esa forma de capitalismo, de modo que el desafío de construir una política de izquierda para estos *nuevos tiempos* todavía está delante de nosotros. Pero, en cierto sentido, las condiciones para una renovación como esta nunca han sido más favorables. Las instituciones de la clase trabajadora organizada han sido sometidas, pero eso también significa que las viejas obstrucciones que ellas ponían a la renovación ya no prevalecen. La *modernización* de Blair está hoy tan desactualizada como desacreditada. Quizás sea el momento para que los Nuevos Tiempos finalmente lleguen, si podemos emerger, titilando, de nuestros sótanos bloqueados (ahora ampliamente conectados) y salir al desierto de un espacio público destituido, a una cultura de masas que fue reducida por la depredación corporativa a una insulsa homogeneización hedónica” (Fisher, 2018: 119).



¿“Volver a la realidad”? Antes de morir Manuel Sacristán escribía que “una cosa es la realidad y otra la mierda, que es solo una parte de la realidad compuesta, precisamente, por los que aceptan la realidad moralmente, no solo intelectualmente”. No solo hay mucho *realista* abogado de aquellos intereses que permitan que cada uno se ubique en el sitio *natural* que le ha tocado en suerte en su nacimiento. En este sentido, que la *posmodernidad* se haya convertido en un cómodo fetiche ideológico para intervenir en los debates culturales actuales también responde a esta voluntad conservadora de un falso realismo, un *realismo reactivo* sin ninguna atención a la dialéctica de nuestras ambivalencias. Esta inflación

3. PLURAL

crítica acerca del término indica más bien una batalla cultural donde *Alt-Right* y un obrerismo nostálgico se solapan en la misma naftalina y en un desplazamiento de ciclo donde el malestar social pendularmente gira, no solo en España, hacia la derecha.

La Realidad es demasiado importante para dejársela a los realistas resentidos, adaptativos y a la jerga moral antiposmoderna. Puede que la gran apuesta política en nuestro sistema actual, la posmodernidad como tal, se caracterice por una tensión o contradicción: la reflexión utópica en un nuevo sentido global y totalizador y la razón cínica.

“La razón cínica es la que, dentro de nuestro sistema, no se deja impactar o indignar por nada, la que lo sabe todo de antemano con la convicción de que no puede ser de otra manera, de que tampoco se puede cambiar. Pero esto también supone un progreso: al menos las ilusiones –en realidad las ideologías que racionalizan y se autojustifican– han desaparecido, y ahora podemos *poner nombre al sistema*. Por todas estas razones parece posible que hoy en día debemos readaptar el gran lema de Gramsci y formular nuestra reivindicación de un modo nuevo: ¡cinismo del intelecto, utopianismo de la voluntad!” (Jameson, 2010: 81).

No se trata de abandonar “esa imagen de grandes batallones de clase inamovibles tirando de su equipaje ideológico adscrito en el campo de la lucha, con sus números de placa en sus espaldas, como alguna vez dijo Poulantzas (...) por la infinidad de variaciones sutiles a través de las que los elementos de un discurso aparecen espontáneamente para combinarse y recombinarse entre sí, sin restricciones materiales de ningún tipo aparte de las proporcionadas por las mismas operaciones discursivas” (Hall, 2010: 148). Es más, ¿no debemos en esta hora necesaria de balance asumir las limitaciones *culturales* de este tipo de *intelectual orgánico* no tan pedagógicamente gramsciano como politicista tras la contumaz resiliencia del régimen cultural español?

No es inhabitual escuchar una autocritica de izquierda que se refleja en el espejo de los supuestos éxitos de la derecha reaccionaria. Puesto que lo que los realistas gallináceos llaman *realidad* no es sino el sedimento histórico de las victorias culturales neoliberales durante décadas, cristalizado en su programa estratégico de desanudar todo tipo de complicidades entre las clases populares y toda promesa cultural no consumible inmediatamente, nada es más importante en la batalla cultural que no regalarles un concepto, que en sus manos asume una dimensión abstracta, por analíticamente poco concreta, moralista, por subjetivista y conservadora por clausurar posibilidades de futuro dentro de las casillas ya determinadas de lo político.

El viejo Kant ya advertía de las profecías autocumplidas de este realismo cínico:

“A los profetas judíos les resultaba muy fácil predecir el carácter inminente no solo de la decadencia, sino de la plena desintegración de su Estado, ya que eran ellos mismos los autores de tal destino. (...) Nuestros políticos hacen exactamente lo mismo en su esfera de influencia, siendo igualmente afortunados en sus presagios. Aseguran que se ha de tomar a los hombres tal como son y no como los pedantes ajenos al mundo o los soñadores bienintencionados imaginan que deben ser. Pero ese *como son* viene a significar en realidad lo que nosotros *hemos hecho* de ellos merced a una coacción injusta y mediante alevosas maquinaciones inspiradas al gobierno, esto es, testarudos y proclives a la rebelión; así las cosas, por supuesto que si aflojan un poco las riendas, acontecen trágicas consecuencias que cumplen los vaticinios de aquellos estadistas presuntamente perspicaces” (Kant, 1954: 323).

Germán Cano es profesor de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid. Autor, entre otras obras, de *Transición Nietzsche*, Pre-Textos. 2020

Referencias

- Anderson, Perry (2000) *Los orígenes de la posmodernidad*. Barcelona: Anagrama.
(2009) *El nuevo viejo mundo*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, Pierre; Waquant, Loïc (2008) *Invitación a una sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Capella, Juan Ramón (2000) *La práctica de Manuel Sacristán*. Madrid: Trotta.
- Eagleton, Terry (2000) *Idea de cultura*. Barcelona: Paidós.
- Fisher, Mark (2018) *Los fantasmas de mi vida*. Buenos Aires: Caja Negra.
(2016) *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.
(2016) *K-Punk 1*, Buenos Aires, Caja Negra, 2019.
- Gramsci, Antonio (1970) *Antología*. México: Siglo XXI.
Cuadernos de la cárcel IV, México, Era, 1974.
- Grignon, Claude; Passeron, Jean-Claude (1992) *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y literatura*. Madrid: La Piqueta.
- Hall, Stuart (1984) “The Culture Gap”, *Marxism Today*, 25.
(2010) *Sin garantías*. Colombia: Universidad Antioquía.
- Hoggart, Richard (2013) *La cultura obrera en la sociedad de masas*. México: Siglo XXI.
- Jameson, Fredric (1996) *Teoría de la posmodernidad*. Madrid: Trotta.
(2000) *Las semillas del tiempo*. Madrid: Trotta.
(2010) *Reflexiones sobre la posmodernidad*. Madrid: Abada.
- Kant, Immanuel (1954) “Der Streit der Fakultäten”, en *Kants Werke*, Akademie Textausgabe, vol VII. Berlin, Walter de Gruyter.

3. PLURAL

Sacristán, Manuel (2005) *Seis conferencias sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*. Barcelona: El Viejo Topo.

Thompson, Edward P. (2016) *Democracia y socialismo*. México: DSCH-UAMC.

Toscano, Alberto (2018) *Cartografías de lo absoluto*. Madrid: Materia Oscura.

Vázquez Montalbán, Manuel (1998) *La construcción de la ciudad democrática*. Barcelona: Mondadori.



5. CULTURA Y CAPITALISMO TARDÍO

Economía afectiva de los objetos indeterminados y estética de la baratija

Víctor del Río

■ De todos los objetos que poseemos, hay algunos que ocupan un lugar destacado en el reino de lo inútil. Entre esos enseres que nos acompañan en las mudanzas hay algunos que no tienen un uso específico y que conservamos, sin embargo, por alguna atracción táctil que nos invita a tocarlos de vez en cuando. Sobreviven a los intentos siempre incompletos de zafarnos de lo superfluo, porque estas pequeñas cosas tienen la facultad de situarse en algún lugar ventajoso en el orden de nuestras preferencias, como si en su forma hubiera algún asidero para la memoria, o como si las necesitáramos afectivamente. La dimensión táctil y la contemplativa están arraigadas e interconectadas en ellas y remiten a una pérdida de su función o a su completo alejamiento de la aplicación cotidiana. Se trata de objetos que ni siquiera tienen una utilidad propiamente decorativa, son pobladores de los escritorios y de las estanterías, esperan en lugares que les hemos asignado para que no estorben demasiado, pero también para mantenerlos al alcance de la mano con relativa facilidad: piezas desprendidas de algún artefacto al que ya no sirven, pisapapeles cuya verdadera utilidad siempre fue dudosa, souvenirs desfasados, juguetes

antiguos, navajas rescatadas del pasado de algún familiar, muñecos de la industria de la animación, piedras con formas curiosas, figurillas de animales, conocidos personajes de peluche, artículos kitsch...

Pueden tener algún significado para nosotros o ser adquisiciones extemporáneas de mercadillo, pueden ser incluso productos de merchandising, pero el papel de esas cosas es el de activar un ensimismamiento de quien los conserva. Remiten a una intimidad de pensamientos más o menos erráticos, son médiums que desvelan recuerdos a través de sus formas y sus texturas, pero no porque ellos mismos sean protagonistas de esos recuerdos, sino porque actúan como una invitación interior y porque están claramente fuera de lugar. En ese poder meditativo hay algo estético, en parte derivado de la desactivación de sus funciones anteriores, si es que en algún momento las tuvieron; pero, ante todo, ocupan el lugar indeterminado de las cosas recontextualizadas, extraídas de su origen, desarraigadas. Esa diversidad de procedencias, formas o materiales que pueden constituir las, y la coincidencia de ocupar ese lugar sin una función clara es lo que apunta a esa indeterminación que sería, a fin de cuentas, de orden estético. Su procedencia no siempre es tan relevante como para que puedan ser considerados trofeos arrebatados a la pérdida. El manoseo al que son sometidos hace que liberen significados privados, pero el vínculo con los motivos de su adquisición se ha debilitado y han pasado ahora a un limbo sobre el que su propia materialidad es prioritaria como cauce de la divagación. Están ahí, esperando un nuevo encuentro que tal vez no tenga lugar hasta dentro de unos meses. Mientras tanto, su pequeña irradiación totémica sabrá esperarnos y encontrar el momento para que volvamos a tocarlos sin razón aparente.

Las numerosas variantes que podrían adoptar estas presencias objetuales, por así llamarlas, inducirían al error de creer que son parte de una colección en potencia. Una misma persona puede tener a su alrededor, orbitando, un buen número de estos objetos, pero aquellos a los que me refiero no responderían a un reclamo amparado por criterios clasificatorios. No necesitan siquiera una carga semántica considerable y su iconografía podría ser arbitraria. Aun así, sin duda, establecen un parentesco con los objetos de colección en la medida en que estos también se mantienen petrificados en esa confiscación que los extrae de la calle, del afuera, de lo que no es nuestro, y son portadores de un valor estrictamente privado en tanto que preservación de un deseo indeterminado. A veces estos objetos muestran un enlace con significantes relacionados con la actividad que sus dueños desarrollan. Sería el caso, por ejemplo, del conjunto de figurillas que Sigmund Freud tenía en su escritorio. Sabemos por Paula Fichtl, el ama de llaves que acompañó a la familia durante tantos años, que Freud solía acariciar con una especial frecuencia una figurilla de mármol del dios Thoth en su forma de babuino. Podemos imaginar al doctor repasando con el pulgar la cabeza de aquel mono de mármol. En ese momento, con toda seguridad, el objeto ejercía esa fun-

3. PLURAL

ción aprehensiva por la que el tacto parece servir de anclaje material a la especulación.

En el intento de congelar el hábitat de una persona ilustre, las casas museo desvelan a veces estas constelaciones objetuales bastante reveladoras. Sin embargo, ese tipo de instituciones, creadas para sostener la fantasía de que en ellas participamos de la intimidad de personajes históricos, tiende a conceder un valor artístico a lo que tuvo en realidad otra función o a lo que simplemente no tiene demasiada importancia. La colección de estatuillas de Freud es mucho menos interesante como conjunto artístico que como constelación de objetos en relación al interior doméstico o a la condición ambigua de objetos indeterminados. El vínculo secreto con su propietario no podría desentrañarse ni siquiera interrogando psicoanalíticamente los rastros dejados en la casa museo de Londres, pero permite entender una práctica de aprehensiones objetuales relacionadas con aspectos más sensoriales y táctiles que alegóricos.

Podría resultar obvio sugerir que existe un substrato común entre el psicoanálisis y la arqueología, una arqueología de la que aquellas piezas, algunas de ellas no exentas de cierto valor, actúan como vestigios. Psicoanálisis y arqueología parecen así trabajos afines que las figuritas ilustran bajo el rastro obtuso de haber sido toqueteadas por su propietario. Sin embargo, en su materialidad, en su iconografía y en sus significados originarios habría algo de irreductible que tendría mucho más que ver con esa indeterminación de las presencias objetuales de la que aquí hablamos. Su alineación sobre la mesa, mirando a quien se sienta a trabajar en ella, su tamaño vagamente regular a escala de la mano humana y su aire de elección caprichosa las convierten en una marca casi territorial. El espacio que delimitan para ese diálogo silencioso con el doctor Freud es compartido por otros muchos objetos decorativos ubicados en la misma estancia, y, cómo no, por el célebre diván cubierto con un tapiz en el que se recostaron aquellos pacientes transfigurados en personajes de los relatos clínicos. Dora, Catalina, Miss Lucy, el hombre lobo, el hombre de las ratas..., todos ellos visitaban aquella estancia decorada con el calculado equilibrio entre el despacho donde se desarrolla un trabajo intelectual y el recibidor de un domicilio particular. Esa *hospitalidad* de la práctica psicoanalítica, por otro lado estudiada en distintos contextos académicos y explicada en los anales de la disciplina, instaura un espacio reflexivo y transitivo al mismo tiempo. Es decir, sirve para pensar sobre los métodos y las formas del análisis y se aplica de facto en cada sesión sobre sujetos cuyos relatos se vierten en el interior profuso y acolchado por los tapices. Esta hospitalidad del lugar de trabajo del psiquiatra, esta indistinción entre la casa y el estudio, entre el hogar y la consulta, es en parte fruto de algo muy distinto de la evocación arqueológica y mítica del psicoanálisis. Es en realidad la configuración de un entorno dotado de la economía afectiva del interior burgués. Y es que el psicoanálisis consagraba clínicamente la narrativa de ese yo atribulado y trágico, protagonista

de aquellos síndromes y complejos nombrados como los personajes de la mitología clásica. Esa relación con lo mítico y con la pulsión de una narratividad autocontemplativa, celebrada como método de cura, podría articular también toda una teoría de la novela rastreable en la transición entre el siglo XIX y el XX. Podría vincularse, en definitiva, con una autoconciencia trágica de la discontinuidad del yo y podría explicar de paso, si apuramos la hipótesis, por qué un materialista dialéctico como Theodor L. W. Adorno no perdía ocasión para repartir puyas tanto al psicoanálisis como a Marcel Proust, ejemplos ambos de una exhibición de esa subjetividad burguesa.

Pero si regresamos al problema de los objetos como detonadores autocontemplativos, y en particular a ese tipo de elementos indeterminados, podríamos quizá preguntarnos: ¿Qué relación podemos establecer entre esos objetos y las diversas teorías en torno a la mercancía? ¿Son algún tipo de variante anómala del fetiche?

En los albores de la edad moderna los señores feudales comenzaron a adquirir mercancías exóticas procedentes de los burgos. Dejaron quizá de despreciar las cosas labradas en materiales nobles como obsequios

¿Qué relación podemos establecer entre esos objetos y las diversas teorías en torno a la mercancía?

para mujeres, y quisieron quedarse algunas de esas cursilerías para ellos. No siempre conocían su origen o su verdadera función, tal vez eran cosas traídas de regiones remotas. Simplemente eran adquiridas por capricho. Ya no eran los trofeos de la gue-

rra, partes amojamadas del cuerpo de los enemigos o huesos reconocibles que colgaban de sus atuendos; eran otro tipo de objetos que retenían el acabado minucioso que solo los buenos artesanos pueden imprimir a cualquier mercancía. Aquellas cosas serían ejemplo del papel que tienen en nuestra economía afectiva los objetos, así como del irresistible encanto de la mercancía más allá de la cobertura de una necesidad. Este fenómeno de interés por lo que carece de función aparente, estaría en la base de un suplemento de valor incorporado al halo de los útiles que configuran nuestro mundo, y es llamativo que se reconozca desde muy pronto como un fenómeno inscrito históricamente en la matriz de un sistema económico incipiente que modifica los comportamientos violentos o el mero ejercicio de la depredación entre los humanos. En un pasaje penetrante de *La riqueza de las naciones* (1776), Adam Smith explica cómo los señores feudales adquirirían esas baratijas como esquiras de un lujo incipiente. En ello encuentra el germen de un viraje del instinto de dominación en el entorno tendencialmente violento de la Edad Media. De hecho, en la teoría económica de Smith, el comercio, que se basaría en gran medida en

3. PLURAL

esta nueva irización de los valores materiales a través de los suplementos del valor en las calidades y la manufactura, representaría un factor civilizatorio. La idea es más tarde analizada como una parte de la filosofía legitimadora del capitalismo en la obra clásica de Albert Hirschman *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo* (1977), en un ensayo que, al margen de posibles objeciones históricas o argumentales, es una magnífica acumulación de hipótesis bien enlazadas y sostenidas por una prosa convincente.

Pero lo revelador de este origen del objeto artesanal es que al mismo tiempo sirvió para entender el mecanismo de seducción de la mercancía como suplemento en la función o la utilidad inmediata. Sugirió, de hecho, el íntimo núcleo estético con el que opera la estratificación social de las distinciones de estatus y el ribete de impostura que adornaría desde muy pronto toda forma de privilegio y las consiguientes expectativas generadas a su alrededor. Por ello, lo estético y lo económico quedaban anudados desde el origen. La idea que subyace a la cuestión de la economía afectiva de los objetos, por tanto, es que al capricho de la forma le corresponde un capricho de posesión. Es decir, que las formas caprichosas que adopta la mercancía, variadas, alternantes, exóticas..., suscitan una arbitrariedad de las voluntades que se traduce en el instinto de posesión.

El fetichismo de la mercancía, y por extensión del dinero, tan decisivo como modelo teórico en la herencia del marxismo sobre los modos de pensar el problema del deseo en la cultura de consumo, permite una serie de extrapolaciones antropológicas. Está arraigado en aquella constatación que anticipaba Adam Smith, anterior a la paradoja por la que, en nuestro sistema económico, otorgamos más valor a los objetos suntuarios que a los de primera necesidad, enunciada en su obra más influyente para la economía política. La cuestión se remontaría entonces a esta otra reflexión sobre las baratijas que se describe en *Teoría de los sentimientos morales* (1759), antes que en *La riqueza de las naciones* (1776). En el tratado de 1759, el balance sobre los valores morales en relación a la riqueza o el éxito, Adam Smith tiene muy presente, ya sea como metáfora o como término recurrente, esas baratijas en las que se transforman todas las riquezas al llegar el final de la vida. En su capítulo “De la belleza que la apariencia de utilidad confiere a todas las producciones artísticas, y de la generalizada influencia de esta especie de belleza”, el trasfondo estético de este vínculo con la moral se hace patente en sintonía con otros tratadistas europeos.

El enfoque antropológico de la mercancía concuerda, en efecto, con la orientación y los discursos subyacentes de los principales tratados de la estética del siglo XVIII, incluida la *Crítica del juicio* (1790), lo que fundaría un vínculo aún no muy desarrollado, ni siquiera en el plano historiográfico, entre las disciplinas filosóficas de la estética y la teoría económica del siglo XVIII, así como entre las implicaciones del comercio en rasgos inmanentes del comportamiento humano tras el triunfo de las

sociedades burguesas. En ello radicaría, tal vez, esa economía afectiva de los objetos y la indisociable sensualidad de las mercancías, pero sobre la base antropológica que la convierte en un comportamiento consustancial al intercambio económico, anterior incluso a la estructura psicosocial del capitalismo.

Si retornamos ahora a la empresa más modesta de interrogar a esos objetos extraños que pueblan escritorios y estanterías, podríamos pensar que estamos ante un fenómeno distinto del más generalizado y complejo fetichismo de la mercancía. Estas presencias objetuales no son propiamente dispositivos de ostentación, no se rigen siquiera por el mecanismo de ocultación de sus condiciones y agentes productores, a veces son estos mismos aspectos los que las hacen persistir entre nosotros. Tal vez habría en ellas incluso un vínculo con cierta autoconciencia sobre esa

extraña arbitrariedad de la posesión, como si fueran restos del naufragio del fetiche, como si quedaran después de darnos cuenta de la pérdida potencial de todo o casi todo lo que tenemos, como si realmente esa preferencia que acaba por salvarlas de las mudanzas

El repertorio de alusiones a esta dimensión afectiva de los objetos puede llevarnos a repasar la historia del arte

y limpiezas generales del interior doméstico fuera el deseo de sobrevivir del objeto, o nuestro deseo por sobrevivirnos a través de humildes y secretas pertenencias.

El repertorio de alusiones a esta dimensión afectiva de los objetos puede llevarnos a repasar la historia del arte, desde los trasfondos de los retratos de Holbein, guarnecidos por una constelación de cosas que representan los atributos profesionales del personaje, hasta las inagotables elegías dedicadas a cosas nimias, implosivas y melancólicas detonantes de infinitas meditaciones. Pero de todas esas posibles habría una ilustración cinematográfica bastante clara en el intento de dotar de una proyección alegórica al sentido obtuso de la posesión a través de una metonimia objetual. Me refiero a la escena con la que comienza *Ciudadano Kane* (1941), en la que un domo de nieve rueda desde la mano del magnate, protagonista de la película, para romperse a los pies de la cama en el momento mismo de su muerte. En esa exhalación final el personaje pronuncia la palabra *Rosebud*, que será el secreto biográfico que sirve de hilo narrativo para toda la historia, y que, para concluir, y quizá de un modo un tanto decepcionante, remite a la infancia perdida. En este caso, la bola de cristal que contiene la miniatura sobre la que cae la nieve en suspensión almacenada en el objeto, sería un perfecto elemento kitsch recargado de condensación autobiográfica en la que descansa el misterio de la película. Sin embargo, en este caso, la presencia objetual, la pertenencia escogida

3. PLURAL

de entre las desaforadas posesiones del hombre inmensamente rico, es solo una alegoría sobre la futilidad de las riquezas que, desde el punto de vista del argumento de la película, podría rayar la banalidad. Indudablemente, Orson Welles consigue imprimir otras tensiones y calidades a la narración cinematográfica, pero su elección del objeto indeterminado en este caso tiene una función metafórica que solo sirve a la circularidad del relato. Si bien ilustra reveladoramente la importancia de ese tipo de objetos, no es como tal una de esas presencias objetuales si se piensa que la mayor parte de ellas tiene en la vida real una cierta distancia respecto a recuerdos tan específicos y sentimentales. Por el contrario, forman parte de una anomalía del vínculo con la mercancía. Podríamos pensar que inciden más bien en una obtención azarosa, próxima a la indeterminación de orden estético de la que venimos hablando.

El caso de *Ciudadano Kane* es ejemplo del obvio contraste entre las riquezas extravagantes que adquiere el magnate y la humildad del recuerdo en forma de domo de nieve. Esta dialéctica entre la joya y la baratija, entre lo inasequiblemente precioso y lo que carece de valor material, establecería un círculo de identificaciones y un juego de sustituciones en el que podemos reconocer mecanismos como la falsificación de las mercancías de lujo. En esta adecuación al capital simbólico de las marcas o al producto exclusivo se produce una transmutación que redundaría en una devaluación afectiva respecto al instinto de posesión. Este parece conformarse entonces con la apariiencia externa en una especie de autoconciencia de la relatividad del valor de lo material. El tema aparece como tópico en toda la tradición moralista, y es registrado también por Adam Smith en su particular estética de la mercancía, al describir la vanidad de los empeños de mejora social como fuente de frustraciones. La dialéctica circular entre la joya y la baratija no solo activa las *vanitas* que reconocemos en una parte significativa de las representaciones pictóricas contrarreformistas, sino que genera esos ámbitos marginales de relación con los objetos de consumo que transmutan lo caro en lo barato. Esta transferencia, perfectamente reconocible en la convocatoria periódica de las rebajas y en la admiración por las buenas imitaciones de las mercancías de lujo, a su vez basadas en un mercado paralelo que establece su propia jerarquía en la calidad, se denota también en la marginalidad por la que los objetos indeterminados son puestos en valor en el universo privado. Nos gustan esos chismes porque son baratos, cutres, fueron obtenidos gratis o se devaluaron en algún momento. Si los situamos en esos lugares preventivos, si se mantienen a nuestro lado, es casi porque son el resultado de un rescate.

Las marcas populares de ropa y complementos visten a la gente humilde con atributos con los que representar algún arquetipo de lo masculino o de lo femenino, con letras de campus universitario norteamericano en las chaquetas bomber, *pin ups* estampadas en camisetas, lemas de algún escuadrón de marines, estampas *vintage* de la publicidad de refrescos, mensajes en inglés venidos de otros tiempos como complicidades obtusas

que ni los portadores de esas prendas alcanzan a entender... Algunos de los trabajos del diseño de juguetes y disfraces se basan en la creación de variantes de los personajes de la tele para sortear el pago de derechos. Para este diseño pirata la tarea consiste en crear personajes de manera que sean reconocibles y al mismo tiempo eludan los rasgos patentados por la marca comercial a partir de pequeñas variaciones. El resultado es un personaje al mismo tiempo falso y reconocible en su original. Un hermano o un primo alterado de Bob Esponja, o del Chewaka de *Star Wars*. Se realizan así disfraces para los que se proyecta el patronaje, se eligen los tejidos intentando que sean los más baratos para que los corten y los monten en China. Luego son enviados a Manresa ya cosidos y son probados para ver si dan el pego. También para comprobar que están bien ensamblados. El esfuerzo de ingenio para establecer esa imitación autoconsciente cuenta con una complicidad global sobre la importancia rela-

El esfuerzo de ingenio para establecer esa imitación autoconsciente cuenta con una complicidad global

tiva de la autenticidad de las mercancías. En este caso, por tanto, la mercancía presenta una doble falsedad, porque no solo usurpa la forma del original, como haría una imitación, sino que además la pervierte transformándola en un juego casi paródico de correlaciones o comparaciones entre el auténtico y su copia.

El resultado es un producto anómalo que se conforma con ese parentesco lejano y que opera en el plano de la derivación de rasgos peculiares y a su vez arbitrarios en la figura original.

La industria china, como potencia disruptora del capitalismo occidental, ha creado algunos de los artefactos más insospechados de la mercadería de baratijas. Pequeños híbridos monstruosos de doble uso que parecen tener alguna aplicación indescifrable para personas ajenas al círculo más cercano de los fabricantes. El encanto de estas idioteces no es ya propiamente kitsch, sino parte de otro circuito marginal que encontramos en una suerte de bazar de lo bizarro. La alusión a series casi olvidadas de la televisión o la recuperación de los imaginarios otaku para un nuevo universo de la mercancía permiten una transferencia entre la nueva baratija de los supermercados chinos y el hallazgo más sofisticado de las tiendas seudofrikis. El frikismo en su marginalidad se integra entonces en un mercado de emulación de los objetos indeterminados en un claro intento por copar ese vínculo con las cosas excedentarias que nos empeñamos en conservar sin motivo aparente.

Víctor del Río es profesor titular de Teoría del Arte en la Universidad de Salamanca. Ha publicado recientemente *La memoria de la fotografía. Historia, documento y ficción* (Cátedra, 2021)

Mil y un Marxismos

Una mirada crítica al siglo XX

Fragmentos radiofónicos

Daniel Bensaïd

Prefacio de Michael Löwy



Sylone **viENTO SUR**

Entrevista a Andreas Malm: Lucha de clases y transición ecosocial

Jaime Vindel y Alejandro Pedregal

■ En la siguiente entrevista, el académico y activista ecomarxista Andreas Malm aborda algunas de las principales tesis de sus publicaciones recientes en torno al capitalismo fósil, la crisis ecológica y la pandemia global. Con *Capital fósil. El auge del vapor y las raíces del calentamiento global*, publicado en castellano en 2020 por Capitán Swing y traducido por Emilio Ayllón Rull, Malm revolucionó el debate sobre la crisis climática al señalar su vínculo histórico con el establecimiento de un nuevo régimen de producción durante el primer capitalismo industrial. Según Malm, una serie de transformaciones hicieron que este pasara a depender del carbón como fuente primaria de energía, de la explotación intensiva por unidad de tiempo de la fuerza de trabajo, de la creación de un ejército de reserva que presionara a la baja los salarios, de un despliegue tecnológico que aplacara la combatividad social, de la fractura metabólica entre el campo y la ciudad, y de las dinámicas extractivistas del imperialismo energético.

Retomando en clave ecológica los planteamientos del marxismo político, donde las mutaciones de la historia social aparecen como consecuencia de las transformaciones en las relaciones de producción —y no del desarrollo de las fuerzas productivas, según plantea el determinismo tecnológico, también en su variante marxista—, Malm hace aflorar a la superficie el íntimo vínculo que subyace entre el calentamiento global y la lucha de clases. Más recientemente, Malm también ha explorado el modo en que la reconversión neoliberal del capitalismo fósil está acompañando la emergencia de opciones de extrema derecha en diferentes partes del mundo, cuyo impulso de un nuevo nacionalismo blanco prefigura una gestión ecofascista de la crisis y del posible colapso ecosocial. Sus reflexiones en este sentido aparecerán próximamente en el volumen que ha escrito con The Zetkin Collective, *White Skin, Black Fuel: On the Danger of Fossil Fascism*, y que será publicado en inglés por Verso. Por último, y a raíz de su libro *El murciélago y el capital. Coronavirus, cambio climático y guerra social*, publicado en castellano por Errata Naturae, con traducción de Miguel Ros González, Malm repasa en la entrevista una serie de valoraciones sobre la irrupción de la pandemia de la covid-19 en el contexto del desfondamiento ecológico del planeta, así como su apuesta por una recuperación del leninismo en clave ecologista, en la que los aspectos estratégicos de la toma y el uso del poder político vuelven a cobrar una importancia fundamental para la izquierda.

Jaime Vindel y Alejandro Pedregal: En *Capital fósil* argumentas que el calentamiento global representa un desafío para los historiadores. ¿Qué tipo de

4. PLURAL 2

desafío es ese? Y desde el ámbito del materialismo histórico, ¿cómo podemos leer ese reto en relación con la disputa entre el capital y el trabajo?

Andreas Malm: El calentamiento global extiende su influencia sobre (al menos) dos siglos de historia: todo ese carbón, petróleo y gas, todos estos coches, aviones y centrales eléctricas, todo el desarrollo capitalista basado en los combustibles fósiles (dejando aquí al margen el paréntesis soviético no capitalista) no tenían un significado evidente hasta hace poco. Solo ahora sabemos lo que realmente significaba usar la energía de esa manera. Esto debería llevar a los historiadores a volver sobre estos dos últimos siglos con una nueva mirada. Y eso está sucediendo: existe un floreciente campo de investigación que vuelve a indagar sobre los acontecimientos a la luz de la crisis climática. Un libro del que acabo de tener noticia es *The Whites are Enemies of Heaven. Climate Caucasianism and Asian Ecological Protection*, de Mark W. Driscoll (Duke University Press, 2020), que se centra en las Guerras del Opio como un momento clave en el surgimiento de la economía fósil o del *Antropoceno*, por emplear el término que utiliza el autor. Para los historiadores comprometidos con el materialismo histórico, el desafío, supongo, es estudiar el desarrollo de la crisis climática –y la crisis ecológica en general– a través de la lucha de clases. Yo mismo estoy actualmente inmerso en un gran proyecto que lleva esta cuestión más atrás en el tiempo, a un nivel más general, discutiendo cómo se ha relacionado la dominación de la naturaleza con la explotación de la mano de obra, desde las primeras sociedades clasistas (me preocupa el antiguo Egipto) en adelante. ¡Este proyecto corre el riesgo de crecer de manera absurdamente inabarcable! Lo dejo aquí, solo para decir que la profundización de la crisis climática está llevando a todo tipo de historiadores a interrogar al pasado con nuevas preguntas. Por resumir: ¿cómo nos vimos atrapados en este lío? ¿Qué nos trajo hasta aquí? ¿Es algo innato e intrínseco a la humanidad, una disposición de la especie como tal, o lo que nos ha empujado hacia el colapso climático es una configuración histórica específica y una estructura social concreta? Ya que estoy interesado en las sociedades clasistas precapitalistas, me gustaría advertir contra la opinión de que *todo* es culpa del capitalismo. Aunque, por otra parte, insisto en el carácter excepcional de la dominación compulsiva y destructiva de la naturaleza bajo las relaciones de propiedad capitalistas.

J. V. y A. P.: El libro disputa tanto el *paradigma ricardiano-malthusiano* como el *determinismo de la fuerzas productivas*, este último enfoque adoptado por ciertas tendencias dentro del marxismo. ¿Cuáles son los problemas de esos análisis y qué significan en términos del modo en que entendemos el desarrollo del calentamiento global? ¿Cómo afecta esta crítica al debate dentro del propio marxismo y del ecosocialismo en general?

A. M.: El núcleo de *Capital fósil* es una investigación sobre un cambio histórico muy específico: el tránsito de la energía hidráulica a la energía

de vapor en la industria algodonera británica, la punta de lanza de la Revolución industrial. En relación con esa transformación particular, ni el paradigma ricardiano-malthusiano ni el determinismo de las fuerzas productivas pueden sobrevivir a una confrontación con los datos empíricos básicos. El primero dice que las fuentes de energía tradicionales no fósiles –el agua, en el caso de la industria– se agotaron y se encarecieron. Pero, en realidad, el agua era abundante y más barata durante toda la transición. El determinismo de las fuerzas productivas es la vieja idea de que “el molino de vapor te da el capitalista industrial”, que son los diferentes tipos de tecnología los que introducen las relaciones de propiedad correspondientes; un punto de vista que representó la ortodoxia en el movimiento comunista (con algunos disidentes) hasta el decenio de 1970. Pero las relaciones de propiedad capitalistas *precedieron* a la adopción de la energía de vapor y la *causaron*. El capital nos dio el vapor, no al revés.

Ahora bien, estos dos errores no son meramente de importancia historiográfica. El paradigma ricardiano-malthusiano reaparece con la expectativa de que una vez que la energía solar y la eólica se abar-

raten, habrá una transición desde los combustibles fósiles a estas energías renovables. Sin embargo, ya *son* más baratas –sobre todo la solar, que en muchas partes del mundo puede generar ahora la electricidad más barata que se haya visto en la historia–, y aun así no estamos

Las relaciones de propiedad capitalistas *precedieron* a la adopción de la energía de vapor y la *causaron*

viendo una sustitución de los combustibles fósiles por las energías renovables. Por el contrario, el mismo hecho de que las energías renovables sean baratas –debido a su disponibilidad y a no depender de mano de obra (los humanos no tienen que trabajar para que el sol brille, pero sí para que el carbón o el petróleo salgan de la tierra)– es una *maldición* bajo las relaciones de propiedad capitalistas porque los precios mínimos significan *pequeños beneficios*. Y el capital se orienta hacia los mayores beneficios. De ahí la tendencia de los últimos años –y no está claro cómo se verá afectada por la pandemia– a que *más inversiones* fluyan hacia los combustibles fósiles.

La transición actual tampoco dependerá del precio de la energía. Y no se producirá por algún tipo de cohete tecnológico que despegue y traslade a todo el mundo a otro planeta. La transición –si tal cosa sucede alguna vez– será política en su raíz. En otras palabras: presupone, en primer lugar, un cambio en las relaciones de propiedad, una derrota del capital fósil. Más específicamente, el capital que se beneficia directamente de los combustibles fósiles tendrá que ser expulsado del negocio para siempre. Esto no sucederá porque la energía solar y la eólica se vuelvan ridícu-

4. PLURAL 2

lamente baratas, ni porque las tecnologías para captar estas fuentes de energía sean fantásticamente eficientes. Solo podrá suceder a través de la lucha política.

J. V. y A. P.: *Capital fósil* redefine desde la perspectiva del marxismo político y ecológico la interpretación de la modernidad industrial, enfatizando el vínculo entre los combustibles fósiles y la lucha de clases. ¿Cómo se relaciona esta contribución con la confluencia actual de intereses entre las nuevas derechas y el capital fósil?

A. M.: Debo decir que, en retrospectiva, cinco años después de que apareciera *Capital fósil*, creo que una de las debilidades del libro es que se centra en el lado de la demanda: por qué los capitalistas compraron combustibles fósiles en el siglo XIX y por qué lo siguen haciendo hoy en día. Aborda mucho menos el lado de la oferta: las empresas que venden combustibles fósiles (o *capital fósil primitivo*, como lo llamo en el libro). La razón de este sesgo es que los proveedores tuvieron muy poco o ningún papel en el tránsito del agua al vapor. Los propietarios de las minas de carbón respondieron más bien pasivamente a la demanda, hasta donde pude deducir de mi investigación. Pero el lado de la oferta es absolutamente central ahora. Gran parte del movimiento climático –incluido un grupo como Ende Gelände en Alemania, con el que me identifico– ha apuntado a los proveedores frontalmente, por una muy buena razón: el interés más concentrado en mantener el *status quo* proviene de los capitalistas que producen petróleo, carbón y gas. También hemos visto en los últimos años lo agresiva que puede ser esta fracción de clase en la promoción de las fuerzas nacionalistas blancas que eliminan cualquier límite a la producción de combustibles fósiles. Esta fue la esencia de la era Trump, pero se ha visto algo similar en países tan dispares como Brasil, Noruega o Polonia. Sobre este tema voy a publicar un extenso libro titulado *White Skin, Black Fuel: On the Danger of Fossil Fascism*, escrito con The Zetkin Collective, que aparecerá en inglés durante el mes de mayo.

J. V. y A. P.: En los capítulos finales de *Capital fósil* estableces un cierto paralelismo entre la Manchester victoriana y la China contemporánea, como chimeneas del mundo de entonces y de ahora. Hasta cierto punto, el contexto chino te sirve para rastrear la durabilidad de la economía fósil en el mundo actual. ¿Cuál es la composición del capital fósil contemporáneo y la tendencia que sigue? Considerando los poderosos intereses detrás de él, ¿qué medidas políticas podrían llevar a desafiar el poder de sus corporaciones y cuáles son las posibilidades reales de pensar en un futuro fuera del capital fósil?

A. M.: La avanzadilla del capital fósil, por así decirlo, son los capitalistas cuyo modelo de negocio es obtener beneficios de la producción de combustibles fósiles. No podemos tener algo así por más tiempo. Y lo saben:

saben que su existencia como capitalistas que se benefician del petróleo, el gas y el carbón está en juego. ¿Qué medidas políticas podrían desafiar su poder? Entre todos los países, Dinamarca ha ofrecido recientemente una indicación. El gobierno socialdemócrata danés ha decidido poner fin a todas las nuevas licencias de exploración y producción de petróleo y gas en su parte del Mar del Norte. Después del Brexit, Dinamarca es el mayor productor de petróleo y gas de la Unión Europea (medido por la cantidad de petróleo y gas extraído en el territorio nacional de un Estado miembro). Por lo tanto, es muy significativo que el gobierno danés haya resuelto cerrar definitivamente esta industria. La decisión es el resultado de las *elecciones climáticas* en Dinamarca en 2019, celebradas bajo el impacto de la ola de huelgas climáticas (que fueron bastante grandes allí) y del verano extremadamente caluroso y seco de 2018. El gobierno tenía el mandato popular de hacer las cosas de manera diferente y, en este aspecto particular, ha cumplido. Sin embargo, la decisión no es exactamente revolucionaria: se permitirá que los pozos de petróleo y gas que ya están en funcionamiento continúen hasta que se agoten, dentro de unas tres décadas. Y los inversores se mostraron de todos modos tibios con respecto a las nuevas licencias, debido a la pandemia. Además, poner un límite a los *nuevos* pozos es realmente una exigencia mínima; debería haberse hecho hace décadas. Sin embargo, tal como está el mundo, con la implacable *normalidad* que sigue avanzando año tras año, resulta ser algo extraordinario: un Estado traza una línea y dice a los capitalistas que se acabó, *no esperéis poder invertir nunca más en yacimientos de petróleo y gas nuevos en nuestro territorio*. Esa es una especie de medida política que *comienza* a desafiar el poder del capital fósil primitivo. El siguiente paso, por supuesto, es decirles a los mismos capitalistas: *hoy es el último día en que pueden bombear petróleo y gas y extraer carbón*. No solo el fin de las licencias y los permisos, sino el fin de la producción real, ahora: un freno inmediato y un cambio de toda la economía hacia las energías renovables.

¿Se puede realmente intervenir tan radicalmente en los mercados y las propiedades privadas? Los confinamientos durante la covid-19 sugieren que, en realidad, sí se puede. Incluso es posible nacionalizar empresas, y esta, creo, debería ser una exigencia central: hacerse cargo de todas las empresas privadas de combustibles fósiles, ponerlas en propiedad pública y convertirlas en entidades para la extracción de CO₂, en lugar de emitir más. Y para las empresas que ya son propiedad del Estado, en países que van desde Noruega hasta China, la exigencia debería estar en cambiar la función de las entidades de ese mismo modo. Obviamente, esto también implica transformaciones masivas en el *consumo* de energía, y para países sin productores importantes de combustibles fósiles, como Suecia o España, la transición pivotará en ese ámbito. En mi país son el transporte y la industria pesada (acero, en particular) y la agricultura los que deben cambiar rápidamente y de forma integral. Pero ya sea en el

4. PLURAL 2

lado de la demanda o en el de la oferta, tendrá que haber intervenciones de gran alcance sobre el estado normal de las cosas en los mercados y en la propiedad privada. Y si algo bueno puede salir de esta pandemia, es la percepción, que debería ya estar generalizada entre la gente, de que el Estado puede de hecho cerrar cualquier negocio que quiera. Es solo una cuestión de ejercer el poder sobre el capital.

J. V. y A. P.: En varios pasajes del libro, y otros textos tuyos, ofreces una visión esperanzadora del desempeño de las llamadas *alternativas renovables*, en términos de energía neta, al tiempo que relativizas los problemas relacionados con los picos de los combustibles fósiles y otros minerales imprescindibles para la implementación de infraestructuras renovables. Esta es una cuestión que, por ejemplo, marca una parte importante del debate ecológico sobre la transición en España. ¿Qué capacidad le adjudicas a las llamadas *alternativas renovables* para impulsar una transición ecosocial? ¿Qué modelos de transición o ruptura se podrían seguir? ¿Y qué pueden hacer los movimientos populares al respecto?

A. M.: Muy brevemente: por supuesto, soy consciente de los problemas medioambientales que conllevan los materiales necesarios para la energía renovable. El litio en Bolivia y demás... Por graves que sean estos problemas, no se pueden equiparar con los del consumo de combustibles fósiles. El genocidio y el hurto son delitos, pero no se puede decir que uno sea igual de malo que el otro. Me opongo firmemente a la tendencia que se puede encontrar en los márgenes del ecologismo, especialmente en

Tendrá que haber intervenciones de gran alcance sobre el estado normal de las cosas en los mercados y en la propiedad privada

la reciente película de Michael Moore, de descartar las renovables por ser destructoras de la naturaleza. Tenemos que producir y consumir energía; de hecho, algunas personas en el mundo necesitan mucha más, por ejemplo, los 300 millones de personas sin acceso a electricidad en la India. Y, por otro lado, las limitaciones ambientales de las energías renovables deben tomarse en serio, razón por la cual también me opongo a ideas como el *comunismo de lujo totalmente automatizado* que visualizan un suministro interminable, una cornucopia de energía una vez que se haya producido el cambio a las energías renovables.

Soy de la opinión de que debería reducirse el consumo total de energía en los países capitalistas avanzados, pero con diferenciaciones: es decir, debería reducirse drásticamente el consumo de energía de los ricos. No funcionará, por ejemplo, mantener los niveles de consumo de energía de los más ricos (y continuar expandiéndolo) y simplemente electrificar y

conectar todos a la energía renovable. Tenemos que conducir *menos*, no conducir solo coches eléctricos, y algunas personas tienen que conducir *mucho menos*. Una economía mundial totalmente electrificada y renovable causaría estragos en los ecosistemas si el consumo de energía continúa aumentando y la producción material acelerándose. Así pues, una transición significa pasar de los combustibles fósiles a las energías renovables. Pero también significa recortar el consumo de energía más atroz y alejarse de un modelo de expansión constante; que es, por supuesto, el corazón mismo del modo de producción capitalista. Los movimientos populares son los únicos que pueden impulsar esto. Las clases dominantes no renunciarán a los combustibles fósiles por su propia voluntad espontánea, ni se movilizarán para limitar el consumo de energía en general. Pero

estas exigencias son perfectamente compatibles con las exigencias de clase desde abajo, en la medida en que permiten un mayor consumo de energía entre los más necesitados. La idea de justicia energética es central aquí.

La pandemia hasta ahora no ha inspirado ningún movimiento ambiental; una tragedia histórica

mático y guerra social, estableces una serie de diferencias entre la forma en que el poder político ha afrontado sus consecuencias y la falta de acción en relación con el calentamiento global. ¿Cuáles son las posibilidades que, desde el punto de vista de la revolución ecocomunista que defiendes, pueden representar este tipo de hechos críticos, particularmente cuando esta situación de emergencia parece volverse crónica?

J. V. y A. P.: En tu análisis de la crisis del coronavirus, *El murciélago y el capital. Coronavirus, cambio cli-*

A. M.: Lo único que podemos saber sobre los próximos años es que habrá más crisis; más e inevitablemente peores eventos climáticos extremos; más y posiblemente peores pandemias; más síntomas de la crisis ecológica general, sistemas naturales enteros tambaleándose al borde de caer, y así sucesivamente. Cada vez que irrumpe una crisis como esta, el desafío para las fuerzas progresistas es convertirla en una crisis para los causantes de ella. Es decir, transformar el sufrimiento y el dolor para focalizar las *causas* del desastre. ¡Aquí no habrá escasez de oportunidades! Si al verano extremo de 2018 siguió una ola de activismo climático en Europa, la pandemia hasta ahora no ha inspirado ningún movimiento ambiental; una tragedia histórica. Tenemos que aprender a golpear mientras el hierro está caliente. Si fallamos terriblemente con la covid-19, como al menos ha ocurrido hasta ahora, tenemos que pensar, aprender y reunir nuestras fuerzas y prepararnos para la siguiente ronda, porque está cerca. El persistente fracaso en convertir momentos de crisis aguda en crisis profundas para los causantes de estas significa estar condenados

4. PLURAL 2

a sufrir cada vez más sufrimiento y dolor. Hasta donde yo entiendo, no hay forma de evitar esa lógica.

J. V. y A. P.: Efectivamente, la capacidad demostrada por los gobiernos para frenar parcialmente la dinámica corporativa dominante, al menos durante los meses pico de muertes e infecciones, contrasta con la parálisis de los movimientos sociales (y del movimiento climático en particular), como hemos experimentado por ejemplo en España. ¿Qué estrategias políticas podríamos implementar para reducir la brecha entre la posición subjetiva de las masas populares y el comunismo de guerra que evocas en el ensayo final de tu libro, cuando planteas una analogía entre las consecuencias de las crisis ecológicas y la guerra civil que sucedió a la Revolución bolchevique? ¿No representa este tema una provocación leninista que subestima la consistencia actual de Estados y sociedades civiles en diferentes partes del mundo, que no pueden asimilarse a la Rusia zarista?

A. M.: Por supuesto, cualquier analogía con la situación rusa es parcial y limitada, toda apropiación del leninismo hoy es selectiva. Vivimos en un momento político diferente al de los bolcheviques. Pero algunas cosas fundamentales se mantienen: el poder abrumador del capital, su destructividad y tendencia a producir catástrofes, la necesidad de enfrentarse a lo primero si se quiere acabar con lo segundo, y mucho más. Los argumentos en torno al leninismo ecológico y el comunismo de guerra son esbozos generales. Planeo volver a ellos e intentar elaborar y llenar algunos vacíos en un futuro próximo. Lo que es inspirador aquí es que estoy lejos de ser el único que piensa en esta línea: personas como Derek Wall, Jodi Dean y Kai Heron han asumido recientemente la idea de una orientación leninista para el movimiento climático, con diferentes énfasis. Confío en que habrá un diálogo en este sentido en los próximos años. Cuando la cuestión que plantea la historia es la de destruir el poder del capital para detener la destrucción de la humanidad, no podemos prescindir de Lenin. Su fantasma estará con nosotros hasta que encontremos un camino.

Jaime Vindel es profesor de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid

y *Alejandro Pedregal* es profesor en la Universidad Aalto, Finlandia

Actos impuros

Ángelo Nestore

■ Complejizar la identidad sexual, con un impulso *queer*, al mismo tiempo que cuestiona la subjetividad y la proyección de vida que se construye desde aquella, es uno de los núcleos de la poesía escrita en castellano de Ángelo Nestore (Lecce, Italia, 1986).

Expresada a través de una línea clara, con estructuras narrativas pero siempre desde una perspectiva lírica, sus versos plasman desde la primera persona una tensión angustiosa entre el ser y lo que lo subyuga. La hibridación, que forma parte de su propia práctica artística, se presenta en su obra como una posibilidad de mundo posible no excluyente que hay que materializar en el presente. A partir de ahí, el vitalismo (que palpita bajo un manto de amargura) de su propuesta solo puede comprenderse con un horizonte utópico que nos ayuda a caminar a pesar del dolor y del desasosiego.

Mediante la observación y la anécdota biográfica, Nestore enlaza en su denuncia feminista y del heteropatriarcado la interiorización y la socialización de los mandatos de género. Se detiene en lo cotidiano porque es ahí donde se nos intenta colar la naturalización del sistema; porque la rutina es la mejor tapadera del sometimiento. Ese sistema que dicta desde lo normativo pero que respira en las miradas, en los comentarios, en el rechazo a lo que sale de los parámetros de una moral que no se atreve a ser reconocida como tal.

La presión social como soga y el molde de lo convencional como muro resultan los dos conceptos frente a los que la escritura de Nestore se presenta antagonista. Al respecto, sus versos (limpios, de factura impecable, con una meticulosa construcción del poema) tratan de empujar un cuestionamiento y de constatar la porosidad de nuestras relaciones. Pues, precisamente, como reitera Nestore, es el amor y los vínculos lo que teje la resistencia y lo que anima a la confrontación.

Alberto García-Teresa

E IO CHI SONO?

Por la mañana abandono mi sexo.
Al atardecer vuelvo
cuando me desnudo para entrar en la ducha.

Mi madre siempre dice que tengo los hombros de mi padre.
Con el vaho en el espejo el contorno es más ancho, más generoso.
Dibujo una línea recta con los dedos, con la mano la deshago.

En los ojos guardo la tristeza de las muñecas
que jugaron a ser hijas
y que mis padres acabaron regalando.
El agua fría me trae a mi cuerpo,
escondo el pene entre las piernas.

Mamá, ¿a quién me parezco?

**

MUSEO

Tantos años de historia dividida en dos:
las mujeres siempre abajo,
partiendo el pescado con sus manos rotas, llenas de espinas,
obedeciendo a los mismos jefes, dictadores, reyezuelos,
hombres de corazones negros,
hijos de los mismos padres,
con estómagos salvajes, insaciables.

Y me da rabia imaginar a una niña
que corre feliz por los pasillos de un museo.
En su cuello se tensan los hilos de un lienzo ancestral
sobre el que los hombres exhiben sus retratos
con los colores vivos de la historia.

Y me da rabia imaginar
el olor a pescado en sus manos
cuando, de regreso a casa, me lavo la cara
y me acuesto cómodamente en mi cama imperial.

LOS PELÍCANOS MUEREN DE HAMBRE POR CEGUERA

Los pelícanos mueren de hambre por ceguera.
A tal velocidad sumergen el pico en el agua
para alimentar a sus crías
que el ojo se va dañando hasta que se quedan ciegos y mueren.

En un supermercado
una mujer empuja con dificultad el carro de la compra,
se detiene ante el mostrador de la pescadería,
se coloca sus gafas progresivas.

Intuyo su afán de vida
cuando le dice a la pescadera
medio kilo de lubinas para las niñas
y veo en ella la velocidad del ave que abre las alas,
cae en picado
—los ojos sangrando—
y guarda en su bolsa una lubina.

Un pelícano con gafas progresivas,
una señora con un pescado entre los dientes
son todas las madres que no soy y que me observan,
que extraen conclusiones *sottovoce*,
que miran con cierta desazón
la aridez deforme de mi boca estéril.

**

MONSTRUO

Deseo levantar sospechas,
que los hombres me griten en la calle,
quiero pasear por centros comerciales, parques públicos
y que madres como mi madre levanten y bajen la mirada
y luego, mientras preparan la cena para sus hijos,
les asalte brevemente el recuerdo de una raza nueva de hombres.

CATORCE CINCUENTA Y CINCO

*Trece dieciocho.
Ya no está la niña.*
(Wisława Szymborska)

Catorce cincuenta y cinco.
El funcionario nos dice: solicitud denegada.
Y te imagino abrazándome en la sala de adopción,
tan pequeña y frágil,
como la idea que se quiebra en el aire denso de este cuarto.

Catorce y cincuenta y seis.
Te imagino cruzando la puerta de casa,
dejando en el suelo un rastro de barro
tan tierno y auténtico
que me arranca una sonrisa estúpida.

Catorce y cincuenta y siete.
Te imagino saltando en nuestra cama,
tan real, tocándonos la cara,
acercando tus ocho años a mis treinta.

Catorce y cincuenta y ocho.
El funcionario apaga el ordenador,
observo la foto de su hija en el escritorio.
Hundo la cabeza en el hombro de mi marido. Bajo la mirada.

Catorce cincuenta y nueve.
Es la hora de volver a casa.

DE CUANDO ME EQUIVOQUÉ DE BAR

Yo soy de esa clase de amigos
que siempre pide otra ronda en los bares.
No tengo hijos,
soy el hijo único de una dinastía de bastardos
que se llena el estómago y se autodestruye.

Mis amigos, sin embargo, son padres,
de esos que buscan una excusa para volver tarde a casa,
siempre me invitan a otra,
nunca quieren que me vaya.

Ellos me miran y cien veces
me cuentan cien veces lo difícil que es
la suerte que yo.
Ellos no ven las hormigas que trepan por mi pierna,
no las ven.
Beben tiempo con su boca de padres,
tragan tiempo con su saliva de padres
y yo me vuelvo cada vez más pequeño
y sus hijos cada vez más grandes.
Y con cuarenta, con cincuenta,
volveré al mismo bar de la esquina
y entonces los que hoy son niños se preguntarán por qué
tantas hormigas en mi boca,
por qué el amigo de sus padres se sigue creyendo joven.
Con cincuenta, con sesenta,
quién me llevará a casa,
quién guardará mis huesos bajo las sábanas.
Con sesenta, quizás, con setenta
quién contestará a mis preguntas,
quién me dirá lo difícil que es,
la suerte que yo
cuando un día me confunda y pida otra ronda
frente a la sola luz de mi nevera.

LOS MESTIZOS

*Al hombre que me dijo en Facebook que podía hacer las maletas
tras la irrupción de la extrema derecha en el gobierno autonómico.*

Los peces blancos viven lejos de la orilla.
Prefieren nadar mar adentro
donde, en la oscuridad, se juntan en bancos,
como muros,
y donde luego mueren agolpados en fosas,
el uno sobre el otro.
En ese abismo toda luz es enemiga.

Los peces mestizos, sin embargo, preferimos las orillas:
donde el mar acoge una lengua de tierra que no conoce
y con ternura la baña y la ablanda
para que alguien, tú o yo, pueda dejar caliente su huella.

Hermosas y terribles son las orillas.
Un día te acogen en el dorso de su mano,
otro, te dejan indefenso para que alguien te atravesiese feroz el cuerpo,
te sostenga en la mano,
hinue su diente en un pez vivo.

Putas insolentes. La lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales

Juno Mac y Molly Smith.

Traficantes de Sueños, 2020.

320 pp. 20 €

Begoña Zabala

■ Ellas ponen voz a sus propias experiencias, luchas y conocimientos, para lo que recurren también a innumerables textos y experiencias de otras compañeras y teóricas feministas. Además, están posicionadas y son protagonistas de una gigantesca lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales. En estos momentos del debate sobre la criminalización y penalización del ejercicio de la prostitución, no se puede pedir mejores ingredientes para empezar a leer un libro y entrarle al tema. Leído, desde luego que entran ganas de ser acompañante y activista con ellas.

En las primeras 150 páginas se habla de la prostitución desde el oficio, a modo de análisis, de lo que pasa, de lo que les ocurre, de lo que les recriminan, de cómo se están organizando (impresionante organización a nivel internacional). También de la forma de proyectar sus vidas, de quiénes las ayudan y quiénes las hunden en la miseria, y de los debates, sobre todo, con las abolicionistas. Para ello analizan los tres ejes principales que cruzan la prostitución: el sexo, el trabajo y las fronteras. Sin estos tres elementos, regulados en las leyes por las fuerzas conservadoras y neoliberales de los poderes heteropatriarcales, capitalistas y colonialistas, no

estaríamos en esta fase del debate ahora mismo.

Y se hacen las preguntas que subyacen a menudo: ¿Es malo el sexo? Y el trabajo, ¿es bueno? Responden: “Cuando las trabajadoras sexuales afirmamos que el trabajo sexual es trabajo, lo que queremos decir es que necesitamos derechos laborales (...). De la misma manera, posicionar lo que hacemos dentro del marco del derecho laboral no constituye un respaldo incondicional al trabajo en sí. No supone apoyar el capitalismo ni desear una industria del sexo más grande y con mayores beneficios”.

A su vez, hablando de políticas contra la trata, ponen el dedo en la llaga de las migraciones. En otros cinco capítulos analizan la situación en diferentes países, sobre todo de Europa y algunos de África, América del Norte y Nueva Zelanda y Nueva Gales. Lo hacen en relación a las legislaciones que poseen y a las prácticas policiales y administrativas represivas, que alcanzan a las propias trabajadoras sexuales, a pesar de que se vendan como leyes contra la trata, los proxenetas o los clientes. En ese sentido, resulta interesante ver cómo son negativamente afectadas por las legislaciones que aquí se venden como paraísos del mundo nórdico, sobre todo en relación, y no puede ser de otra forma, con las políticas migratorias.

Para terminar, el título del capítulo de conclusiones nos deja ver por dónde caminan nuestras autoras: “Poder para las mujeres prostitutas de todo el mundo, poder para todas las mujeres”.

6. SUBRAYADOS

ETA y la conspiración de la heroína

Pablo García Varela.

Los Libros de la Catarata, 2020.

252 pp. 18,5 €

Antonio García Vila

■ Últimamente, parece que está de moda hablar de la lucha por el *relato*; esto es, por controlar el modo en el que el pasado salta a los medios de comunicación y es interiorizado por las generaciones que no lo vivieron o por los que, participando, ahora están inmersos en nuevas situaciones. Se trata, por tanto, de arrebatarse el pasado tanto a la memoria, siempre engañosa, como a los historiadores, para hacerlo útil a una causa concreta en el presente. Y esa lucha, y ese relato, son, sin duda, fundamentales en el debate ideológico y político actual. Por eso resulta tan importante gestionarlos con honestidad y justicia.

Ese es el esfuerzo de Pablo García Varela, doctor en Historia Contemporánea por la UPV/EHU y miembro del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, en un asunto controvertido e interesadamente manipulado por grupos políticos y medios de comunicación: la supuesta introducción, por parte del Estado español, de la heroína en el País Vasco para destruir a la juventud radical llamada a combatir por la independencia. La conspiración de la heroína, en definitiva.

Con su primera intervención contra el mundo de la heroína, ETA determinó el debate y vició cualquier acercamiento al problema en el País Vasco. Las especulaciones,

los rumores y los intereses políticos asumieron el protagonismo y arrumbaron toda investigación seria, toda pretensión de objetividad. ETA y su entorno, alentados por sus voceros mediáticos, establecieron los límites de lo decible y marcaron el tablero. La consecuencia fue que entre 1980 y 1994 la banda terrorista asesinó a 43 personas con la excusa de la droga, alegando que las víctimas eran traficantes y confidentes. Juez y verdugo, ETA no necesitaba pruebas: ejecutaba. Y otros parecían señalar a las víctimas. Es cierto que la teoría de la conspiración no fue privativa de Euskadi. En otras partes de Europa, igual de afectadas o más por la plaga de la heroína, movimientos nacionalistas de extrema derecha o extrema izquierda también pretendieron extender esa acusación.

Sin embargo, Pablo García Varela nos muestra en este documentado y muy interesante libro cómo tal hipótesis carece por completo de base. Muestra cómo tuvo lugar en nuestro país la proliferación de la heroína y qué medidas tomaron los gobiernos para intentar resolverlo. Recupera cada asesinato, lo sitúa en la época y analiza el contexto. Valora y descarta las posibles relaciones de la organización con el narcotráfico y presenta sus relaciones con la droga. Por todo ello, constituye un trabajo serio, que recupera nuestra historia más reciente con sensibilidad y espíritu crítico. Pues algo está claro: no solo son responsables los que engañan. También los que se dejan engañar.

El refugio más breve. Contracultura y cultura de masas en España (1962-1982)

Antonio Orihuela.

Piedra Papel Libros, 2020.

150 pp. 8 €

Alberto García-Teresa

■ El historiador, poeta y novelista Antonio Orihuela vuelve a recorrer la trayectoria de la contracultura en la península ibérica, como ya hiciera en trabajos anteriores. En esta ocasión amplía su visión, rastrea (y señala con nombres y apellidos) antecedentes de su anulación en el presente de forma más certera y también perfila las prácticas insumisas actuales. De esta manera, críticamente, Orihuela indaga en sus posibilidades, sus acercamientos a la utopía, sus inercias, sus límites y la continua tensión entre la subversión y la integración en el sistema que vertebra toda su eclosión y difusión.

El autor toma como referente hegemónico la cultura de masas, frente a la que se articula e intenta escapar la contracultura. El modelo de la primera es la sociedad capitalista de EE UU en la que ha desaparecido toda referencia al mundo rural y preindustrial a favor de la acumulación de mercancías. Su perspectiva de la cultura es ofrecer entretenimiento sin cuestionamiento, en busca de la infantilización sin distracciones del público/consumidor para “desproblematizar la realidad”. En contraposición, la contracultura, consciente de su dimensión política, busca abrir grietas que alienten o bien la insurrección o bien conquis-

tar otros modos de vivir fuera de la alienación.

En el libro encontramos un buen rastreo del contexto histórico, político y sociológico. Alza la vista hasta el final de la II Guerra Mundial y surca los movimientos juveniles y los sociales que formaron el magma para esa contracultura. Concretamente, el núcleo que supone el proceso de la Transición constituye el polo que organiza, reorganiza, orienta y finalmente desactiva parte del potencial antagonista de esa contracultura. En estas páginas no hallaremos un catálogo de referencias, aunque las menciones abundan, pero más como un apoyo y una ejemplificación que como un mero repertorio. Por el contrario, el escritor despliega un análisis completo, riguroso y ágil. Orihuela no pierde la autocrítica: “Lo que se creía una imponente cultura de oposición al régimen se demostró que no era más que otro mito de las izquierdas. La actitud general del mundo de la cultura y de los creadores había sido de franco acomodo al régimen y la censura había condicionado a los autores hasta el punto de interiorizar la autocensura”. Desde ahí, denuncia especialmente el clientelismo. La Movida, por supuesto, resulta una cuestión relevante: “Más allá de sus artefactos culturales, lo que venía a certificar era el fin de una época y el triunfo del yo individuo sobre el nosotros colectivo”. Orihuela nos muestra, a lo largo de este volumen, que aún persisten las fisuras en ese paradigma.

6. SUBRAYADOS

Izquierda y revolución.

Una historia política del Japón de posguerra (1945-1972)

Ferran de Vargas.

Bellaterra, 2020. 222 pp. 16 €

Brais Fernández

■ La historia política de Japón es muy desconocida en España. El sentido común nos habla de un país tranquilo, con una idiosincrasia que tiende al orden y a la moderación, caracterizado por revoluciones *desde arriba* como la restauración Meiji. Un imaginario samurai en donde incluso el fascismo que asoló el país en los años 30 estaba lejos del plebeyismo insurreccional de italianos o alemanes. Predomina la visión de un país naturalmente aristocrático.

Este libro relata una parte de la historia japonesa que parece ignorada aquí. ¿Acaso hemos sido tan ingenuos y tan poco marxistas para creer que en Japón no ha habido lucha de clases? Vargas rompe con todos estos mitos a través de un recorrido fascinante por la historia de la izquierda japonesa en la posguerra. Recoge cronológicamente los principales acontecimientos, debates y luchas de aquellos años a través de sus principales actores políticos. La izquierda japonesa se estructuraba de forma muy similar a las otras izquierdas del mundo: que el socialismo fue un movimiento global, con rasgos compartidos en todos los países del mundo, se comprueba de forma clara en Japón. Por un lado, un Partido Socialista que oscilaba entre el pragmatismo socialdemócrata y

la búsqueda de una vía original que no se subordinase al modelo soviético. Por otro, un Partido Comunista que pivotaba entre el radicalismo y la búsqueda de la moderación, siempre condicionado por el fantasma del gran hermano soviético. Por último, la irrupción de una nueva izquierda, primero humanista, luego revolucionaria, basada en el estudiantado y en el proletariado juvenil, capaz de acciones de masas que condicionaron la vida política.

Huelgas, movilizaciones contra la presencia del imperialismo americano, ocupaciones de tierras o de facultades, guerrillerismo... El libro trata todos los repertorios de acción que practicaron. Destacan las ocupaciones de fábricas y las luchas por el control obrero de la producción en la inmediata posguerra o las grandes movilizaciones contra los tratados militares con EE UU. Pero, más allá de los hechos concretos, muy bien narrados, destaca el nivel de radicalismo de las acciones y los métodos de lucha. Algo sorprendente que rompe con la imagen idílica del capitalismo japonés y su proceso de modernización.

Por último, la obra no oculta los delirios ultraizquierdistas, sectarios y violentos que asolaron a la extrema izquierda en su ocaso. La guerra civil entre grupos marxistas no se limitaba a la ofensa verbal. Implicó muertes y asesinatos, como si de bandas callejeras se tratase. En su conjunto, el libro es capaz de mostrar una historia desconocida de forma completa y rigurosa.

Ángel Pestaña, falangista.

Anatomía de una mentira histórica

Sergio Giménez.

Piedra Papel Libros, 2020.

252 páginas, 14 €

José Luis Carretero Miramar

■ En un magnífico ejercicio de documentación y narración, Sergio Giménez nos ofrece un trepidante estudio sobre la vida y la obra de Ángel Pestaña, dirigente cenetista y fundador, en los años 30, del Partido Sindicalista, con el que llegó a ser diputado y con el que pretendía representar al movimiento obrero anarcosindicalista en las instituciones republicanas.

El libro toma como hilo conductor la nebulosa anécdota sobre un encuentro entre José Antonio Primo de Rivera y Pestaña, en plena II República, en el que el líder de Falange le habría ofrecido al sindicalista leonés la posibilidad de integrarse en su movimiento. Este encuentro, que probablemente tuvo mucha menor importancia que la que le dan muchos de los que lo narran, fue la génesis de toda una serie de leyendas sobre la supuesta afinidad personal entre ambos líderes sociales, o sobre una etérea cercanía ideológica entre ambos.

Giménez nos desentraña esa anécdota demostrando lo que hay de cierto en ella. Pero también nos hace un certero estudio sobre la biografía de Pestaña y sobre la situación organizativa del Partido Sindicalista en ese momento. Asimismo, sobre los albores del falangismo y los elementos fundamentales en el pensamiento polí-

tico y social de José Antonio Primo de Rivera y de Ángel Pestaña.

La obra permite conocer en detalle la propuesta del Partido Sindicalista, que será sepultada bajo un enorme manto de silencio por el movimiento libertario posterior a la Guerra Civil. Pestaña, que empieza su andadura política y sindical en los sectores más duros y ortodoxos del anarquismo de inicios del siglo XX, irá evolucionando hasta constituir un proyecto de partido que pretendía representar las ideas del sindicalismo revolucionario en el Parlamento republicano. Hay que tener en cuenta que Pestaña no era un líder menor en el universo anarcosindicalista, sino un militante reconocido que había ostentado numerosas veces las mayores responsabilidades dentro de la organización cenetista. Su propuesta, vista como una herejía divisionista por los emergentes sectores faístas, pretendía compaginar los elementos fundamentales del pensamiento del sindicalismo revolucionario francés (que será estudiado en detalle por destacados militantes del Partido Sindicalista, como Marín Civera) con la participación en las instituciones republicanas, en busca de una salida a la dinámica de creciente confrontación social, para la que los militantes del PS estimaban que la organización cenetista no estaba preparada.

Solo nos queda reclamarle encajadamente a Sergio Giménez ese gran volumen integral sobre la experiencia del Partido Sindicalista que, sin duda, está empezando a conformar con sus investigaciones.

6. SUBRAYADOS

Grandes granjas, grandes gripes

Rob Wallace.

Capitán Swing, 2020.

520 páginas, 25 €

Germán P. Montañés

■ Uno de los principales logros de *Grandes granjas, grandes gripes* es explicar cosas que ocurren con posterioridad a su edición. Y con esto no me refiero solo a la actual pandemia mundial, sino también a la razón de la desinformación acerca de los mecanismos profundos que la han causado. Porque no, el coronavirus no ha caído del cielo.

El estadounidense Rob Wallace propone un modelo piramidal para estudiar una crisis sanitaria. En lo alto de la pirámide se encuentran las intervenciones de emergencia, las cuales se han vuelto comunes en nuestra vida diaria. Se trata de medidas higiénicas como el lavado de manos, el distanciamiento social, el sacrificio en caso de hallar animales infectados, la vacunación... En el siguiente nivel se encuentra el enfoque llamado *una sola salud*. Este analiza las interconexiones entre la salud humana, la animal y la del medio ambiente. Este enfoque ha descubierto que, en base a la destrucción forestal, se pueden predecir los *puntos calientes* de los

que surgirá una potencial pandemia. Sin embargo, según Wallace, es insuficiente, pues podría llevar a investigadores del Norte global a tener una actitud colonialista y paternalista. En ese sentido, preocupados epidemiólogos podrían acercarse a la Amazonía a decir: “Oye, la deforestación que lleváis a cabo nos pone en peligro a todos”. A lo que un agricultor local a cuyos ancestros despojaron de sus tierras y ahora trabaja para una multinacional respondería: “Como si tuviera otra opción”.

Por lo tanto, Rob Wallace llega a la base de la pirámide al proponer “una sola salud estructural”; esto es, estudiar cómo el capital internacional depredador causa los cambios en la economía y la ecología locales que facilitan la aparición de enfermedades. De esta manera, los *puntos calientes* ya no serían las lindes de los bosques de Guinea, Brasil o el sur de China, sino la bolsa de Hong Kong, Londres o Nueva York. Desde ellas se organiza el saqueo de las dos únicas fuentes de riqueza: el trabajo y la naturaleza. Esta es la razón por la que los gobiernos no están interesados en las causas reales de las pandemias: apuntan al gran capital internacional, que para ellos es intocable.

VientoSur

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Plaza de los Comunes • Plaza Peñuelas, 3 • 28005 Madrid • Tel. 630 546 782

Correo electrónico: suscripciones@vientosur.info

Apellidos _____ Nombre _____

Calle _____ Nº _____ Escalera _____ Piso _____ Puerta _____

Localidad _____ Provincia _____

Región/Comunidad _____ C.P. _____ País/Estado _____

Teléfono _____ Móvil _____ Fax _____

Correo electrónico _____ NIF _____

Suscripción nueva ☐ Suscripción renovada ☐ Código año anterior

MODALIDAD DE SUSCRIPCIÓN ANUAL (6 NÚMEROS)

Estado español ☐ 40 €

Extranjero ☐ 70 €

SUSCRIPCIÓN DE APOYO 80 € ☐

MODALIDAD DE ENVÍO

Entrega en mano ☐

Envío por correo ☐

MODALIDAD DE PAGO

Transferencia (*) ☐

Domiciliación bancaria ☐

DATOS BANCARIOS para INGRESO POR TRANSFERENCIA

Banco Santander. C/ Lehendakari Agirre, 6. 48330 - Lemoa (Bizkaia)

Número de cuenta: **0049 // 3498 // 24 // 2514006139** -IBAN: **ES68 0049 3498 2425 1400 6139**

DOMICILIACIÓN BANCARIA - AUTORIZACIÓN DE PAGO (datos del titular de la cuenta)

Apellidos _____ Nombre _____

Calle _____ Nº _____ Escalera _____ Piso _____ Puerta _____

Localidad _____ Provincia _____

Región/Comunidad _____ C.P. _____ NIF _____

Entidad _____ Oficina _____ Dígito control _____ Número cuenta _____

Fecha: _____ Firma: _____

Observaciones: (*) Comunicar los pagos por transferencia por medio de un correo a: vientosur@vientosur.info indicando oficina de origen, fecha y cantidad transferida.



*“... un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas”*

Federico García Lorca Poeta en Nueva York



ISBN: 978-84-121483-6-7